

UNA NOVELA DE

HAN KANG







TRADUCIDA DEL COREANO
POR SUN-ME YOON

Hacer preguntas, eso es para mí escribir. No escribo respuestas, simplemente me afano por redondear las preguntas, trato de permanecer mucho tiempo dentro de ellas. De rodillas, arrastrándome otras veces, espero llegar hasta el final, hasta el centro (aunque sea imposible). Esta novelas es también una pregunta imposible. Hay una mujer, un ser humano que ya no quiere formar parte de la humanidad. Un ser que pone en juego su vida para no dañar a nadie ni a nada, un ser a quien un día deja de importarle en absoluto vivir o morir. Simplemente quise preguntar si una mujer así se quedara en silencio, y llevara a cabo su decisión, qué es lo que pasaría; con qué se encontraría al final del camino.



Kang Han

La vegetariana

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2019

Título original: 채식주의자
Kang Han, 2007
Traducción: Sun-me Yoon
Prólogo; Gabi Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

나무 불꽃

그녀는 비에 젖은 도로를 바라보며 서 있다. 마석읍 터미널 건너편의 버스 정류장이다. 거대한 화물차들이 굉음을 내며 일차선을 질주해 지나간다. 빗발은 그녀의 우산을 뚫고 들어올 듯 거세다.

그녀는 아주 젊지 않다. 딱히 미인이라고 부르기도 어렵다. 다만 목선이 고운 편이고 눈매가 서글서글하다. 자연스러워 보이는 옅은 화장을 했으며, 흰 반소매 블라우스는 구김 없이 청결하다. 누구에게든 호감을 줄 법한 그 단정한 인상 덕분에, 희미하게 얼굴에 배어 있는 그늘은 그다지 눈에 띄지 않는다.

그녀의 눈이 잠시 빛난다. 기다리던 버스가 멀리서 모습을 드러냈기 때문이다. 그녀는 차도로 내려가 팔을 뻗는다. 맹렬히 달려오던 버스가 속력을 늦추는 것을 본다.

DONDE CRECEN LAS SECOYAS

De Gabi Martínez

«Si no comes carne, todo el mundo te devorará», le dice a la protagonista de este libro una de las personas que intentan hacerla abandonar su dieta vegetariana al suponer que, sin la energía que procura la carne, la protagonista Yeonghye no podrá enfrentar los rigores de la vida moderna. La advertencia tiene lugar en Seúl, capital de Corea del Sur.

La precisión geográfica es en este caso muy pertinente, teniendo en cuenta que ese país figura como una de las economías que está marcando más pautas a nivel mundial. Allí, la vieja tradición confuciana se ha fundido con el capitalismo de último cuño situando a la empresa como una más de la familia, y la fórmula ha disparado los ingresos de dinero, la arquitectura vanguardista, la sofisticación popular, el estrés… y el número de bebedores de alcohol. Una razón es que el respeto a la jerarquía dictado por el sistema obliga a los empleados a ir de copas con el jefe y beber al ritmo que este imponga. Conclusión: Corea del Sur encabeza el índice de ingestión de alcohol per cápita mundial, doblando al ruso.

El superrendimiento se aprende temprano: a partir de los trece años, los estudiantes empollan con tal frenesí que, de no lograr los resultados previstos, demasiado a menudo se matan: Corea del Sur es donde porcentualmente se suicida más gente en el mundo después de la pequeña Guyana.

Para mantener el exigente brío de la pujanza económica se han introducido nuevos hábitos, entre los que destaca la fiebre del café, que ha convertido al bebedizo en el producto más consumido del país; aparte de multiplicarse los aficionados al Bacchus, esa bebida energética que venden las viejas prostitutas del parque de Jongmyo como contraseña para sus clientes.

Pero también es cierto que, históricamente, los coreanos han buscado una alimentación saludable y vigorizante: más de un setenta por ciento de los alimentos consumidos son de origen vegetal; y es cierto que los indígenas han hecho del *kimchi* virtud, demostrando con este plato idiosincrático su magisterio en la fermentación de la col. (Los coreanos fermentan como nadie gracias a los demoledores períodos beligerantes que les amargaron los primeros tres cuartos del siglo XX. Entre la invasión japonesa y la guerra con sus vecinos del norte, muchos coreanos sobrevivieron a base de raíces terrestres, que a su vez fermentaban para paliar miserias futuras).

De todas formas, los períodos negros quedaron atrás y, después de mostrarse sublimes cocinando verde, ahora buscan otra energía en la carne. El cerdo y la ternera crudos menudean en las exitosas *barbecues* y, pese a que el gobierno se encargó de ocultarlos durante la celebración de los Juegos Olímpicos, en la propia Seúl abundan los restaurantes de sopa de perro (Boshintang), otro baluarte de la subsistencia nacional en los tiempos del hambre. El consumo de carne se extiende como signo de bonanza, de poder de nutriente necesario para seguir creciendo y compitiendo entre la élite.

Una mujer insulsa

El último y decisivo detalle para entender el contexto social en el que Han Kang escribió *La vegetariana* apunta al ultrapatriarcado que impera en Corea. El arrinconamiento de las mujeres es una evidencia y por eso el chamanismo aún triunfa en la península: la mayoría de chamanes son mujeres que, cuando los espíritus las poseen, pueden saltarse un rato las normas mientras cantan las cuarenta a los opresores masculinos, entre otras cosas. La mismísima presidenta del gobierno —la paradoja de su sexo se entiende más fácil cuando sabemos que es hija del exdictador Park Chunghee— se vio envuelta recientemente en un escándalo que la llevó a dimitir al divulgarse que buscaba asesoramiento en una chamana de confianza (bastante caradura, por cierto).

Corea, y más en concreto Seúl, emerge pues como avanzadilla de un capitalismo ferozmente descorazonador que a su vez está

inspirando a una vanguardia de pensadores críticos. Así, Byung Chul Han ha acuñado el término «sociedad del cansancio» para definir el decadente estadio del capitalismo actual, y se ha convertido en el filósofo de moda. Aunque ahora viva en Berlín, Byung Chul Han nació en Seúl. La megalópoli donde también reside Han Kang, que el pasado año ganó el premio Man Booker por la novela que estás a punto de leer. Y a ambos les une una idéntica propuesta de fondo: la necesidad de bajar el ritmo, de que el mundo se conduzca de acuerdo con formas de vida más naturales.

La vegetariana cuenta la historia de una mujer cualquiera, «insulsa» a ojos de su propio esposo, quien reconoce haberla escogido precisamente por su falta de cualidades, convencido de que alguien tan vulgar cumplirá con las típicas obligaciones femeninas acatando su rol secundario en la casa y en la sociedad. Es cierto que no le procura las emociones de las mujeres bellas ni de los caracteres fuertes, pero quién prefiere el sobresalto cuando puede vivir en paz haciendo lo que le plazca con una servidora eterna. Así piensa él.

Sin embargo, en algún momento, esa mujer cualquiera empieza a comportarse de forma extraña.

«Por primera vez en cinco años —dice el marido—, salí hacia mi trabajo sin que ella me ayudara a prepararme ni me acompañara hasta la puerta.

—¡Se volvió loca! ¡Totalmente loca!».

Y es que esa mojigata insulsa acaba de emprender un camino tan extraño a su entorno que terminará convertido en simbólica odisea: no va a comer carne ni ninguno de sus derivados. Como Bartleby, la vegetariana no es amiga de estridencias, y cuando le ofrecen un guiso de pato, de pollo, de vaca, o la intentan forzara ingerir o hacer lo que no quiere, se niega con educación. Eso sí, a diferencia del personaje de Melville, la coreana de Han Kang no recurre al condicional sino al silencio o a la negación directa. «No quiero». Ella dice no. Por mucho que intenten arrastrarla, convencerla, violarla, cada uno a su manera, ella ofrece una resistencia tan pacífica y muda como imparable, que en algún punto también recuerda a Gandhi.

Ella. «Mi mujer». «Ella». Son los casi exclusivos términos que

emplea el marido para referirse a Yeonghye, olvidándose de su nombre hasta convertirla en un objeto, una posesión, despersonalizándola hasta la incomprensión más absoluta, claro, y es que resulta difícil entender a los seres que pertenecen a otro género… a otra especie.

«Ella» tiene sueños, duerme poco, come menos. Aspira a una metamorfosis radical que la convierta en una entidad más pura. Sus renuncias aumentan alcanzando un grado que este prólogo no desvelará, pero que va a dinamitarlo todo.

¿Injusticia?

El libro se articula desde tres miradas: la del esposo, que resulta el más ajeno y distante a los sentimientos de Yeonghye; la de su cuñado artista, cautivado por el poder simbólico de una iniciativa, de una «acción» rebelde, que desea explotar creativamente; y la de su hermana, que si bien no logra descifrar las razones de Yeonghye, de algún modo comprende su sufrimiento mientras toma cierta conciencia de lo que ella misma ha soportado por el hecho de ser mujer.

Dos hombres y una hermana, en fin, para sondear una lógica que Yeonghye nunca nos habría explicado en primera persona porque, en su nueva dimensión, narrar, dar explicaciones, está de más. Dos hombres y una mujer haciendo aflorar las múltiples represiones que encadenan a una sociedad dispuesta a rechazar, cuando no agredir, a quien se atreve a enfrentarla.

Un ejemplo de esa intolerancia es la recepción que los críticos literarios coreanos dispensaron a la novela. «La pulverizaron —afirma Sunme Yoon, la traductora que volcó la historia al español—. La crítica también está dominada por hombres. A las mujeres les gustó, les impactó, pero los hombres perdían el hilo».

Conocí a Sunme Yoon en Seúl pocos días después de que Han Kang diera una charla en el cosmopolita barrio de Itaewon, en una de sus primeras apariciones públicas tras haber sido galardonada con el Man Booker. A Sunme Yoon le centelleaban los ojos de alegría y de furia mientras celebraba el reconocimiento

internacional de la misma obra que muchos de sus paisanos varones habían adjetivado con saña, condenándola a un casi ostracismo después de su publicación. La injusticia había abrumado a la traductora, y por eso la concesión del premio le dejaba un claro regusto a venganza.

Sunme Yoon hablaba con tanta implicación que no supe si confiar en la parcialidad de un discurso al fin y al cabo muy trillado y que se articulaba entorno a la típica literata-antisistema-martirizada-por-el-látigo-de-los-malvados-popes. Como guinda para reforzar sus tesis, Sunme Yoon extendía el descontento al desprecio con el que esos mismos críticos juzgaban a la mayoría de jóvenes escritores coreanos.

«Hasta hace muy poco, todos los escritores visibles eran de la generación anterior —dijo Sunme Yoon—. Mientras en Corea se producían cambios vertiginosos, los veteranos insistían en escribir sobre la historia nacional». Sin embargo, por lo visto, muchos jóvenes ya estaban narrando las múltiples oportunidades y contradicciones resultantes de la alianza entre Confucio y el Capital.

Entre esos (ya no tan) jóvenes destacaban Kim Youngha —iconoclasta autor de una pequeña novela espléndida: *Mi memoria asesina*— o Park Mingyu, adalid de rarezas ejemplares, casi siempre expresadas en relatos. ¿Un ejemplo? *Soy una jirafa*, donde retrocede a los años noventa para explorar las vicisitudes de un chico que trabaja empujando gente en los vagones del metro. Park Mingyu se sirve de ese empleo real —en febrero de 1990 el metro de Seúl contrató a 132 empujadores— para ilustrar cómo, en los noventa, la sociedad coreana se rindió al Sistema. El autor viene a demostrar que, con tal de sobrevivir incrustados en el meollo social, sus paisanos traspasaron el límite de la seguridad física, de la salud, y hoy siguen pagando las consecuencias.

Kim Youngha y Park Mingyu comparten ese halo de violencia y surrealismo común a tantos cineastas y creadores coreanos, fans de asombrarnos a fuerza de escenas perturbadoras que de algún modo calan en el subconsciente de manera imborrable. Lo que yo aún no sabía era hasta qué punto Han Kang se alineaba con esa poderosa tradición. Y entonces, la leí.

Tocar hueso

El sexo desnortó al crítico literario, o eso había sugerido Sunme Yoon sobre un punto crucial de *La vegetariana*, libro físico donde los haya, porque aquí se habla de un cuerpo. Un cuerpo que se niega a ser tratado como otros, sexualmente también, y por eso vas a asistir a uno de los espectáculos más refinadamente orientales de los últimos tiempos (sobre todo en *La mancha mongólica*, la segunda parte). Es como si, después de muchos años procesando novelas del noreste asiático llenas de intelectuales que juegan al ajedrez, tocan el piano o buscan un arte arriesgado; y de historias donde los flujos y las vísceras se derraman de manera más o menos verosímil, Han Kang haya dado con la tecla para ensamblarlo todo de una manera sencillamente trascendental que la vincula por ejemplo a Kafka. En *La vegetariana*, Han Kang demuestra ser a esa tradición lo que Enrique Vila-Matas supone para la meta-literatura: una cumbre indiscutible.

Por eso, las ofensas proyectadas por los críticos que tanto alteraron a Sunme Yoon se antojan a la postre estupendas, al confirmar que Han Kang tocó hueso y que su obra es sin duda revolucionaria. Estamos ante una novela que no solo cuestiona hábitos y realidades presuntamente intocables, sino que demuestra su endeblez hasta reventar el, en principio, omnipotente Sistema. De hecho, cada uno de los capítulos implica una ruptura, una desintegración, mientras la protagonista avanza en su ideal. Este libro nos muestra cómo la apariencia se desmorona al paso de alguien que cree, trasladándonos el miedo pero también la ilusión de contemplar cuánta fuerza albergamos. Revela cómo una convicción pura provoca grietas decisivas en estructuras de apariencia irrompible.

La vegetariana también es uno de los librasen los que se plasma de una manera más gráfica hasta qué punto el deseo físico incumbe a un ámbito espiritual. Y uno de esos libros que recuerdan el poder transformador del arte. Y uno de esos libros que…

—Pero esto no todo el mundo lo ve —me dijo Sunme Yoon en Seúl—. En España, la va a publicar una editorial nueva, ninguna de las grandes. Una con un nombre extraño…

No se me ocurrió ninguno más nuevo y extraño que:

—¿:Rata_?

—Esa. :Rata_. Eso es. La contrataron mucho antes de ganar el premio. Les ha tocado la lotería.

Lo dijo con una sonrisa, y siguió alabando la obra. Ahora que la he leído, mis suspicacias primeras se me antojan ridículas. A Sunme Yoon no la impulsaba un ánimo de revancha sino la alegría de cualquier letraherido ante el justo reconocimiento de un hallazgo en el que ella misma se había implicado hasta la traducción. Sunme Yoon sabía, ¡sabía!, hasta qué punto las imágenes y frases de Lo *vegetariana eran* hermosas y significativas, y cómo la economía verbal de Han Kang contribuía a concentrar cada impacto, cada idea deslizada, haciendo de este libro más bien corto una pina de intensidad radiactiva, tan tierna como cáustica, potente y transformadora.

La visión de ese cuerpo joven extrañamente exento de los deseos habituales ha anclado en algún lugar de mi conciencia, y hace unos días, al releer los *Viajes con Charley* de John Steinbeck, pensé en Yeonghye. Fue en el pasaje en el que Steinbeck, a solas de noche en el bosque, siente la presencia de las impresionantes secoyas. Deduce que no es solo su tamaño, sino también su edad la que incomoda o intimida a mucha gente. Steinbeck cree que la conexión de las secoyas con otro tiempo geológico quizás advierta a los hombres de que somos flor de pocos días, y nos cueste tolerar la idea de ser aún algo extraños en la Tierra. «¿Es posible que no nos guste que nos recuerden que somos muy jóvenes y bisoños en un mundo que era viejo cuando llegamos nosotros a él? ¿Y podría ser que hubiese una firme resistencia a la evidencia de que un mundo vivo seguirá su camino majestuosamente cuando nosotros ya no lo habitemos?». Esto escribió Steinbeck. Fue entonces cuando, junto a ese hombre memorable en el bosque de secoyas, creí ver a Yeonghye. En mi fantasía, la vegetariana había consumado su camino fundiéndose con las raíces ancestrales.

Energía y emoción

«Inhye… —le dice un día la protagonista a su hermana— todos los árboles del mundo me parecen hermanos». Y en esa frase resume su aspiración, su utopía: convertirse en una mujer-árbol, y que los demás lo hagan también para relacionarse, para relacionarnos, con

otro equilibrio.

Una preocupación de Inhye y de varios de los que se oponen a la dieta sin carne es la pérdida de energía. Argumentan que hay que tener energía para sentir emociones. Y, sin embargo, ahí está Yeonghye, imponiendo su aparente debilidad al mundo de la energía convencional, desplazándose, ¿elevándose?, hacia un espacio diferente en el que la energía forma parte, de algún modo, de la emoción más primitiva. Un espacio donde ambas, energía y emoción, se funden naturalmente para integrar la sustancia de ese hálito inexpresable que una vez decidimos llamar vida, y cuyas esencias se recogen en este libro que resistirá el paso de los años porque sus raíces se hunden en algún lugar del espíritu tan fértil y longevo como la tierra donde crecen las secoyas.

:Gabi Martínez_

La vegetariana

채식주의자

Antes de que mi mujer se hiciera vegetariana, nunca pensé que fuera una persona especial. Para ser franco, ni siquiera me atrajo cuando la vi por primera vez. No era ni muy alta ni muy baja, llevaba una melena ni larga ni corta, tenía la piel seca y amarillenta, sus ojos eran pequeños, los pómulos algo prominentes, y vestía ropas sin color como si tuviera miedo de verse demasiado personal. Calzada con unos zapatos negros muy sencillos, se acercó a la mesa en la que yo estaba sentado con pasos que no eran ni rápidos ni lentos, ni enérgicos ni débiles.

Si me casé con ella fue porque, así como no parecía tener ningún atractivo especial, tampoco parecía tener ningún defecto en particular. Su manera de ser, sobria y sin ninguna traza de frescura, ingenio o elegancia, me hacía sentir a mis anchas. No hacía falta que me mostrara culto para atraer su atención ni tenía que andarme con prisas para llegar a tiempo a nuestras citas. Tampoco había razón para que me sintiera menos cuando me comparaba a solas con los modelos que aparecían en los catálogos de moda masculina. Ni mi barriga, que había comenzado a abultar a partir de los veintitantos, ni mis delgados brazos y piernas, que no ganaban músculo a pesar de los esfuerzos que hacía —ni siquiera mi pequeño pene, que era la causa de un secreto complejo de inferioridad—, me preocupaban lo más mínimo cuando estaba con ella.

Nunca he pretendido más de lo que creo merecer. Cuando era pequeño me las di de bravucón en las calles poniéndome al frente de una banda de chiquillos que eran menores que yo. Cuando me hice mayor, solicité ingresar en la universidad que me concedía la beca más jugosa y luego me di por satisfecho entrando en una pequeña compañía que, además de apreciar mi escasa capacidad, me entregaba todos los meses un sueldo modesto. Así pues, fue natural que eligiera casarme con ella, que tenía el aspecto de ser la

mujer más corriente del mundo. De hecho, jamás he podido sentirme cómodo con las mujeres bonitas, inteligentes, sensuales o provenientes de familias adineradas.

Tal como lo había esperado, mi mujer se ajustó sin problemas al rol de esposa común y corriente que yo deseaba. Todas las mañanas se levantaba a las seis y me preparaba como desayuno arroz, sopa y un trozo de pescado. También continuaba haciendo los trabajos temporales que desempeñaba de soltera, lo que constituía una aportación —si bien modesta— a la economía familiar. Era profesora asistente en una academia de computación gráfica, donde había estudiado, un año y en casa trabajaba por encargo transcribiendo los textos a los globos de diálogo de las historietas.

Era más bien callada. Rara vez me pedía algo y no se quejaba por muy tarde que yo volviera del trabajo. Tampoco me insistía en que saliéramos los domingos o festivos que estábamos juntos en casa. Mientras yo me pasaba toda la tarde haraganeando frente al televisor con el mando en la mano, ella solía quedarse metida en su habitación. Seguramente trabajaba o leía algún libro —su única afición era la lectura, pero la mayoría de los libros que escogía parecían tan aburridos que ni daban ganas de abrirlos—. Cuando se acercaba la hora de cenar, salía del cuarto y se ponía a cocinar en silencio. Para ser sincero, no era nada divertido vivir con alguien así, pero yo estaba agradecido por ello, pues no soportaba a las mujeres que hacían sonar varias veces al día los móviles de sus maridos —como las esposas de mis compañeros de trabajo y amigos —, o a las que los regañaban frecuentemente y terminaban provocando ruidosas peleas matrimoniales.

Si había algo que la hacía diferente al resto de las mujeres era que no le gustaba usar sujetador. Durante nuestro corto e insulso noviazgo le puse un día por casualidad la mano sobre la espalda y me excité ligeramente al comprobar que no llevaba el sujetador debajo del jersey. La observé durante un rato por si acaso me estaba enviando algún tipo de señal intencionada, pero llegué a la conclusión de que no era así. Si no era eso, ¿qué era? ¿Pereza? ¿Acaso negligencia? No podía entenderlo. El que no llevara sujetador no se correspondía con su escaso pecho. Si al menos hubiera usado un sostén con relleno, no me habría hecho quedar tan mal cuando la presenté a mis amigos.

En casa prescindía por completo del sujetador. Durante el verano se lo ponía, muy a su pesar, si tenía que salir, para que no se le notaran los pezones, pero en menos de un minuto se lo desabrochaba. Si tenía puesto algo fino y de color claro o un poco ajustado, se le marcaba claramente el sostén suelto, pero a ella no parecía preocuparle en absoluto. Cuando la critiqué por eso, prefirió ponerse un chaleco encima antes que el sostén, a pesar de que era un día de calor abrasador. Se justificó diciendo que el sujetador la fastidiaba, que no podía soportar que le oprimiera el pecho. Como yo nunca los he usado, no tengo la menor idea de lo asfixiante que es llevar uno, pero según lo que podía apreciar, era evidente que a las demás mujeres no les molestaba tanto como la mía, así que su susceptibilidad al respecto me desconcertaba.

Excepto eso, todo transcurría con normalidad. Aquel año cumplíamos cinco de casados, pero como nunca habíamos estado locamente enamorados, no había motivos para sentir que la relación se hubiera desgastado. Habíamos aplazado el tener hijos hasta que compráramos una casa y como eso lo habíamos hecho por fin en otoño, yo había comenzado a pensar que ya era tiempo de oír que me llamaran «papá». Hasta que la descubrí una madrugada del pasado mes de febrero en la cocina, vestida únicamente con un camisón, nunca imaginé que nuestra vida diaria fuera a cambiar en lo más mínimo.

*

—¿Qué haces ahí de pie? —le pregunté cuando estaba a punto de encender la luz del baño.

Eran más o menos las cuatro de la madrugada. Me había despertado con sed y ganas de orinar por la media botella de soju que me había tomado en la cena de trabajo.

—¿Qué estás haciendo? —volví a preguntar y la miré con más detenimiento.

Un escalofrío me recorrió la espalda e hizo que se me esfumasen de golpe el sueño y la embriaguez. Mi mujer estaba de pie delante del frigorífico, completamente inmóvil. Debido a la oscuridad, no podía distinguir la expresión de su cara, pero intuía algo sobrecogedor en ella. Su abundante cabello, negro y sin teñir, lucía

suelto y desgreñado. Como siempre, el borde de su camisón blanco y largo hasta los tobillos estaba ligeramente enrollado hacia arriba.

A diferencia de en el dormitorio, hacía bastante frío en la cocina. En cualquier otra situación, mi mujer, que era muy friolera, se habría puesto encima una chaqueta de punto y se habría calzado las zapatillas de lana. Sin embargo, quién sabe desde cuándo, estaba allí de pie, descalza y con el camisón fino de entretiempo, como si no pudiera escuchar nada. Parecía que en el lugar donde estaba el frigorífico hubiera alguien —quizá un fantasma— que yo no podía ver.

¿Qué le pasaba? ¿Se había convertido en sonámbula o algo así?

Me acerqué a ella, que estaba de perfil y como petrificada.

—¿Qué te pasa? ¿Qué haces a estas horas aquí? —volví a preguntar poniéndole la mano en el hombro. Al contrario de lo que esperaba, no se asustó.

No era que estuviera absorta pensando en otra cosa, sino que tenía perfecta conciencia de que yo había salido del dormitorio, le había hablado y me había acercado a ella. Simplemente me estaba ignorando, como cuando a veces yo llegaba tarde y no me hacía ningún caso por estar enfrascada en alguna serie de madrugada de la televisión. ¿Pero qué sucedía para enfrascarse a las cuatro de la madrugada, en una cocina a oscuras, frente a la puerta blanca dé un frigorífico de cuatrocientos litros de capacidad?

—¿Me oyes?

Le miré la cara, que resaltaba en medio de la oscuridad. Tenía unos ojos fríos y centelleantes que nunca le había visto, y mantenía los labios firmemente apretados.

—He tenido un sueño… —respondió por fin, con voz fuerte y clara.

—¿Un sueño? ¿De qué hablas? ¿No sabes la hora que es?

Me dio la espalda y se dirigió con lentitud al dormitorio. Al cruzar el umbral, estiró el brazo sin darse la vuelta y cerró silenciosamente la puerta. Me quedé solo en la cocina a oscuras, mirando la puerta que se había tragado su silueta blanca.

Entré en el baño encendiendo la luz. Estábamos a diez grados bajo cero desde hacía varios días. Me había duchado hacía unas horas, así que las zapatillas de plástico, salpicadas de agua, estaban todavía húmedas. Se podía sentir la gélida soledad de la estación

invernal en el agujero negro del extractor de aire que había sobre la bañera, y en los azulejos y las losas de color blanco que cubrían las paredes y el suelo.

Cuando entré en el dormitorio, no se percibía ningún ruido del lado donde mi mujer dormía acurrucada. Era como si estuviera solo en la habitación. Naturalmente era solo una sensación. Cuando agucé el oído, pude escuchar su respiración apagada. No parecía la respiración de una persona dormida. Estirando la mano hubiera podido tocar su piel tibia, pero no quise hacerlo. Tampoco tuve ganas de dirigirle la palabra.

*

Acostado y cubierto con el edredón, perdí el sentido de la realidad por un momento y me quedé mirando ausente la luz de la mañana invernal que entraba a través de las cortinas blancas. Cuando moví ligeramente la cabeza y puse mis ojos sobre el reloj de la pared, me levanté disparado como un resorte y salí de la habitación abriendo la puerta de par en par. Mi mujer estaba otra vez en la cocina delante del frigorífico.

—¿Estás loca? ¿Por qué no me has despertado? ¿No sabes la hora que es?

Interrumpí lo que estaba diciendo al sentir algo mullido bajo mis pies. No podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Ella estaba en cuclillas, vestida con el mismo camisón y con el pelo despeinado cayéndole a ambos lados de la cara. A su alrededor y sobre el suelo de la cocina había desperdigadas tantas bolsas de plástico y recipientes herméticos que no quedaba lugar donde poner los pies. Ternera cortada finamente para hacer *shabu-shabu*, panceta de cerdo, dos jarretes completos de vaca, calamares guardados en bolsas herméticas, anguilas limpias y troceadas que le había mandado recientemente mi suegra del pueblo, corvinas semisecas y atadas con una cuerda amarilla, empanadillas congeladas todavía sin abrir y un sinnúmero de paquetes que no se sabía qué contenían. Haciendo crujir el plástico, mi mujer estaba metiendo esos bultos uno a uno en una gran bolsa de basura.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le grité, perdiendo los estribos.

Igual que la noche anterior, ignoró mi presencia y siguió tirando los paquetes de carne en la bolsa. La ternera y el cerdo, el pollo troceado y las anguilas marinas, que debían de valer como mínimo doscientos mil wones; todo fue a parar a la bolsa de la basura.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué estás tirando todo esto?

Apartando las bolsas de plástico, me abalancé sobre ella y la agarré de la muñeca. No me lo esperaba, pero la firmeza de su mano era férrea. Tuve que utilizar la fuerza hasta que se me subió el calor a la cara para lograr que soltara el paquete que sostenía. Masajeándose la muñeca derecha enrojecida con la otra mano, habló con el mismo tono de siempre.

—He tenido un sueño.

Otra vez lo mismo. Me lo dijo mirándome a los ojos, sin que se le alterara en lo más mínimo la expresión. Entonces sonó mi móvil.

—¡Mierda!

Empecé a buscar en los bolsillos de la americana que había dejado sobre el sofá la noche anterior. En el último bolsillo encontré el móvil, que sonaba desaforadamente.

—Lo siento muchísimo. Es que me surgió un problema en casa… De verdad, lo siento. Me daré mucha prisa para llegar lo antes posible. No, no, puedo salir de inmediato. ¡Ahora mismo! No, no haga eso. Espéreme que ya voy. De nuevo le pido mil disculpas. No sé qué decirle…

Colgué y entré corriendo al baño. Me afeité con tanta prisa que me corté dos veces.

—¿No hay ninguna camisa planchada?

No me respondió. Soltando tacos, revolví la cesta de la ropa sucia y encontré la camisa que me había quitado la noche anterior. Afortunadamente no estaba muy arrugada. Mientras me colgaba la corbata al cuello como una bufanda, me ponía los calcetines y guardaba la agenda y la cartera en los bolsillos, mi mujer no se movió de la cocina. Por primera vez en cinco años de casados, salí hacia mi trabajo sin que me ayudara a prepararme y me acompañara hasta la puerta.

—¡Se ha vuelto loca! ¡Totalmente loca!

Metí los pies en los zapatos nuevos, que todavía me iban estrechos, y salí abriendo con fuerza la puerta del apartamento. Al comprobar que el ascensor estaba en la última planta, bajé

corriendo los tres pisos por las escaleras. Cuando por fin logré subirme al metro, que justo estaba a punto de salir, me miré en el cristal de la oscura ventanilla. Me arreglé el pelo, me hice el nudo de la corbata y alisé con las manos la arruga de la camisa. Fue entonces cuando me acordé de la escalofriante calma que tenía la expresión de mi mujer y también de su voz dura y seca.

Dos veces me había dicho que todo se debía a un sueño que había tenido. Su cara pasó como una ráfaga contra la oscuridad del túnel, al otro lado de la ventanilla del metro en movimiento. Era una cara desconocida, como si la viera por primera vez. Pero no había tiempo para pensar en su extraño comportamiento puesto que solo tenía treinta minutos para inventar una excusa que darle al cliente y repasar el borrador de la propuesta que iba a presentarle. Brevemente me dije para mis adentros que volvería a casa tan temprano como pudiese. Desde que me habían cambiado de sección, hacía meses que no salía del trabajo antes de las doce.

*

Era un bosque oscuro. No había nadie. Tenía la cara y los brazos arañados por abrirme paso entre los árboles de hojas puntiagudas. Creo que estaba en compañía de otras personas, pero parece que me perdí. Hacía frío. Crucé un arroyo congelado y descubrí un edificio iluminado que parecía un granero. Entré apartando una cortina de arpillera y los vi. Eran cientos de enormes y rojos bultos de carne que colgaban de unos maderos. De algunos de ellos caían gotas de sangre todavía fresca. Me abrí paso apartando los incontables trozos de carne, pero la puerta de salida del fondo no aparecía. La ropa blanca que llevaba puesta se me empapó por completo de sangre.

No sé cómo me escapé de ese lugar. Volví sobre mis pasos corriendo y crucé de nuevo el arroyo. De pronto el bosque se aclaró y aparecieron árboles primaverales muy tupidos y verdes. El sitio estaba atestado de niños y olía a cosas ricas. Varias familias que estaban de picnic. Era un panorama increíblemente luminoso. Corría un manantial rumoroso, a su vera había gente sentada sobre esterillas que comía rollos de arroz envueltos en algas. A un lado asaban carne a la parrilla, se escuchaba tararear canciones y resonaban las risas de alegría.

Sin embargo, yo tenía miedo. Todavía llevaba mis ropas manchadas

de sangre. Me agaché y me escondí detrás de un árbol para que nadie me viera. Tenía también las manos manchadas de sangre. Y la boca. Había comido los pedazos de carne caídos en el suelo de ese granero. Me había embadurnado las encías y el paladar con la sangre roja de esa blanda carne cruda. Mis ojos, que se reflejaban en los charcos de sangre, centelleaban.

No pudo ser más vivida la sensación de desgarrar con mis dientes esa carne cruda. Y mi cara, mis ojos… Me había vuelto una desconocida, pero no había duda de que era yo. No, al revés. Era un rostro visto innumerables veces, pero no era mi cara. No puedo explicarlo. Conocida y desconocida a la vez, fue una sensación vivida y extraña, terriblemente extraña.

*

La cena que había preparado mi mujer consistía en hojas de lechuga y pasta de soja, una sopa clara de algas que no tenía carne ni almejas y *kimchi*. Eso era todo.

—¿Pero entonces has tirado toda la carne que había en el frigorífico por ese estúpido sueño? ¿Cuánto valía lo que tiraste?

Me levanté de la mesa y abrí la puerta del congelador. Estaba vacío. Solo había cereales tostados, pimiento rojo en polvo, guindillas congeladas y una bolsa de ajo picado.

—Hazme aunque sea un huevo frito. Estoy realmente agotado. Casi ni he almorzado.

—También tiré los huevos.

—¿Qué?

—Tampoco nos volverán a traer leche.

—¡Joder! ¿Pretendes que yo no coma carne?

—No podía dejar todo eso en el frigorífico. No lo soportaba.

¿Cómo podía ser tan egoísta? Me quedé mirándola fijamente. Ella había bajado los ojos, pero se veía más serena que nunca. No me esperaba aquello. No me imaginaba que pudiera ser tan egoísta y que hiciera lo que le viniera en gana. No sabía que era tan irracional.

—¿Quieres decir que a partir de ahora no comeremos carne en esta casa?

—Tú, en general, solo desayunas en casa. Seguro que comerás

carne en la comida y en la cena. No te morirás por no comer carne por la mañana —respondió con parsimonia, como si su decisión fuera lógica y apropiada.

—De acuerdo. En mi caso, vale, pero, ¿y tú? ¿No vas a comer carne de ahora en adelante? —Ella respondió asintiendo con la cabeza—. ¿Ah, sí? ¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando sea.

No supe qué más decirle. Sabía, de haberlo leído y escuchado, que estaba de moda ser vegetariano en estos días. La gente se hacía vegetariana para tener una vida más sana, para cambiar su metabolismo y dejar de sufrir alergias y piel atópica, o simplemente para cuidar el medio ambiente. Los monjes budistas que hacían vida retirada también eran vegetarianos, pero lo eran por una buena causa: evitar hacer daño a los seres vivos. ¿A qué venía esa extravagancia de mi mujer? Ni que fuera una adolescente caprichosa. No necesitaba bajar de peso ni tenía que curarse ninguna enfermedad, pero había cambiado sus hábitos de alimentación por una simple pesadilla. ¡Ni que estuviera poseída por un demonio! ¿Cómo podía ser tan tozuda e ignorar de aquella manera la oposición de su marido?

Habría podido comprenderla si mi mujer hubiera detestado la carne desde el principio, pero había sido de comer muy bien desde antes de casarnos. Eso fue algo que me agradó en especial de ella. Sabía dar la vuelta a las costillas de cerdo sobre las brasas con destreza y troceaba sin vacilar la carne, sosteniéndola con pinzas con una mano y cortándola con la otra con una tijera grande. Después de casarnos, los fines de semana me preparaba platos que no estaban nada mal, como panceta de cerdo a la sartén, que sabía dulce y aromática después de dejarla marinada con gengibre y jarabe de almidón; o su especialidad, que consistía en carne cortada fina y condimentada con pimienta, sal horneada en caña de bambú y aceite de sésamo, y que enharinaba con arroz glutinoso en polvo para asarla en la sartén como si fueran pequeños crepes. También sabía preparar muy bien el arroz con brotes de soja, que hacía dorando primero en la sartén el arroz con aceite de sésamo y carne picada y cociéndolo luego en la olla con los brotes de soja encima. Tampoco estaba mal el guiso de pollo con grandes trozos de patata. Una vez me comí tres raciones de ese guiso con la carne de pollo

bien embebida en la salsa sabrosa y picante.

¿Pero qué era esta cena que me había preparado hoy? Sentada de lado en la silla, se llevaba a la boca cucharadas de la sopa de algas, desabrida por donde se la mirase, y engullía el arroz envuelto en hojas de lechuga y lo masticaba con los carrillos llenos.

Yo no sabía nada acerca de aquella mujer, se me ocurrió de repente.

—¿No comes? —me preguntó con voz desganada, como la de una anciana que hubiera criado a cuatro hijos.

Sin hacerme ningún caso mientras yo estaba de pie y la miraba fijamente, siguió masticando larga y sonoramente el kimchi que tenía en la boca.

*

Mi mujer no cambió cuando llegó la primavera. Todas las mañanas me daba de comer solo verduras, pero no volví a quejarme. Cuando alguien cambia de un modo tan tajante, no hay más remedio que seguirle la corriente.

Comenzó a adelgazar. Los pómulos, de por sí protuberantes, se hicieron desagradablemente más marcados. Si no se maquillaba, su piel lucía pálida y demacrada como la de una persona enferma. Si todo el mundo bajara de peso por dejar de comer carne como lo había hecho ella, nadie tendría problemas para adelgazar. Pero yo lo sabía bien. No estaba flaca por comer solo verduras sino por sus pesadillas. Pero tampoco era eso, puesto que ya casi no dormía.

Mi mujer no tenía un carácter muy inquieto. Cuando yo volvía tarde a casa, la mayoría de las veces ya estaba dormida. Últimamente, sin embargo, aunque regresara pasada la medianoche, me duchara y me metiera en la cama, no se iba a dormir. No era que se quedara leyendo un libro, chateando en el ordenador o viendo la televisión por cable. Tampoco era posible que trabajara todos los días pasando los textos de diálogo a los globos de las historietas.

Se metía en la cama pasadas las cinco de la madrugada y, después de dormir o dormitar apenas una hora, se despertaba con un breve quejido. Se sentaba a la mesa del desayuno con el pelo enredado, la piel áspera y los ojos inyectados en sangre, pero no

comía un solo bocado.

Lo que más me inquietaba era que ya no quería tener sexo. Antes solía acceder a mis deseos sin poner peros y a veces hasta era ella la que me tocaba primero, pero ahora me rechazaba en silencio, aunque mi mano solo le tocara el hombro.

—¿Qué te pasa?

—Estoy cansada.

—Por eso tienes que comer carne. No tienes fuerzas porque no comes. Antes no eras así.

—Es que…

—¿Qué?

—Hueles.

—¿Huelo? ¿A qué?

—A carne. Tu cuerpo huele a carne.

Me reí con una sonora carcajada.

—¿No me has visto? Acabo de ducharme. ¿Dónde huelo mal?

—Cada uno de tus poros… —respondió ella muy seriamente.

A veces se me cruzaba por la cabeza un mal presagio. ¿Y si estos no eran más que los síntomas iniciales de una paranoia, un delirio o una neurastenia, enfermedades mentales que hasta ahora solo conocía de oídas?

Sin embargo, mi mujer no parecía estar loca. Como siempre, hablaba poco y mantenía la casa bien ordenada. Los fines de semana hacía dos platos de hierbas o verduras y también preparaba chop-suey con setas en lugar de carne. Si consideraba que estaba de moda ser vegetariano, no había nada de extraño. Lo único malo era que no podía dormir y que me respondía con un «he tenido un sueño» cuando le preguntaba qué le pasaba. Parecía como si algo la persiguiera. Yo no le preguntaba nunca sobre el contenido de esos sueños. No tenía ganas de volver a escuchar nada sobre el granero en el bosque oscuro y su cara reflejada en los charcos de sangre.

Sumergida en esas pesadillas y ese sufrimiento que yo desconocía —y que no podía ni quería conocer—, fue perdiendo más y más peso. Adelgazó como una bailarina de ballet y, finalmente, se quedó en los huesos como una persona enferma. Cada vez que me asaltaba el mal presentimiento, me decía que mis

suegros —que tenían un aserradero y un quiosco en una pequeña ciudad del interior—, mis cuñados y sus cónyuges —todas buenas personas— parecían estar lejos de tener genes que provocaran desviaciones mentales.

Cada vez que pensaba en la familia de mi mujer, inmediatamente la asociaba con el humo y el olor a ajo quemado. Iban y venían las copas, y la carne se cocía en el asador, mientras las mujeres charlaban animadamente en la cocina. Todos —y en especial mi suegro— eran amantes de la carne, mi suegra sabía cortar en láminas delgadas el pescado vivo para hacer sashimi, y mi cuñada y mi esposa eran mujeres que sabían trocear un pollo con un cuchillo grande y rectangular de carnicería. Aprobaba la autosuficiencia de mi mujer, que podía matar las cucarachas con las manos como si nada. ¿Acaso no la había seleccionado con cuidado por ser la mujer más corriente del mundo?

Aunque su estado fuese en verdad muy sospechoso, no quería considerar lo que se dice una consulta o un tratamiento. Si bien alguna vez anduve diciendo por ahí que una enfermedad no es un defecto, fue porque les afectaba a los demás y no a mí. La verdad es que me costaba tolerar las situaciones extrañas.

*

En la mañana del día anterior a que tuviera ese sueño, estaba cortando carne congelada. Tú te enfadaste y me metiste prisa.

«Joder, ¿vas a estar todo el día con eso?».

Ya sabes que cuando me metes prisa, me pongo nerviosa. Me desconcierto, como si fuera otra persona, y me enredo todavía más. ¡Rápido! ¡Más rápido! La mano que sostenía el cuchillo se movía con tanta prisa que una ola de calor me subió por la nuca. De pronto, se me resbaló la tabla. Fue cuando me corté un dedo y se melló el cuchillo.

Cuando levanté el dedo índice, vi formarse rápidamente una gota de sangre roja. Era redonda. Bien redonda. Cuando me metí el dedo en la boca, me inundó una sensación de bienestar. Cosa extraña, ese sabor dulzón, junto con el color escarlata, tuvieron la propiedad de tranquilizarme.

Apenas mordisqueaste el segundo trozo de carne que habías cogido, lo escupiste. Levantando algo brillante que se había caído, me gritaste:

«¿Y esto? ¡Es un trozo de cuchillo!».

Me quedé mirándote en silencio, mientras montabas un gran escándalo con la cara descompuesta.

«Y si me lo trago, ¿qué? ¡Podría haberme muerto!».

¿Por qué no me asusté entonces? Todo lo contrario, me sentí hasta serena. Fue como si una mano fría se posara en mi corazón. Como si repentinamente todo lo que me rodeaba se retirara como la marea. La mesa, tú, los muebles de la cocina… Fue como si solamente quedáramos yo y la silla en la que estaba sentada, en medio de un espacio infinito.

Durante la madrugada del día siguiente fue cuando vi por primera vez mi cara reflejada en el charco de sangre del granero.

*

—Mírate esa boca. ¿No te has maquillado?

Me quité los zapatos y entré en casa. Mi mujer estaba de pie vestida con una gabardina negra y con aire ausente. Cogiéndola del brazo, la llevé al dormitorio.

—¿Así piensas salir?

Los dos nos reflejábamos en el espejo del tocador.

—Vamos, vuelve a maquillarte.

Mi mujer se libró en silencio de mi mano. Abrió la polvera y se aplicó con golpecitos la almohadilla en la cara. Las partículas de maquillaje no se adhirieron bien y su rostro parecía el de una muñeca de trapo cubierta de harina. Al menos se deshizo de aquella palidez de enferma cuando se puso el pintalabios de color coral intenso que usaba siempre. Respiré aliviado.

—Es tarde, apresúrate —le dije, adelantándome y abriendo la puerta del apartamento.

Mientras apretaba el botón del ascensor, me quedé mirando con desasosiego a mi mujer, que se estaba calzando con parsimonia unas zapatillas azules. Gabardina y zapatillas… No combinaban en absoluto, pero no había alternativa. No tenía zapatos, pues había tirado todas las cosas hechas de piel.

Lo primero que hice cuando me subí al coche, que ya estaba en marcha, fue poner la emisora de tráfico. Prestando atención al estado del tráfico en los alrededores del restaurante donde había hecho una reserva el presidente de mi compañía, me puse el

cinturón de seguridad y bajé la palanca del freno de mano. Mi mujer ocupó el asiento de al lado con su gabardina impregnada de frío y se puso el cinturón de seguridad.

—Hoy tienes que comportarte. Es la primera vez que el presidente de la compañía me invita a esta cena. Eso significa que tiene una buena opinión de mí.

Gracias a que me apresuré y utilicé calles poco transitadas, pudimos llegar a tiempo al lugar de la cita. Era un edificio de dos plantas, lujoso desde cualquier punto de vista, y tenía un amplio aparcamiento.

Hacía mucho frío a pesar de que ya estábamos en primavera. Mi mujer, que me esperaba a un lado del aparcamiento recibiendo el aire de la noche, parecía desabrigada con su delgada gabardina. No me había dirigido la palabra durante todo el trayecto, pero como así era por naturaleza, no le presté mucha atención. «Mejor que no hable, a los mayores les gustan las mujeres calladas», me dije, y así me libré fácilmente de la ligera preocupación que eso me suscitó.

Ya habían llegado el presidente de la compañía, el director y el gerente y sus respectivos cónyuges. El subdirector y su mujer llegaron justo detrás de nosotros. Después de saludarnos con movimientos de cabeza y sonrisas, mi mujer y yo nos quitamos los abrigos y los colgamos en el perchero. Siguiendo las instrucciones de nuestra anfitriona, que tenía las cejas finamente depiladas y llevaba un collar de gruesas cuentas de jade, llegamos a la larga mesa de la cena. Todos parecían distendidos, como si aquel fuera un lugar al que iban a menudo. Me senté en mi sitio observando el techo, decorado como el de una casa tradicional, y los peces de colores que nadaban en una pecera de piedra. Sin querer, miré a mi mujer y en ese instante vi sus pechos.

Tenía puesta una blusa negra ligeramente ajustada, y debajo se recortaban claramente sus pezones. No cabía duda, mi mujer no se había puesto el sujetador. Cuando le quité la vista de encima para observar a los demás, mi mirada se encontró con la de la esposa del gerente. Supe enseguida que sus ojos, disfrazados de indiferencia, mostraban curiosidad, estupefacción y un menosprecio salpicado de duda.

Me ruboricé. Percibía las miradas que le echaban a mi mujer, que estaba sentada con aire ausente y sin participar de la charla

mundana de las demás esposas, y me esforcé por no perder la compostura. Me pareció que actuar de la manera más natural posible era lo mejor que podía hacer en ese momento.

—¿No les ha costado encontrar este lugar? —me preguntó la esposa del presidente.

—Ya había pasado por aquí antes. Me agradó mucho el jardín, así que tenía ganas de conocerlo por dentro.

—¿Ah, sí? El jardín está muy bien arreglado. De día es todavía más bonito y por la ventana se ven los canteros de flores.

Sin embargo, cuando comenzaron a servir los platos, terminó por romperse la tensa cuerda que estaba tratando de sostener con todas mis fuerzas.

Lo primero que trajeron fue *tangpyeongchae*. Era un plato muy bien presentado que consistía en finas tiras de gelatina de frijoles mungo mezcladas con verduras y carne de ternera. Mi mujer, que hasta entonces no había dicho una sola palabra, le susurró al camarero que estaba a punto de servirle en su plato:

—Yo no voy a comer.

Lo dijo con una voz apenas audible, pero todos se quedaron estupefactos. Soportando las miradas inquisidoras de los demás comensales, esta vez habló un poco más alto:

—No como carne.

—¿Es usted vegetariana? —le preguntó con tono jovial el presidente de la empresa—. En el extranjero hay vegetarianos estrictos y en nuestro país me parece que han comenzado a aparecer algunos, sobre todo ahora que los medios de prensa atacan tanto la ingesta de carne… No me parece exagerada la idea de que hay que dejar de comer carne para tener una vida más larga.

—Aun así, ¿cómo se puede vivir sin comer nada de carne? —opinó su esposa sonriendo.

Mientras el plato de mi mujer permanecía vacío, el camarero llenó los de los otros nueve comensales y se marchó. La conversación giró naturalmente hacia el vegetarianismo.

—¿Han visto que hace poco descubrieron la cabeza de un homínido de hace quinientos mil años? Tenía rastros de haberse alimentado de la caza. El comer carne es un instinto. El ser vegetariano es ir en contra del instinto. No es natural.

—Últimamente parece que hay gente que es vegetariana por una

cuestión de complexión física. Yo también quise averiguar cuál era mi tipo de complexión y fui a varios consultorios de medicina oriental, pero en todos me dijeron cosas diferentes. Siguiendo sus indicaciones, traté de cambiar mi dieta alimentaria, pero no me sentí a gusto… Ahora pienso que lo mejor es comer de todo.

—¿No os parece que la persona que come un poco de todo y sin hacer excepciones es a la que se le puede llamar «sana» de verdad? Es una prueba de que su mente también está sana —dijo la esposa del gerente, que había estado mirando de reojo los pechos de mi mujer. Al final dirigió sus flechas directamente hacia ella—: ¿Por qué razón es vegetariana? ¿Por salud? ¿O quizá por cuestiones religiosas?

—No es por eso —respondió en voz baja, abriendo por fin los labios. Su tono era calmado, como si no le importara en absoluto la clase de reunión en la que se encontraba. Me recorrió un escalofrío de repente, pues adiviné lo que diría a continuación—: Es que… tengo sueños.

Rápidamente tapé su respuesta con mis palabras:

—Mi mujer ha padecido durante mucho tiempo de problemas digestivos, por eso no puede dormir bien. Siguiendo las indicaciones de un doctor en medicina oriental, dejó de comer carne y ahora está mucho mejor.

Por fin todos asintieron con la cabeza.

—Me alegro. La verdad es que nunca había coincidido antes con un vegetariano. ¿No les parece terrible estar cenando con alguien a quien le parecer atroz el ver comer carne? El que es vegetariano por cuestiones espirituales debe de sentir una gran repugnancia por los que comen carne, ¿no es así?

—Debe de ser algo como cuando estás comiendo con ganas un pulpito vivo enrollado en los palillos y la mujer que está sentada delante te mira con asco como si fueras un animal.

Todos se desternillaron de risa. Cuando me uní a las carcajadas de los demás, me di cuenta de que mi mujer no se estaba riendo. Sin prestar la menor atención a la conversación que fluía en la mesa, no hacía más que mirar cómo brillaban los labios de los comensales por el aceite de sésamo. Y eso estaba incomodando a todos los presentes.

El siguiente plato fue pollo glaseado en salsa agridulce picante, y

el siguiente, atún crudo. Mientras todos comían animadamente, mi mujer no hizo ademán de mover un dedo. Dejando sobresalir sus pezones como bolitas de bellota a través de su blusa, no se perdía el menor movimiento de las bocas de cada una de las personas allí reunidas, como si estuviera hipnotizada.

Hasta que terminaron de servir los más de diez platos que conformaban la cena, mi mujer solamente había comido ensalada, kimchi y gachas de calabaza. Apenas tocó las gachas especiales con bolitas de arroz glutinoso, porque estaban hechas con caldo de carne. A medida que pasaba el tiempo, todos conversaban como si mi mujer no estuviera presente. De vez en cuando me dirigían alguna pregunta por compasión, pero podía sentir que me mantenían a una distancia respetuosa y me consideraban de la misma especie que mi mujer.

Cuando trajeron fruta como postre, comió un trozo de manzana y de naranja.

—¿No tiene hambre? Casi no ha comido… —se preocupó nuestra anfitriona, con tono animado y cortés.

Sin sonreír, sin ponerse colorada y sin titubear, mi mujer se quedó mirándola fijamente en silencio. Esa mirada estaba horrorizando a todos los presentes. ¿Sabía en qué reunión estábamos? ¿Sabía quién era la mujer elegante y madura que le había dirigido la palabra? Por un instante su cabeza, a la que nunca me había asomado antes, me pareció una trampa sin fondo.

*

Tenía que tomar alguna medida.

Fue lo que pensé en el trayecto de vuelta a casa esa noche, con la horrible certeza de que todo se había echado a perder. Ella se veía imperturbable. Parecía no tener la menor conciencia de lo que había hecho. Se quedó con la cabeza inclinada sobre el cristal de la ventanilla, como si tuviera sueño o estuviera cansada. Si me hubiera comportado según mi carácter de costumbre, me tendría que haber enfurecido. «¿Quieres que echen a tu marido de la empresa? ¿Por qué diablos has hecho eso?».

Sin embargo, supe que nada de eso serviría. Ninguna bronca o argumentación lograría conmoverla lo más mínimo. Se encontraba

en un punto muy distante para que yo pudiera hacer algo.

Después de asearse y ponerse el camisón, entró en su habitación de trabajo en lugar de nuestro dormitorio. Tras dar vueltas por el salón, cogí el teléfono. Atendió mi suegra al otro lado de la línea. Aunque todavía era una hora temprana para irse a dormir, su voz sonaba somnolienta:

—¿Estáis todos bien? Hace tiempo que no sé de vosotros.

—Lo siento, ya sabe lo ocupado que ando siempre. ¿El suegro está bien?

—Nosotros estamos siempre igual. ¿Todo bien en el trabajo?

Después de vacilar un instante, le respondí:

—Sí, bien. Pero Yeonghye…

—¿Qué pasa con ella? ¿Le ocurre algo? —preguntó mi suegra con voz preocupada. Normalmente no mostraba un interés especial por su segunda hija, pero al parecer los hijos eran los hijos.

—No quiere comer carne.

—¿Qué?

—No come nada de carne, solo verduras. Hace ya varios meses que está así.

—¿De qué me hablas? Para hacer dieta no es, me imagino.

—No me hace caso le diga lo que le diga. Hace ya tiempo que yo tampoco pruebo un bocado de carne en casa.

Mi suegra se quedó sin saber qué decir. Aprovechando la ocasión, le clavé la estocada:

—No se imagina lo débil que se ha puesto.

—¡No puede ser! Si está contigo, ponme con ella.

—Se ha ido a dormir. Le diré que la llame mañana.

—No, déjalo. Yo misma la llamaré. No entiendo qué le pasa… Te pido disculpas.

Después de colgar, busqué en mi agenda y llamé al número de mi cuñada. Atendió gritando «hola» su hijo, que tenía unos tres años.

—Ponme con tu mamá.

Al rato se puso mi cuñada, que se parecía a mi mujer, pero era más bonita porque tenía los ojos más grandes y, sobre todo, una apariencia más femenina.

—¿Dígame?

Las comunicaciones telefónicas con mi cuñada, que hablaba con

un ligero deje nasal, siempre me provocaban una leve tensión erótica. Como había hecho con mi suegra, le hablé del vegetarianismo de mi mujer. Y después de que me escuchara con la misma estupefacción y tras recibir por su parte las mismas disculpas y promesas, colgué. Por último, pensé en llamar también a mi cuñado, el hermano pequeño de mi mujer, pero lo dejé porque ya me pareció excesivo.

*

He soñado otra vez.

Alguien mató a una persona y otra ocultó el crimen a la perfección, pero me olvidé de todo cuando me desperté. ¿Habré sido yo la asesina? O quizá fui la asesinada. Si yo fui la asesina, ¿a quién habré matado? ¿A ti tal vez? Era a alguien muy cercano. O quizá fuiste tú el que me mató… Entonces ¿quién habrá sido la persona que ocultó el crimen? Seguro que no éramos ni yo ni tú… Fue con una pala. Es lo único que recuerdo. La muerte sobrevino por un golpe en la cabeza con una pala grande para cavar la tierra. Fue un impacto sordo. Sentí la vibración del aire en el instante en que el hierro cayó sobre el cráneo. Recuerdo claramente la sombra desplomándose en la oscuridad.

No es la primera vez que sueño eso. Lo he soñado infinidad de veces. Como cuando uno está ebrio y se acuerda de todas las veces que lo estuvo anteriormente, en mis sueños yo recuerdo todos mis sueños anteriores. Las innumerables veces que alguien mató a alguien. Es borroso, confuso… pero lo recuerdo todo con una sensación palpable de escalofriante realidad.

Seguramente no lo puedes entender. Hace tiempo que me da miedo ver a alguien manejando el cuchillo sobre una tabla de cortar. Da lo mismo que sea mi hermana o mi madre. No puedo explicar la razón. Solamente puedo decir que es una sensación que no soporto. Entonces trato de comportarme amablemente con esa persona. Pero en el sueño de ayer, la persona que fue asesinada o que cometió el asesinato no fue ni mi madre ni mi hermana. Simplemente me ha quedado la sensación de algo espeluznante, sucio, terrible y cruel. Como si yo hubiera matado a alguien con mis propias manos o hubiera muerto a manos de otra persona. Es una sensación imposible de imaginar si no se ha vivido antes… Es perentoria, frustrante y tibia como la sangre que aún no se

ha enfriado.

¿Por qué será? Todo me parece desconocido, como si viera las cosas desde atrás. Como si estuviera encerrada detrás de una puerta sin picaporte. No es eso, será que estuve allí desde el principio y me di cuenta de ello repentinamente. Está todo oscuro. Todo está negro y machacado.

*

En contra de lo que había esperado, las intervenciones de mi suegra y mi cuñada no ejercieron ninguna influencia en los hábitos alimenticios de mi mujer. Todos los fines de semana mi suegra me llamaba para preguntarme:

—¿Yeonghye sigue sin comer carne?

Hasta mi suegro, que nunca llamaba, la reprendió un día severamente. Sus gritos encolerizados se escapaban del aparato y llegaban hasta mis oídos.

—¿Qué diablos estás haciendo? Y que lo hagas tú, pase, pero ¿qué va a ser de tu marido, que está en la plenitud de sus fuerzas?

Sin decir ni que sí ni que no, mi mujer se quedó en silencio con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Por qué no contestas? ¿Me estás escuchando?

Como la olla de la sopa estaba hirviendo, dejó el teléfono sobre la mesa sin decir nada y se fue a la cocina. Y no volvió. Tuve que coger yo el aparato por la pena que me dio mi suegro, que vociferaba lastimosamente al otro lado de la línea sin que nadie lo escuchase.

—Lo siento, suegro.

—No, hijo, yo soy el que debe pedirte disculpas.

Sus palabras me sorprendieron, pues mi suegro era un hombre muy autoritario y nunca en mis cinco años de casado le había oído hablar a nadie en ese tono. No cuadraban con él las palabras amables. Había luchado en la guerra de Vietnam y su máximo orgullo era la medalla al mérito que le habían concedido entonces. Tenía una voz atronadora y su obstinación era tan fuerte como su voz. Ya había escuchado una docena de veces la historia que comenzaba diciendo «Cuando estuve en la guerra de Vietnam maté a siete comunistas…». A mi mujer la había criado a base de azotes

en las piernas hasta los diecisiete años.

—El mes que viene pensamos ir a Seúl, así que entonces hablaré largo y tendido con ella.

En junio cumplía años mi suegra. Como mis suegros vivían demasiado lejos, los hijos, que residían todos en Seúl, celebraban el día simplemente enviándole regalos y llamándola por teléfono. Sin embargo, aprovechando que a principios de mayo la familia de mi cuñada se había mudado a un apartamento más grande, mis suegros iban a venir a Seúl para conocer la nueva casa y celebrar el cumpleaños. La reunión, que se iba a hacer el segundo domingo de junio, prometía ser, pues, un gran evento que no se repetiría en muchos años. Aunque nadie lo había expresado abiertamente, estaba claro que, la familia le tenía preparada una fuerte reprimenda a mi mujer ese día.

No sé si tenía conciencia de ello o no, pero mi mujer dejaba pasar los días con absoluta indiferencia. Excepto por el hecho de que seguía evitando mantener relaciones —incluso dormía con los pantalones puestos—, de cara al exterior parecíamos un matrimonio normal. Lo único diferente era que ella estaba adelgazando a ojos vistas cada día que pasaba y que, cuando me levantaba por la mañana, después de apagar a tientas el despertador, permanecía acostada, rígida y con los ojos bien abiertos en medio de la oscuridad. Tras lo ocurrido en la cena organizada por el presidente de la empresa, todos me trataron durante un tiempo con cierta aprensión, pero cuando el proyecto que yo dirigía produjo considerables ganancias, parecieron olvidar lo sucedido.

A veces pensaba que no era tan malo convivir con una mujer rara. Vivíamos como si fuéramos desconocidos o, mejor dicho, como si ella fuera mi hermana o la empleada doméstica que hacía la comida y limpiaba la casa. Sin embargo, para un hombre como yo, que estaba en la flor de la vida y había mantenido hasta entonces una relación marital regular —aunque sosa—, resultaba difícil de soportar la larga abstinencia sexual. Cuando volvía tarde a casa de alguna reunión, me abalanzaba sobre mi mujer impulsado por el alcohol. Incluso sentía una inesperada excitación cuando le bajaba los pantalones sujetando sus brazos forcejeantes. Lanzándole insultos en voz baja mientras ella se me resistía con todas sus fuerzas, lograba penetrarla en una de cada tres oportunidades.

Entonces se quedaba mirando el techo en medio de la oscuridad con los ojos vacíos, como si fuera una esclava sexual forzada por los nipones. Después de correrme, ella se ponía de lado dándome la espalda y hundía la cara entre las sábanas. Al parecer se limpiaba mientras yo iba al baño a ducharme y, cuando volvía a la cama, ya estaba de nuevo acostada de frente y con los ojos cerrados como si nada hubiera pasado. Entonces me sentía asaltado por un mal presentimiento. Aunque no tenía una naturaleza sensible ni solía dejarme llevar por los presagios, lo cierto es que la oscuridad y el silencio de nuestra habitación eran aterradores.

A la mañana siguiente no podía evitar dirigirle una mirada llena aborrecimiento a mi mujer, que permanecía sentada de perfil ante la mesa del desayuno con la boca bien sellada y con cara de que nada de lo que le dijera le haría mella. Me incomodaba y me era odiosa esa expresión de haber pasado por todas las desgracias y vicisitudes de la vida.

Ocurrió una tarde, cuando faltaban cuatro días para la reunión familiar. Ese día hizo en Seúl un calor excesivo para la época el año y todas las tiendas y edificios grandes pusieron en funcionamiento el aire acondicionado. Después de un día entero expuesto al aire gélido de la oficina, volví a casa cansado de tanto frío. Cuando entré en el apartamento y vi a mi mujer, tuve que cerrar la puerta a toda prisa por miedo de que alguien que pasara por el rellano la viera. Estaba sentada en el suelo pelando patatas con la espalda apoyada en el mueble de la televisión y vestida con unos pantalones livianos de algodón de color gris claro y el torso completamente desnudo. Debajo de las clavículas muy marcadas, estaban sus pechos, que apenas parecían ser tales debido al peso que había perdido.

—¿Por qué te has quitado la ropa? —le pregunté, esforzándome por esbozar una sonrisa.

—Porque tenía calor —me respondió ella, sin levantar la cabeza de su labor de pelar patatas.

«Levanta la cabeza», me dije por dentro, con los dientes apretados. «Levanta la cabeza y sonríe. Muéstrame que lo que has dicho es una broma». Sin embargo, no sonrió. Eran las ocho de la tarde, los ventanales del balcón estaban abiertos y no hacía calor en el apartamento. Hasta tenía la piel de gallina en sus hombros. Las

cáscaras de patata se acumulaban formando un montículo sobre el periódico que había dejado en el suelo. A un lado se apilaban una treintena de tubérculos como una pequeña colina.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le pregunté, aparentando indiferencia.

—Voy a cocerlas al vapor.

—¿Tantas?

—Sí.

Me reí estudiando su expresión y esperé que ella también se riera. Pero no lo hizo. Ni siquiera levantó la cara.

—Es que me entró hambre.

*

En los sueños, cuando le corto el cuello a alguien, cuando sosteniéndola por los pelos le doy el último golpe a la cabeza que pende oscilante, cuando pongo en mi mano los resbaladizos globos oculares e incluso cuando me despierto… Durante la vigilia, cuando me entran ganas de matar a las palomas que caminan delante de mí, cuando tengo ganas de retorcerle el cuello al gato del vecino al que he estado observando desde hace tiempo, cuando me tiemblan las piernas y me baña un sudor frío, cuando me siento otra, cuando otra persona me surge desde adentro y me devora… En todas estas ocasiones…

… siento que se me hace la boca agua. Cuando paso por delante de la carnicería, tengo que tapármela. Es por la saliva que me brota de la base de la lengua, me empapa los labios, se me escurre por la boca y se derrama.

*

Si pudiera dormir… Si pudiera dejar de estar consciente, aunque fuera una hora… La casa está fría cuando me despierto incontables veces y vago de aquí para allá con los pies descalzos. Está fría como el arroz o la sopa que se han enfriado. No se ve nada detrás de las ventanas negras. A veces me parece escuchar que golpean la oscura puerta del vestíbulo, pero no hay nadie al otro lado. Cuando vuelvo a la cama y pongo la mano debajo del edredón, mi sitio ya está frío.

*

Ya no puedo dormir ni cinco minutos seguidos. Apenas me abandona la conciencia, sueño. No, ni siquiera se puede decir que sean sueños. Son escenas breves que me asaltan de forma intermitente. Ojos feroces de bestias, formas sangrientas, cráneos abiertos y de nuevo ojos de fieras. Son ojos que parecen nacidos de mis entrañas. Cuando abro los míos temblando, me miro las manos. Reviso si mis uñas siguen todavía blandas, si mis dientes siguen todavía romos.

Solo confío en mis pechos. Me gustan mis pechos, pues con ellos no puedo matar a nadie. ¿Acaso las manos, los pies y los dientes, e incluso la lengua y la mirada, no son armas con las que se puede matar y herir a cualquiera? Pero los pechos no. Mientras posea estos pechos redondos, estoy segura. Todavía estoy a salvo. ¿Pero por qué se me están adelgazando de este modo? Ya no son redondos. ¿Por qué será? ¿Por qué me estoy quedando tan flaca? ¿Qué es lo que cortaré con mi cuerpo que me estoy poniendo tan afilada?

*

Era el piso diecisiete de un apartamento soleado que daba hacia el sur. El edificio de delante le tapaba la vista, pero por detrás se veían las montañas a lo lejos.

—Ya no tengo por qué preocuparme de vosotros. Estáis bien encaminados —manifestó mi suegro, antes de empezar la comida.

Habían comprado el apartamento con las ganancias que daba la tienda de cosméticos que llevaba mi cuñada desde antes de casarse. Había triplicado las dimensiones del local mientras todavía estaba embarazada, y, después de dar a luz, solo se daba una vuelta por las tardes. Como el niño había cumplido tres años hacía poco e iba a preescolar, había comenzado a trabajar de nuevo en la tienda todo el día.

A mí me daba envidia el marido de mi cuñada. Había estudiado arte y se las daba de artista, pero no aportaba nada a la economía familiar. Decían que poseía una herencia. No duraría mucho si no hacía más que gastar y no ganaba dinero. Sin embargo, como su mujer había vuelto a trabajar, él podía dedicarse al arte y vivir sin preocupaciones el resto de su vida. Además, como lo había sido mi mujer, mi cuñada era muy buena cocinera. Cuando vi la mesa puesta y llena de platos deliciosos, se me hizo la boca agua. Al ver

el cuerpo proporcionado y relleno de mi cuñada, su amable manera de hablar y sus ojos grandes, lamenté las muchas cosas buenas que me estaba perdiendo de la vida sin darme cuenta.

Sin siquiera comentar a modo de saludo que le parecía bonita la casa ni ofrecerle un cumplido a su hermana por todo el trabajo que se había tomado preparando tanta comida, mi mujer empezó a dar cuenta del arroz y el kimchi en silencio. No había otra cosa que pudiera comer. Como no comía mayonesa, puesto que se hacía con huevos, ni siquiera acercó los palillos a la ensalada de frutas y verduras, a pesar de su apetitoso aspecto.

Debido al largo insomnio que padecía, su cara estaba ennegrecida como un carbón quemado. Cualquier desconocido habría pensado que sufría de una enfermedad grave. Como siempre, no llevaba sujetador y se había puesto una camiseta blanca, así que se traslucían sus pezones como si fueran manchas. Cuando cruzamos la puerta de la casa, mi cuñada se la llevó a su habitación, pero por la cara de desaliento que tenía cuando salió al cabo de un rato, se podía inferir que mi mujer se había negado a ponerse el sostén.

—¿Cuánto os costó la casa?

—… ¿En serio? Ayer entré en una web inmobiliaria y estuve mirando un poco. Entonces esta casa ya ha subido cincuenta millones de wones. Y seguro que subirá muchísimo más el año que viene cuando terminen de construir la estación del metro.

—Eres un hombre hábil, cuñado.

—Yo no he hecho nada. Todo lo ha hecho mi mujer.

Mientras el diálogo convencional, amable y realista de los adultos sazonaba la comida, los niños charlaban en voz alta, se pegaban y comían a dos carrillos.

—¿Tú sola has preparado toda esta comida? —le pregunté a mi cuñada.

—La he estado haciendo poco a poco desde anteayer. Estas ostras fui a comprarlas y las hice a propósito por Yeonghye, pues sé que a ella le gustan, pero hoy ni siquiera las ha tocado…

Ahogué la respiración. Había comenzado lo que estaba por venir.

—¿Y eso? Oye, Yeonghye, creo que ya te he hablado con suficiente claridad…

Después de la severa amonestación que le dirigió mi suegro, mi cuñada le riñó con buenas palabras:

—¿A dónde quieres llegar? Todos necesitamos ingerir cierta cantidad de nutrientes… Si quieres ser vegetariana, hazte una dieta más adecuada. Fíjate qué mala cara tienes.

—Yo casi no la reconozco hoy. Estaba enterada de que se había hecho vegetariana, pero no me imaginé que se estaba destrozando la salud —secundó la mujer de mi cuñado.

—Hoy mismo se acabó eso de ser vegetariana. Come esto, esto y esto. Ni que viviéramos en una época de necesidades. Mira la pinta que tienes —dijo con firmeza mi suegra, poniendo delante de mi mujer la carne de ternera a la plancha, el guiso de pollo y los fideos con pulpo.

—¿A qué esperas? ¡Come de una vez! —insistió mi suegro con su voz de trueno.

—Yeonghye, come. Si comes, te nacerán las fuerzas. Una persona normal necesita de energías para vivir. Los monjes aguantan porque hacen una vida contemplativa y viven solos —trató de persuadirla a mi cuñada con palabras suaves.

Los niños observaban a mi mujer con los ojos abiertos como platos. Como si no entendiera a qué venía repentinamente tanto barullo, paseó la mirada por los ojos llenos de preocupación y la cara arrugada de mi suegra, que parecía no haber sido joven nunca, el ceño fruncido y lleno de inquietud de su hermana, la actitud de mero espectador de su cuñado, y la expresión de disgusto, si bien comedido, de su hermano pequeño y su esposa. Esperaba que mi mujer dijera algo. Sin embargo, dejó los palillos sobre la mesa y con este único gesto respondió al pedido unánime y mudo que le lanzaban todas esas caras.

Se levantó un murmullo sordo. Esta vez mi suegra cogió con los palillos un trozo de carne de cerdo agridulce y le dijo poniéndoselo cerca de los labios:

—Venga, abre la boca. Come…

Con la boca cerrada, mi mujer miró a mi suegra con cara de no entender lo que estaba ocurriendo.

—Abre la boca. ¿No te gusta esto? Entonces come esto —dijo mi suegra, cogiendo esta vez un poco de carne de ternera a la plancha. Como mi mujer continuaba con la boca cerrada, dejó la carne y

cogió una ostra—. Esto te gusta desde que eras pequeña. Alguna vez me dijiste que te gustaría comer ostras hasta hartarte…

—Sí, yo también lo recuerdo. Por eso siempre que veo ostras, me acuerdo de Yeonghye —la secundó mi cuñada, como si el hecho de que rechazara las ostras fuera lo más preocupante.

Cuando los palillos que sostenían la ostra se acercaron a su boca, mi mujer se echó hacia atrás.

—Vamos, cómetelo de una vez que me duele el brazo…

Le temblaba la mano a mi suegra, como si en verdad le doliera el brazo. Mi mujer optó por levantarse de la silla.

—No voy a comer —dijo con voz firme, abriendo por primera vez la boca.

—¡¿Qué?! —gritaron al unísono mi suegro y mi cuñado, que tenían el mismo carácter explosivo.

La mujer de mi cuñado tiró rápidamente del brazo de su marido para aplacarlo.

—¡Ya no puedo soportar ver esto! ¿Te crees que estoy de broma? ¡Come de una vez! —gritó mi suegro.

Imaginé que mi mujer le respondería algo así como «Lo siento mucho, no puedo comer», pero en lugar de eso habló con calma, sin el menor deje de disculpa:

—Yo no como carne.

Mi suegra dejó caer los palillos. Su rostro envejecido parecía a punto de echarse a llorar. Fluyó un silencio tenso, y a punto de explotar en cualquier momento. Entonces mi suegro cogió los palillos y con ellos agarró un trozo de cerdo agridulce. Dio la vuelta alrededor de la mesa y se puso delante de mi mujer.

Con su cuerpo robusto y endurecido por el trabajo de toda su vida, pero con la espalda encorvada por el paso inevitable de los años, le puso el cerdo agridulce delante de la cara.

—Come, hazme caso que soy tu padre. Te lo digo por tu bien. ¿Qué harás si enfermas por seguir así?

Un enternecedor tono paternal se desprendía de sus palabras y se me humedecieron los ojos sin darme cuenta. Seguramente todos los que estaban allí sintieron lo mismo.

—Padre, yo no como carne —dijo mi mujer, apartando con una mano los palillos de mi suegro, que temblaba en silencio.

Repentinamente la recia mano de mi suegro cruzó el aire y mi

mujer se llevó la suya a la cara.

—¡Papá! —gritó mi cuñada, al mismo tiempo que aferraba del brazo a mi suegro.

Como si todavía no se hubiera aplacado su cólera, a mi suegro le temblaban los labios. Sabía que tenía un carácter violento, pero era la primera vez que le veía pegar a alguien.

—Tú, yerno, y tú, hijo, venid aquí.

Me acerqué a mi mujer con pasos vacilantes. El golpe había sido tan fuerte que le había dejado una marca sanguinolenta en la mejilla. Como si justo entonces se hubiera quebrado su serenidad, empezó a jadear.

—¡Sujetadle los brazos!

—¿Qué?

—Cuando por fin empiece a comer, comerá como antes. ¿Dónde se ha visto que alguien no coma carne en estos días?

Mi cuñado se levantó de su asiento con cara de contrariedad.

—Vamos, hermana, come de una vez. Di que sí y finge que comes. No compliques las cosas. ¿Tienes que llegar a este punto delante de papá?

—¿Quién te mandó hablar? ¡Sostenle el brazo! ¡Y tú también, yerno!

—¡Papá, por favor! —suplicó mi cuñada, sujetándolo del brazo derecho.

Esta vez mi suegro tiró los palillos y tomando el cerdo agridulce con las manos, se acercó a mi mujer. Ella dio algunos pasos titubeantes hacia atrás, pero su hermano la detuvo.

—Vamos, come, colabora. Cógelo tú misma y cómetelo.

—Papá, no hagas eso —le suplicó mi cuñada.

Como la fuerza con la que mi cuñado sostenía a mi mujer era mayor que la fuerza con que mi cuñada sostenía a su padre, este se soltó de su hija y acercó el cerdo agridulce a la boca de mi mujer. Con los labios firmemente cerrados, ella lanzó un quejido. Parecía que quería decir algo, pero que no podía hacerlo por miedo a que la carne entrara en su boca.

—¡Papá! —gritó mi cuñado, tratando de disuadir a su padre, pero sin atreverse a soltar a mi mujer.

—Mmm… ¡Mmm!

Mi suegro aplastó el cerdo agridulce contra la boca de mi mujer,

que se agitaba penosamente. Con sus dedos recios, le abrió los labios, pero no pudo hacer nada para entreabrir los dientes fuertemente cerrados. Ciego de cólera, volvió a pegarle una bofetada.

—¡Papá!

Mi cuñada se abalanzó y lo abrazó por la cintura, pero en el instante en que se le abrió la boca a mi mujer, él le introdujo a la fuerza el trozo de cerdo agridulce. Ante la embestida, mi cuñado le soltó el brazo y ella escupió la carne lanzando un bramido. Fue un alarido de bestia el que salió de su boca.

—¡¡Dejadme!!

Se agazapó como si fuera a salir corriendo por la puerta, pero en lugar de eso se dio la vuelta y cogió el cuchillo de la fruta que estaba sobre la mesa.

—Yeo… Yeonghye…

La voz quebrada de mi suegra cortó el brutal silencio. Los niños dejaron escapar el llanto que habían estado conteniendo.

Apretando los dientes y mirando a los ojos a cada uno de los presentes, mi mujer alzó el cuchillo:

—¡Hay que impedírselo!

—¡Cuidado!

Un chorro de sangre brotó de su muñeca como de una fuente y llovió sobre los platos blancos. Se desplomó con las rodillas dobladas y el marido de mi cuñada, que hasta entonces se había quedado sentado sin hacer nada, le quitó el cuchillo.

—¿A qué esperas? ¡Trae una toalla! —gritó.

Haciendo gala de su experiencia en las fuerzas especiales de asalto, contuvo con destreza la hemorragia de la muñeca y luego alzó a mi mujer sobre sus espaldas.

—¡Baja rápido y pon en marcha el coche! —gritó dirigiéndose a mí.

Busqué a tientas mis zapatos. Después de equivocarme dos veces, pude calzármelos por fin y salir por la puerta del apartamento.

*

… el perro que me mordió está atado a la motocicleta de papá.

Quemaron los pelos de su cola y me los pusieron en la herida de la pantorrilla, cubriéndolos con una venda. Tengo nueve años y estoy de pie delante de la puerta de casa. Es un caluroso día de verano. Aunque esté quieta, estoy empapada en sudor. El perro tiene la lengua fuera colgando de la mandíbula y respira agitado. Es un perro blanco más grande que yo y muy bonito. Antes de que mordiera a la hija de su amo, era conocido en todo el barrio por su inteligencia.

Mientras lo chamusca colgado de un árbol, papá dice que no le pegará, pues había escuchado en alguna parte que la carne de los perros que mueren corriendo es más tierna. Papá pone en marcha el motor y la motocicleta comienza a correr. El perro también. Da vueltas por las calles haciendo siempre el mismo camino. Sin moverme, permanezco de pie ante la puerta viendo como el perro se va agotando poco a poco, resollando fuerte y con los ojos desorbitados. Cada vez que mi mirada se encuentra con sus ojos brillantes, los míos se agrandan.

«Perro malo, ¿cómo pudiste morderme?».

Al dar la quinta vuelta, sale espuma de la boca del perro y se escurre un hilo de sangre de la cuerda que amarra su cuello. Gime de dolor y corre arrastrándose. A la sexta vuelta, vomita una sangre negruzca. Sangra por el cuello y por la boca. Con la espalda bien derecha, observo cómo le corre la sangre mezclada con la espuma y cómo centellean sus ojos. Espero verlo aparecer en la séptima vuelta, pero veo en su lugar a papá que lo trae todo estirado en la parte de atrás de la motocicleta. Sus patas cuelgan inertes y sus ojos están abiertos y sanguinolentos.

Aquella noche hubo un banquete en casa. Vinieron todos los hombres del mercado a los que papá conocía. Como todos decían que debía comer la carne del perro que me había mordido para que se me curara la herida, yo también comí un bocado. En realidad, me comí un cuenco entero del guiso mezclado con arroz. Me llenó la nariz el olor a perro que las semillas de perilla no lograban tapar. Recuerdo sus ojos reflejándose en la sopa, los ojos con los que me miraba cuando vomitaba sangre con espuma. No me importó. De verdad, no me importó en absoluto.

*

Las mujeres permanecieron en casa calmando a los niños asustados, mi cuñado se quedó cuidando de mi suegra que cayó desmayada,

mientras el marido de mi cuñada y yo llevamos a mi mujer al servicio de urgencias del hospital más cercano. Solo cuando pasó la situación de emergencia y fue trasladada a una habitación para dos personas, nos dimos cuenta de que llevábamos las ropas manchadas de sangre coagulada.

Dormía con una aguja de suero inyectado en el brazo derecho. El marido de mi cuñada y yo nos quedamos mirando su rostro dormido, como si allí estuviera escrita la solución a esta situación inaudita, como si fuera posible descifrar la respuesta si nos quedábamos así.

—Vete a casa —le dije.

—Está bien… —dijo él.

Pareció querer decir algo más, pero se calló. Saqué un par de billetes de diez mil wones que pesqué del bolsillo y se los tendí.

—No te vayas así, cómprate una camisa en la tienda.

—¿Y tú? Ah, luego cuando venga mi mujer, le diré que te traiga alguna ropa mía.

Hacia el anochecer, llegaron mi cuñada y mi cuñado con su mujer. Dijeron que mi suegro seguía tratando de calmarse y que mi suegra insistió en venir, pero se lo impidieron terminantemente.

—¿Cómo ha podido suceder algo tan terrible? ¡Y delante de los niños! —dijo la mujer de mi cuñado. Parecía que hubiera estado llorando, pues se le había borrado el maquillaje y tenía los ojos hinchados. Y siguió diciendo—: El suegro se ha pasado y mucho. ¿Cómo ha podido pegar a su hija de ese modo y delante de su marido? ¿Le había pegado antes?

—Ya sabes el carácter que tiene… Y eso que ahora con la edad está más tranquilo… —le respondió mi cuñada—. Es que Yeonghye jamás le había alzado la voz. Eso le habrá hecho perder los estribos.

—El suegro se pasó queriendo hacerle comer carne a la fuerza, ¿pero ella tenía que rechazarlo de ese modo? ¿Y por qué cogió el cuchillo? Nunca vi nada semejante. No sé si podré volver a mirarla a la cara —siguió protestando la esposa de mi cuñado.

Mientras mi cuñada se quedaba cuidando de mi mujer, me puse la camisa de su marido que me había traído y me fui a una sauna que estaba cerca. La sangre coagulada se borró enseguida con el agua tibia de la ducha. Era una situación repugnante. No parecía real. Más que susto o desconcierto, sentía que detestaba con todas

mis fuerzas a mi mujer.

Después de que se fueran todos, nos quedamos en la habitación una estudiante, que había sido internada por una rotura intestinal, sus padres, mi mujer y yo. Permanecí junto la cabecera de la cama, sintiendo cómo me echaban miradas de soslayo y cuchicheaban entre sí. Pronto acabaría este largo domingo y sería lunes, entonces ya no tendría que quedarme a su lado. Mañana vendría para estar con ella mi cuñada y pasado mañana le darían el alta. Eso significaba que tendría que quedarme en casa a solas con esta extraña y aterradora mujer. Me resultaba difícil aceptarlo.

Volví al hospital al día siguiente a las nueve de la noche. Mi cuñada me recibió con una sonrisa.

—Estarás cansado…

—¿Y el niño?

—Está con su padre.

Si hubiera tenido la oportunidad de irme de copas después del trabajo, no habría vuelto a esa hora al hospital. Sin embargo, como era lunes, la ocasión no se presentó. Además, hacía poco que habíamos concluido un proyecto importante, así que tampoco había motivos para hacer horas extras.

—¿Y mi mujer?

—Ha dormido todo el tiempo, pero no responde cuando le hablo. Eso sí, ha comido bien… Creo que se repondrá pronto.

Siempre me conmovía el particular modo de hablar lleno de consideración de mi cuñada, y eso calmó en buena medida mi estado de ánimo. Después de que ella se marchase y pasase un rato, me estaba aflojando la corbata mientras pensaba en ir a lavarme, cuando alguien llamó a la puerta de la habitación. Era mi suegra, a quien no esperaba.

—No sé cómo pedirte disculpas… —fue lo primero que me dijo al acercarse.

—No diga eso. ¿Cómo está usted?

Mi suegra exhaló un largo suspiro.

—Las cosas que tengo que sufrir a mi edad… —diciendo esto, me tendió una bolsa de papel.

—¿Qué es esto?

—Lo preparé en casa antes de venir a Seúl. Pensé en lo desnutridos que estaríais después de meses sin comer carne…

Coméoslo juntos. Es caldo de cabra negra. Lo he traído a escondidas para que no se entere mi otra hija, que seguro que no me hubiese dejado. Dáselo a Yeonghye y le dices que es un buen remedio. Lo he hecho con muchas hierbas medicinales, así que seguramente no olerá mal. Parece un fantasma con lo delgada que está y encima ha perdido mucha sangre…

Su obstinado amor maternal me exasperó.

—Aquí no hay un horno microondas, ¿no? Voy a preguntar en la sala de enfermeras —dijo ella, saliendo con uno de los muchos sobres de plástico en los que estaba envasado el caldo.

Sintiendo que mi ánimo, que se había apaciguado gracias a mi cuñada, volvía a exaltarse, estrujé con fuerza la corbata. Un rato después se despertó mi mujer. Pensé que era mejor que hubiera despertado ahora y no cuando me encontraba a solas con ella, así que me alegré de que estuviera mi suegra.

Antes que en mí, que estaba sentado a los pies de la cama, mi mujer fijó la vista en su madre. Esta, que estaba entrando en la habitación, hizo un gesto de alegría, pero la expresión de mi mujer era inescrutable. Como había dormido todo el día, se veía apacible y, quizá gracias al suero intravenoso —o tal vez por la hinchazón—, su rostro lucía sano y sonrosado.

Mi suegra le cogió la mano, mientras sostenía en la otra un vaso de papel con caldo humeante.

—Hija… —exclamó mi suegra con los ojos llenos de lágrimas—. Toma un poco de esto. Mira qué cara tienes.

Mi mujer cogió el vaso obedientemente.

—Es medicina. Mandé que la preparasen para que te pongas fuerte. ¿Te acuerdas? Lo tomaste una vez antes de casarte.

—No es medicina —dijo mi mujer sacudiendo la cabeza, después de acercar la nariz al vaso. Con una expresión serena y triste, con los ojos llenos de algo que parecía ser lástima, le devolvió el vaso a mi suegra estirando el brazo.

—De verdad que es medicina. Tápate la nariz y tómatelo de un trago.

—No quiero.

—Bébetelo. Te lo pide tu madre. Se les hace caso hasta a los muertos, ¿no le vas a hacer caso a tu madre?

Y diciéndole esto, le acercó el vaso a la boca.

—¿De verdad es medicina?

—Te digo que sí.

Después de dudarlo un poco, se tapó la nariz y tomó un sorbo del líquido negro. Con la cara llena de alegría, mi suegra la animó diciendo «un poco más, un poco más». Debajo de los párpados arrugados, le brillaban los ojos.

—Me lo tomaré más tarde —dijo mi mujer, tendiéndose de nuevo en la cama.

—¿Qué quieres comer? ¿Quieres que vaya a comprar algo dulce para quitarte el sabor amargo de la boca?

—No, gracias.

Sin embargo, mi suegra me preguntó dónde estaba la tienda del hospital y salió precipitadamente de la habitación. Mi mujer se quitó la manta y se levantó.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

La seguí sosteniendo la bolsa del suero. Me pidió que la colgara dentro del baño y cerró la puerta. Después de unas arcadas, vomitó todo lo que tenía en el estómago.

Salió del baño con pasos vacilantes. Olía a ácidos estomacales, a comida rancia. Como no le había sujetado la bolsa del suero, la traía en la mano izquierda, que tenía vendada y, como no la llevaba lo suficientemente alta, la sangre había comenzado a refluir. Caminando con pasos titubeantes, cogió del suelo la bolsa que contenía los sobres de caldo de cabra negra. Lo hizo con la mano derecha, donde tenía clavada la vía, pero no pareció importarle. Salió de la habitación, pero no quise comprobar lo que haría con la bolsa.

Un rato después entró de forma precipitada mi suegra, abriendo con tanta violencia la puerta que hizo fruncir el ceño a la estudiante y a su madre. En una mano traía un paquete de galletas y en la otra sostenía la bolsa de papel, que estaba visiblemente manchada con el caldo negro que había estallado.

—¿Por qué te quedaste mirando? ¿No sabías lo que ella iba a hacer? —me reprochó mi suegra. Me entraron ganas de salir corriendo de la habitación para irme a mi casa.

—¿Sabes cuánto cuesta esto? ¿Y lo has tirado? ¡Es dinero ganado con el sudor de la frente de tus padres! ¿Y tú eres mi hija?

Mi mujer estaba en el umbral de la habitación con la espalda encorvada. Vi la sangre roja que refluía y entraba en la bolsa del suero.

—Mira el aspecto que tienes. Si no comes carne, te devorará el resto del mundo. ¡Mírate al espejo! ¡Mira qué cara tienes!

La voz estridente de mi suegra se quebró finalmente en un sollozo contenido. Sin embargo, como si estuviera viendo el rostro de una persona desconocida, mi mujer pasó de largo y se tendió en la cama. Se subió la manta hasta el pecho y cerró los ojos. Entonces colgué en su lugar la bolsa de suero, que estaba llena hasta la mitad de sangre escarlata.

*

No sé por qué llora esa mujer. No sé por qué me mira tan fijamente como si quisiera comerme la cara. No sé por qué acaricia con manos temblorosas la venda de mi muñeca.

Mi muñeca está bien. No me duele. Lo que me duele es el pecho. Tengo algo atascado en la boca del estómago. No sé qué es. Siempre está ahí. Ahora siento esa pesada masa a todas horas aunque no lleve el sujetador. Por más que respiro profundamente, no se me aligera el pecho.

Son gritos, alaridos apretujados, que se han atascado allí. Es por la carne. He comido demasiada carne. Todas esas vidas se han encallado en ese sitio. No me cabe la menor duda. La sangre y la carne fueron digeridas y diseminadas por todos los rincones del cuerpo y los residuos fueron excretados, pero las vidas se obstinan en obstruirme el plexo solar.

Por una vez, una sola vez, quisiera gritar con todas mis fuerzas. Quisiera salir corriendo por la oscura ventana. ¿Entonces podré desembarazarme de esa masa que me obstruye el pecho? ¿Será eso posible?

Nadie puede ayudarme.

Nadie puede salvarme.

Nadie puede hacerme respirar.

*

Cuando volví, después de acompañar a mi suegra a coger un taxi, la habitación estaba a oscuras. Exasperadas por el escándalo, la estudiante y su madre habían apagado temprano la televisión y la luz, y habían corrido la cortina que había entre las camas. Yo me encogí en la cama suplementaria e intenté dormir. No sabía cómo ni desde dónde empezar a desenredar ese embrollo. Una cosa estaba clara: no podía dejar que me pasara esto.

Sin darme cuenta me dormí y tuve un sueño. Estaba matando a alguien. Después de clavarle el cuchillo, le rajaba el vientre y le sacaba los largos y sinuosos intestinos. Como si fuera un pescado, le quitaba la carne y los músculos gelatinosos y le dejaba solo los huesos. Sin embargo, en el instante en que me desperté, olvidé a quién había matado.

Era todavía de madrugada y estaba oscuro. Llevado por un extraño impulso, levanté la manta con la que estaba cubierta mi mujer. La toqué a tientas en medio de las tinieblas. No estaba empapada en sangre ni tenía las entrañas revueltas. En la cama de al lado se escuchaba una respiración fuerte y siseante, pero mi mujer estaba en completo silencio. Extendí temblando el dedo índice y se lo puse debajo de la nariz. Seguía viva.

Cuando volví a despertarme, la claridad inundaba la habitación.

—Usted estaba tan profundamente dormido que ni se enteró de que traían la comida —comentó la madre de la estudiante, con un deje de preocupación en la voz.

Miré la bandeja de la comida sobre la cama. ¿Dónde se había ido mi mujer sin siquiera probar bocado? Se había arrancado el suero, y la aguja manchada de sangre colgaba del largo tubo de plástico.

—¿A dónde se ha ido mi mujer? —pregunté, limpiándome la marca de saliva de la comisura de los labios.

—Cuando nos despertamos, ya no estaba.

—¿Cómo? Me podría haber despertado…

—Es que dormía usted tan profundamente… Pensamos que alguna razón tendría… —dijo la madre de la estudiante, poniéndose roja, como si estuviera perpleja o quizá irritada.

Me arreglé un poco la ropa y salí corriendo. Eché rápidos vistazos aquí y allá mientras cruzaba el largo pasillo y pasaba junto

al ascensor, pero mi mujer no estaba por ninguna parte. Me inquieté. Había avisado a la compañía de que llegaría dos horas más tarde al trabajo para poder tramitar durante ese tiempo la salida del hospital. En el camino de vuelta a casa, pensaba decirle a mi mujer —y a mí mismo— que todo había sido un mal sueño.

Cogí el ascensor hasta la planta baja. Tampoco estaba en el vestíbulo. Cuando salí sin resuello al jardín, después de mirar por todos lados, había pacientes que daban un paseo después de desayunar. Estaban tomando el fresco de la mañana. Parecían cansados y tristes, como si fueran pacientes que llevaban ingresadas muchos días, pero también apacibles. Cuando me acerqué a la fuente que estaba seca, vi que había un tropel de personas reunidas murmurando cosas entre sí. Me adelanté un poco apartando a la gente.

Mi mujer estaba sentada en el banco contiguo a la fuente. Se había quitado la bata y se la había puesto sobre las rodillas, dejando al aire sus delgadas clavículas y sus escuálidos senos con los pezones de color marrón claro. Se había quitado la venda de su muñeca izquierda y se lamía la herida lentamente, como si se le escurriera la sangre. El sol bañaba su rostro y su torso desnudo.

—¿Desde cuándo está así?

—¡Dios mío! Debe de haberse escapado de la unidad psiquiátrica. ¡Tan joven!

—¿Qué tiene en la mano?

—No tiene nada.

—No, sostiene algo con fuerza.

—¡Ah, miren allí! ¡Ya era hora de que vinieran!

Cuando volví la cabeza, venían corriendo hacia nosotros un enfermero y un guardia de seguridad con las caras muy serias.

Me quedé mirando la escena como si fuera un desconocido, como si fuera uno de los tantos curiosos allí reunidos. Miré el rostro cansado de mi mujer, sus labios manchados de sangre como si se le hubiera corrido el pintalabios. Sus ojos que miraban fijamente a la muchedumbre y que brillaban como si estuvieran húmedos, se encontraron con los míos.

Pensé que no conocía a esa mujer. Era verdad, no era mentira. Sin embargo, por la inercia del sentido de la responsabilidad, me acerqué a ella moviendo a la fuerza mis piernas rígidas.

—¿Qué estás haciendo? —le susurré en voz baja y le tapé su pecho esmirriado con la bata que tenía sobre las rodillas.

—Tenía calor… —respondió sonriendo ligeramente. Era la sonrisa simple que la caracterizaba y que yo había creído conocer tan bien—. Me la quité porque tenía calor.

Levantó la muñeca izquierda que mostraba de forma clara el tajo que se había hecho con el cuchillo y se la puso sobre la frente para taparse del sol.

—¿He hecho mal?

Abrí a la fuerza los dedos de su mano derecha, que estaban cerrados. Un pájaro que tenía cogido del cuello cayó al banco. Era un pequeño ojiblanco al que le faltaban muchas plumas. Tenía una feroz marca de dientes de la que manaba visiblemente la sangre roja, como si hubiera sido mordido por un depredador.

La mancha mongólica

몽고반점

Las cortinas de color morado intenso se cerraron sobre el escenario. Los bailarines, que tenían el pecho descubierto, agitaron con energía la mano hasta que se perdieron de vista. El público aplaudió con entusiasmo e incluso se escucharon algunos gritos de ¡bravo!, pero los bailarines no volvieron a salir a escena. Las aclamaciones se acallaron en un instante y los espectadores recogieron sus abrigos y pertenencias, y salieron al pasillo. Él también descruzó las piernas y se levantó. Durante los cerca de cinco minutos que duraron las aclamaciones, no aplaudió una sola vez. Permaneció cruzado de brazos, limitándose a mirar en silencio los labios y los ojos sedientos de ovación de los bailarines. Sentía conmiseración y respeto por el esfuerzo que habían realizado, pero no quería que su aplauso llegara al coreógrafo.

Mientras cruzaba el vestíbulo del teatro, le echó una mirada a los carteles de la función, que ahora ya no tenían ninguna utilidad. Había visto por casualidad uno de esos carteles en una librería del centro y un estremecimiento le había recorrido el cuerpo. Por temor a no poder ver la última función, que era la que acababa de presenciar, había llamado por teléfono lleno de nerviosismo para reservar a toda prisa una entrada. En el cartel se podía ver a un hombre y a una mujer desnudos, sentados de lado y mostrando las espaldas. Los dos tenían dibujadas flores azules y rojas, ramas y abundantes hojas desde el cuello hasta las nalgas. Había sentido miedo, excitación y sobrecogimiento. No podía creer que la idea que lo cautivaba desde hacía un año hubiera sido plasmada por alguien completamente desconocido para él, como era este coreógrafo. ¿La imagen con la que había estado soñando se desplegaría sobre el escenario como esperaba? Hasta que se apagaron las luces y comenzó la función estuvo tan nervioso que no pudo tomar ni siquiera un sorbo de agua.

Sin embargo, sus expectativas no se cumplieron. Evitando a las

personas fastuosas y extrovertidas relacionadas con el mundo de la danza que llenaban el vestíbulo, se dirigió a la salida del teatro, que se comunicaba con la estación del metro. No había encontrado nada de lo que buscaba en la música electrónica, el deslumbrante vestuario, los desnudos excesivos y los gestos obscenos que hasta hacía unos minutos llenaban el escenario. Lo que él buscaba era algo más sosegado, más íntimo, más subyugante y también más profundo.

Era domingo por la tarde y el metro estaba casi vacío. Con el programa de la función en la mano, que tenía en la primera página la misma foto del cartel del espectáculo, se detuvo a un lado de la puerta de entrada al metro. En su casa lo esperaban su mujer y su hijo de cinco años. Aunque sabía que el deseo de su mujer era que pasaran juntos los domingos, había sacrificado la mitad del día por este espectáculo. ¿Le había reportado algún beneficio? Si así era, tal vez fuera el haberle hecho experimentar de nuevo la desilusión y el tomar conciencia de que tendría que llevar su idea a la práctica él mismo. Ninguna otra persona podía hacer realidad su sueño. Lo embargaba la misma sensación amarga que había tenido hace poco cuando vio un trabajo de vídeo similar en una instalación de un artista japonés. En esa cinta, que contenía escenas de una orgía, una docena de hombres y mujeres desnudos y pintados de todos los colores se buscaban los cuerpos con frenesí en medio de una música psicodélica. Parecían peces sedientos sacados fuera del agua agitándose sin pausa. Por supuesto que él sentía la misma sed, pero no quería exponerla de ese modo. De eso no había duda.

El metro estaba dejando atrás la urbanización de apartamentos donde vivía. Desde un principio, su intención no había sido bajarse allí. Metió sin cuidado el programa del espectáculo en el bolso que llevaba al hombro, introdujo los puños en los bolsillos de la cazadora y observó el interior del vagón que se reflejaba en la ventanilla. Sin mucho esfuerzo, aceptó que era él el hombre de mediana edad que ocultaba los cabellos, cada vez menos abundantes, bajo la gorra de béisbol y la barriga, cada vez más abultada debajo de la cazadora.

*

La puerta del taller estaba cerrada. Los domingos por la tarde era el único momento de la semana en que podía trabajar solo. En el marco de una campaña de mecenazgo artístico que estaban desplegando las grandes compañías, una corporación les proporcionaba a él y a otros tres artistas del videoarte este espacio de unos veintiséis metros cuadrados que estaba en el sótano del edificio de la oficina principal, provisto de un ordenador para cada uno. Ya era de agradecer que pudiera utilizar gratis los costosos equipos, pero, debido a su carácter susceptible, que le permitía concentrarse únicamente cuando estaba solo, no eran pocas las molestias que sufría.

La puerta del taller se abrió con un sonido alegre. Tanteando la pared en la oscuridad encendió la luz. Cerró la puerta, se quitó la gorra de béisbol y la cazadora, dejó el bolso en el suelo y, con las dos manos puestas sobre la boca, deambuló por el angosto espacio del taller. A continuación, se sentó frente al ordenador y se sostuvo la frente con las manos. Abrió el bolso y sacó el programa del espectáculo, el cuaderno de bocetos y la cinta maestra. Esta tenía pegada una etiqueta con su nombre, dirección y número de teléfono, y contenía todos los trabajos originales de videoarte que había hecho en los últimos diez años. Ya hacía dos que había guardado en esa cinta su última obra. Dos años no era un intervalo de descanso que se pudiera llamar «fatal», pero era suficiente tiempo como para poner ansioso a cualquier artista.

Abrió el cuaderno de bocetos, que contenía decenas de dibujos que, si bien eran muy diferentes en atmósfera y estilo al cartel del espectáculo que acababa de ver, compartían la misma idea. Los cuerpos desnudos de hombres y mujeres tenían pintadas flores suaves y redondas, y estaban unidos en poses sumamente voluptuosas. Los muslos tensos, las nalgas contraídas… Si no fuera porque eran torsos escuálidos, como de bailarines, se los podría haber confundido con simples dibujos pornográficos. Los cuerpos —los dibujos no tenían rostro— se veían tan firmes y serenos que contrarrestaban lo provocativas que eran sus posiciones.

La imagen lo había asaltado de pronto el invierno pasado. Intuyó que estaba a punto de dejar atrás un año entero de vacío creativo y sintió una fuerza que se removía en su vientre y comenzaba a subir por su interior. Entonces no imaginaba que sería

una imagen tan avasalladora. Los trabajos que había hecho antes habían sido sumamente realistas. Había expresado con gráficos en tres dimensiones e imágenes documentales la vida diaria, monótona y desgarrada de la gente en la sociedad del capitalismo tardío, de modo que esa imagen voluptuosa —puramente voluptuosa— le pareció al principio monstruosa.

La imagen podría no haberle venido nunca si su mujer no le hubiera pedido ese domingo por la tarde que bañara al niño. Si después de sacarlo del baño cubriéndolo con una toalla grande, no le hubiera preguntado a su mujer, que le ponía los calzoncillos al pequeño: «¿Cuándo desaparecerá la mancha mongólica? Todavía la tiene bastante grande». Si su mujer no le hubiera respondido sin pensar: «Pues no lo sé exactamente. Yeonghye, por ejemplo, la tenía todavía a los veinte». Si cuando él repitió: «¿A los veinte?», ella no le hubiera respondido: «Sí, era del tamaño de un dedo pulgar y de color verdoso. La tenía entonces, así que debe de tenerla todavía». Fue en ese instante cuando lo asaltó la imagen de una flor verdeazulada floreciendo en medio de las nalgas de una mujer. El hecho de que su cuñada tuviera todavía la mancha mongólica en el trasero y la imagen de un hombre y una mujer copulando desnudos y con los cuerpos pintados de flores se le imprimieron en la cabeza en una incomprensible y a la vez clara relación de causa y efecto.

La mujer de sus bocetos no tenía rostro, pero era su cuñada. Mejor dicho, tenía que ser su cuñada. La primera vez que la había dibujado, imaginando su cuerpo desnudo, que nunca había visto, y estampando en el centro de sus nalgas una pequeña mancha verdosa como un pétalo, había experimentado un ligero estremecimiento y al mismo tiempo una erección. Era un poderoso deseo sexual hacia un objeto definido que no sentía desde que se había casado. Desde los treinta y tantos años no había experimentado algo semejante. Entonces, ¿quién era el hombre sin rostro que abrazaba a la mujer como si la ahorcara y la penetraba sentado en el suelo? Él sabía que era él, que no podía ser otro que él mismo. Cuando sus pensamientos lo llevaron a esa conclusión, su gesto se torció.

*

Durante mucho tiempo trató de encontrar una solución. ¿Cómo escapar de esa imagen? Sin embargo, no había salida. No existía en el mundo otra representación tan intensa y subyugante como esa. No sentía deseo alguno de trabajar en otra cosa que no fuera eso. Todas las exposiciones, películas y espectáculos que veía le parecían sosos, simplemente porque no eran esa imagen.

Soñaba despierto buscando la manera de hacerla realidad. Pediría prestado el atelier de un pintor que era amigo suyo, instalaría la iluminación, prepararía las tinturas para pintar los cuerpos y extendería una sábana blanca para cubrir el suelo… Cuando sus pensamientos lo llevaban hasta ese punto, se daba cuenta de que le quedaba lo más importante, que era persuadir a su cuñada. Se había atribulado durante mucho tiempo, convenciéndose de que tenía que reemplazarla por otra mujer, cuando tarde y de repente se le había ocurrido preguntarse cómo sería capaz de dirigir y filmar lo que no sería más que pornografía. No solo su cuñada, ninguna mujer accedería a ello. ¿Contrataría entonces a una actriz profesional y le pagaría altos honorarios para que se prestase a su proyecto? Y aunque lograra filmar lo que quería después de hacer muchas concesiones, ¿podría exponerlo? Alguna vez se había imaginado a sí mismo pasando por un mal momento debido a una obra suya que se convertía en objeto de polémica social, pero jamás se le había pasado por la cabeza que un día podría ser catalogado como creador de material pornográfico. Siempre había trabajado con total libertad, así que nunca había tenido conciencia cabal de que quizá no dispusiera de una libertad ilimitada para trabajar.

Si no fuera por esa imagen, no tendría por qué estar sufriendo ahora toda esta ansiedad, incomodidad, nerviosismo y dudas lacerantes, ni tendría por qué autocensurarse. No estaría experimentando el miedo de que si daba un paso en falso por una elección equivocada, podría perder todo lo logrado hasta entonces —aunque no fuera mucho—, incluyendo a su familia. Muchas cosas se estaban resquebrajando en su interior. ¿Era un ser humano normal? ¿Era un ser moral? ¿Era lo suficientemente fuerte como para tener pleno control de sí mismo? Ya no podía afirmar que tenía las respuestas —que antes creía tan seguras— a esas preguntas.

Se escuchó el sonido de la cerradura abriéndose, así que cerró el

cuaderno de bocetos y lo atrajo hacia sí. No deseaba que quedara expuesto a las miradas de nadie. Esta era otra experiencia desconocida para él, puesto que nunca había sido reacio a mostrar sus bocetos e ideas.

—¡Hola!

La persona que había entrado era un colega joven llamado J., que llevaba el pelo largo y atado en una coleta.

—¡Vaya! Pensé que no iba a haber nadie hoy —dijo J. riéndose y echando hacia atrás la espalda para aparentar desenfado—. ¿Quieres tomar un café? —preguntó, sacando unas monedas del bolsillo.

Asintió con la cabeza. Mientras J. iba a por los cafés a la máquina automática, le echó un vistazo al taller, que ya no era un espacio para él solo. Preocupado por que se le viera la coronilla rala, se caló la gorra de béisbol. Sintió que algo semejante a un grito que llevaba reprimido desde hacía tiempo estaba a punto de explotarle en forma de tos. Metió en el bolso sus cosas y salió del taller a toda prisa. Para no encontrarse con J., caminó presuroso hacia el ascensor, que estaba en el lado opuesto a las escaleras de emergencia. Al ver su cara reflejada en la puerta brillante como un espejo del ascensor, sus ojos enrojecidos le parecieron los de una persona que acababa de llorar. Sin embargo, no recordaba haber llorado en el taller. Entonces de pronto le entraron ganas de escupirse en esos ojos llenos de venas rojas; de golpearse en las mejillas de barba crecida hasta que le aflorara la sangre y de pisotear con los zapatos esos labios sucios y crecidos por el deseo.

*

—Llegas tarde —le dijo su mujer, esforzándose por ocultar que se sentía dolida.

El niño lo recibió sin mucho entusiasmo y volvió a concentrarse en la grúa de plástico con la que estaba jugando.

Su mujer tenía una tienda de cosméticos en las inmediaciones de una universidad. Después de tener al niño, había delegado el trabajo en los empleados y solamente iba de noche para ocuparse de las cuentas de la caja. Sin embargo, desde que el niño había entrado en preescolar el año pasado, había empezado a llevar la

tienda ella misma. Esta era la causa de su continuo cansancio, pero como era una persona de mucho aguante por naturaleza, la única exigencia que le ponía era que dejara libres los domingos y los dedicara a la familia. «Yo también quisiera descansar un poco… Y además, ¿no te parece que deberías pasar más tiempo con el niño?», le había dicho. Él sabía bien que era la única persona que podía aliviarle la carga de trabajo a su mujer. Se sentía agradecido de que se ocupara ella sola de las tareas de la casa y de la tienda sin soltar jamás una palabra de queja. Sin embargo, debido a que últimamente cada vez que miraba a su mujer se superponía encima la cara de su cuñada, no encontraba un momento de sosiego en su casa.

—¿Has cenado?

—Sí, he comido algo.

—Tienes que comer bien, ¿por qué comes tan poco?

Con ojos indiferentes escrutó el rostro cansado de su mujer, que parecía haberse resignado a la desidia de su marido. La operación para agrandarse los ojos que se había hecho cuando tenía veinte años había quedado muy natural, de modo que lucía una mirada profunda y definida. Tenía un rostro pequeño y un cuello bastante bonito. Seguramente su aspecto afable había contribuido mucho a que la pequeña tienda de cosméticos, que había abierto cuando todavía era soltera, hubiera prosperado visiblemente año tras año. Sin embargo, desde el principio supo que había algo en ella que no se ajustaba enteramente a sus gustos. Sus rasgos, su constitución física y hasta su carácter juicioso eran los de la mujer que había buscado desde hacía tiempo, por lo que decidió casarse con ella, sin terminar de darse cuenta de qué era lo que echaba de menos. Supo con certeza qué era aquello en la reunión familiar en la que conoció a su cuñada.

Le gustaron sus ojos pequeños de párpados lisos, su voz algo áspera pero directa, sin ese deje nasal que tenía su mujer, su modo de vestir simple y hasta esos pómulos prominentes que le daban un aspecto andrógino. Comparada con su mujer quizá fuera menos bonita, pero se podía sentir en ella la fuerza de un árbol silvestre y sin podar. Esto no significaba que se hubiera sentido atraído hacia su cuñada desde el principio. Simplemente se le había pasado por la cabeza que le gustaba, que a pesar de que las dos hermanas se

parecían mucho, su cuñada le provocaba una impresión sutilmente diferente.

—¿Quieres que ponga la mesa o no? —preguntó su mujer con un ligero tono de apremio.

—Te digo que ya he comido.

Cansado por la confusión que lo embargaba, entró en el baño. En el instante en que encendía la luz, se le clavó en los oídos lo que decía su mujer como hablando consigo misma:

—Encima que estoy preocupada por Yeonghye, no has llamado a casa ni una sola vez. Y el niño que está acatarrado, no se ha despegado de mí en todo el día… —suspiró y alzó la voz dirigiéndose al niño—: ¿Qué haces? ¡Te he dicho que vengas a tomar la medicina!

Como sabía que no vendría por mucho que lo llamara, echó con parsimonia el medicamento en polvo en la cuchara y lo mezcló con el jarabe color fresa.

Él salió del baño y le preguntó a su mujer:

—¿Qué pasa con tu hermana? ¿Ha sucedido algo?

—Su marido presentó la solicitud de divorcio. No es que no lo comprenda, pero es una falta de consideración. Al final el matrimonio no vale ni un duro.

—¿Quieres que… yo… —tartamudeó él, sin poder evitarlo— hable con tu hermana?

—¿De verdad lo harías? —dijo ella, avivándosele la cara—. Le he dicho que venga a casa, pero no me hace caso. Si tú se lo pides, aunque sea por consideración a ti… Bueno, aunque ya no tiene consideración hacia nadie… No entiendo cómo ha podido cambiar tanto.

Se quedó mirando el rostro de su mujer, siempre tan cariñosa y responsable, y cómo le daba la espalda mientras se acercaba con cuidado a su hijo para que no se le cayera la medicina. Pensó que era una buena mujer. Pero precisamente esa bondad era lo que la hacía tan insoportable.

—Mañana mismo la llamaré.

—¿Te doy su número?

—No hace falta, ya lo tengo.

Cerró la puerta del baño, sintiendo como si algo fuera a explotarle dentro del pecho. Mientras observaba cómo el chorro de

agua de la ducha caía con estrépito sobre la bañera, se quitó la ropa. Sabía que hacía cerca de dos meses que no mantenía relaciones con su mujer. También sabía bien que si tenía ahora el sexo crecido, no era por ella.

En el instante en que había pensado en la habitación de alquiler donde vivía su cuñada y que había visitado con su mujer hacía tiempo, y había imaginado que allí estaría ella acostada con el cuerpo encogido, pero sobre todo, cuando había recordado que la había tenido toda ensangrentada sobre sus espaldas, sintiendo enteramente el roce de sus pechos y su vientre, y al imaginar que con solo quitarle los pantalones podría ver la mancha mongólica de color verdoso que tenía estampada en la nalga como un sello, la sangre de todo su cuerpo se había concentrado en ese lugar.

Se masturbó de pie mordiendo un desencanto gelatinoso, y apenas se hubo metido debajo de la ducha para limpiarse el esperma, lanzó un quejido que no era ni risa ni llanto. El agua estaba demasiado fría.

*

Hacía dos años, a principios del verano, su cuñada se había cortado las venas en su casa. Fue en la comida que hicieron para la familia de su mujer con el fin de celebrar que se habían mudado a una casa más grande. En esa familia todos eran amantes de la carne, pero un día su cuñada se había hecho vegetariana y había dejado de comerla, lo que al parecer, empezando por el suegro, había molestado a todos. Su cuñada estaba tan flaca que daba lástima, de modo que no fue del todo incomprensible que la reprendieran severamente. Sin embargo, había sido algo increíble, digno de una escena del teatro del absurdo, que el suegro, que había sido combatiente en la guerra de Vietnam, le pegara una bofetada a su hija rebelde y le metiera en la boca un trozo de carne a la fuerza.

Sin embargo, todavía más nítido y espeluznante había sido el grito que había salido de la boca de su cuñada. Después de escupir la carne, había alzado el cuchillo para cortar la fruta y había lanzado una mirada feroz a cada uno de los miembros de la familia. Sus ojos brillaban inestables y desorbitados como los de un animal acorralado.

En el instante en el que empezó a manar la sangre de su muñeca, él había rasgado una sábana y se la había atado en la herida. Luego había cargado sobre sus espaldas su cuerpo delgado como un fantasma y, sorprendiéndose de su propia determinación y reflejos, había corrido hacia el aparcamiento de la urbanización.

Mientras observaba cómo ella recibía los primeros auxilios en el hospital cuando estaba todavía sin conocimiento, le pareció que algo se separaba de él con un ruido seco. Aún hoy le era imposible explicarse con exactitud lo que había sentido entonces. Alguien había intentado desembarazarse de su vida como si fuera basura ante sus propios ojos y la sangre de esa persona había empapado su camisa blanca y, mezclada con su sudor, se estaba secando bajo la forma de costras marrones.

Deseó con todas sus fuerzas que ella viviera y al mismo tiempo se preguntó qué significaba aquello. Había sentido una especie de arrinconamiento vital cuando ella había querido echar por la borda su vida de ese modo. Nadie había podido ayudarla. Tanto los padres, que querían hacerle comer carne a la fuerza, como el marido y los hermanos, que habían permanecido de brazos cruzados, se habían comportado como si fueran completos desconocidos e incluso personas hostiles. Aunque ella volviera a despertar, esa situación no cambiaría. Esta vez había ocurrido de manera impensada y espontánea, pero ella podía volver a repetir el intento de quitarse la vida. Entonces quizá lo llevara a cabo de un modo más escrupuloso, de manera que nadie se lo pudiera impedir. De pronto se dio cuenta de que deseaba con todas sus fuerzas que ella no volviera a despertar, que el hecho de que recuperara la conciencia se le hacía equívoco y detestable, que hasta querría tirarla por la ventana si ella volvía a abrir los ojos.

Cuando su cuñada pasó el momento de mayor peligro, se compró una camisa con el dinero que le dio el marido de ella y se cambió de ropa. En lugar de tirar la prenda ensangrentada, hizo con ella un gurruño y se subió en un taxi. Le vino a la memoria la última obra en la que había estado trabajando y se sorprendió al percibir que le provocaba un tormento insoportable. La había editado de manera impactante y le había puesto música y subtítulos gráficos a las imágenes de todas aquellas cosas que odiaba porque le parecían una gran mentira: los comerciales, las telenovelas, los

noticiarios, las caras de los políticos, los puentes y grandes almacenes que se derrumbaban, las lágrimas de los indigentes, los niños que padecían enfermedades incurables…

De pronto tuvo arcadas. El aborrecimiento, la decepción y el suplicio que le provocaban esas imágenes, y las interminables horas luchando día y noche para mirar de frente y llegar hasta el fondo de esos sentimientos se le antojaban ahora como una suerte de violencia ejercida contra él. En ese instante su conciencia se salió de los límites y sintió el impulso de tirarse por la puerta del taxi, que iba a toda velocidad, y salir rodando por el asfalto. Ya no podía soportar esas imágenes de la realidad. Pensó que no las había aborrecido lo suficiente cuando las tuvo en sus manos. O quizá no se había sentido tan amenazado por ellas como ahora. Fuese como fuese, en el instante en el que el olor de la sangre de su cuñada le hirió la nariz en el interior del taxi esa tarde sofocante de verano, todas esas cosas no solo lo amenazaron sino que le provocaron arcadas y le impidieron respirar. Fue entonces cuando supo que no podría trabajar durante un tiempo. Se sintió agotado, la vida le pareció detestable y se le hicieron insoportables todas sus manifestaciones.

Las obras en las que se había volcado a lo largo de más de una década le estaban dando la espalda en silencio. Ya no le pertenecían. Eran de alguien que había conocido, mejor dicho, de alguien que había creído conocer.

*

Su cuñada se quedó en silencio al otro lado de la línea. No cabía duda de que había atendido el teléfono, puesto que se había escuchado vagamente una respiración y hasta se había superpuesto el ruido de un tintineo.

—¿Sí? —contestó ella por fin.

—Yeonghye, soy yo. ¿Me estás escuchando? Tu hermana me pidió que te llamara… —dijo despreciándose a sí mismo, sintiendo escalofríos de su falsedad y argucia—… es que se preocupa mucho por ti…

Ella exhaló brevemente el aire sobre el teléfono que estaba mudo. Como siempre, su cuñada estaría descalza. Después del

terrible suceso familiar, había pasado varios meses en un pabellón psiquiátrico. Luego se había quedado en su casa, mientras la familia entera trataba de razonar con su marido, quien decía que prefería irse él a un manicomio antes que vivir de nuevo con su mujer. El mes que convivió con su cuñada hasta que se mudó a un cuarto alquilado no le había resultado ni muy difícil ni muy incómodo. Había sido antes de escuchar lo de la mancha mongólica, así que se había limitado a mirarla con compasión y sin ningún atisbo de comprensión.

Ella era de pocas palabras por naturaleza y se pasaba todo el día en el balcón tomando el sol de los últimos meses del otoño. Pulverizaba con sus manos las hojas secas caídas de las plantas o dibujaba sombras en el suelo abriendo en abanico los dedos. Cuando su esposa estaba muy atareada, se encargaba de llevar al niño al baño y le lavaba la cara con los pies descalzos sobre las baldosas frías.

Le parecía increíble que alguna vez hubiera intentado suicidarse y que hasta se hubiera quedado con sus pechos al descubierto delante de la gente en el hospital. Seguramente había sido porque se hallaba en un estado de confusión aguda debido al intento de suicidio. Si bien la había llevado toda ensangrentada sobre sus espaldas al hospital y esta había sido una experiencia que le había dejado una profunda huella, le parecía que se trataba de otra persona o que había ocurrido en otra dimensión del tiempo.

Lo único especial en ella era que seguía sin comer carne. Puesto que el rechazo a la carne había provocado su confrontación con la familia y de ello derivaba su raro comportamiento —incluido el quedarse con sus pechos al descubierto—, el marido sostenía que el hecho de que continuara insistiendo en ser vegetariana era la prueba fehaciente de que no había vuelto ni un ápice a la normalidad.

«Solo parece mansa por fuera. Ya era de por sí una persona medio alelada y ahora se ha puesto más lela aún por tomar medicamentos todos los días. Es solo eso. Estoy seguro de que en el fondo no ha cambiado en nada», había dicho el marido.

Esta actitud de querer desembarazarse de su mujer como si se tratara de un reloj o de un electrodoméstico estropeado los había dejado perplejos a todos.

«No penséis que soy un tipo ruin. Todo el mundo sabe que si hay un perjudicado, ese soy yo», había dicho.

Como no se podía decir que aquello no fuera cierto, él permaneció neutral en ese asunto, pero no su esposa. Su mujer le había rogado al marido de Yeonghye que pospusiera el divorcio hasta ver cómo evolucionaba ella, pero él se había mostrado inamovible.

Borró de su mente la cara del marido de Yeonghye, quien desde un principio no le había caído bien, pues tenía la frente extremadamente estrecha y el mentón puntiagudo, lo que le daba el aspecto de una persona obstinada e inflexible.

—Yeonghye, responde. Di cualquier cosa —volvió a decirle.

—Es que está hirviendo el agua… —respondió ella, cuando él se estaba preguntando si debía cortar.

Su voz era como una pluma, pues no tenía ningún peso. No musitaba las palabras ni hablaba ausente como una enferma, pero tampoco tenía un tono jovial o alegre. Era la voz desapasionada de alguien que no pertenecía a ningún lugar y se encontraba en los lindes de la vida.

—Tengo que ir a apagar el fuego.

—Yeonghye, ¿puedo… —habló con precipitación, pues ella estaba a punto de colgar—… puedo ir a verte? Hoy vas a estar en casa, ¿no?

La comunicación se cortó un rato después. Colgó el auricular del teléfono. Tenía la palma de la mano sudorosa.

*

Había comenzado a pensar de un modo diferente sobre su cuñada cuando escuchó a su mujer hablando de la mancha mongólica que ella tenía. Antes de eso nunca había sentido nada especial por ella. La excitación que ahora sentía crecer en su cuerpo cuando se acordaba de cómo se había comportado su cuñada mientras estuvo en su casa no le parecía una experiencia propia sino ajena. Pero era innegable que su cuerpo ardía cuando se acordaba de ella haciendo sombras en el balcón con los dedos extendidos y la mirada perdida, de sus blancos tobillos asomando bajo los holgados pantalones de chándal cuando bañaba a su pequeño sobrino, de cuando veía la

televisión distraída, sentada ligeramente de lado, con las piernas levemente abiertas y los cabellos sueltos y revueltos. La mancha mongólica verdeazulada de su cuñada se estampaba en todos esos recuerdos. Una mancha primitiva, desaparecida de todas las personas adultas y que solo tienen los niños en las nalgas o en la espalda. Superponiéndose a la sensación placentera que tuvo cuando tocó por primera vez las tiernas nalgas de su hijo recién nacido, el trasero de su cuñada, que nunca había visto, resplandecía como una luz brillante dentro de sí mismo.

Ahora le parecía que armonizaban de manera indisoluble la imagen de la mancha mongólica como un pétalo verdeazul y el hecho de que ella no comiera carne y se alimentara únicamente de granos, hierbas y verduras frescas. Hasta le pareció una señal inescrutable y turbadora de su destino el que la sangre roja que había brotado de las venas de su cuñada empapara su camisa blanca y la dejara dura como una costra amarronada.

*

El cuarto de su cuñada estaba en una callejuela tranquila de los alrededores de una universidad para mujeres. Se detuvo delante del edificio con las manos cargadas con bolsas de fruta que su mujer le había pedido que le llevara. Mandarinas de la isla Jeju, manzanas y peras, y hasta fresas, aunque no fuera la temporada. A pesar de que le dolían los dedos y los brazos, pensar que entraría en su cuarto y la vería le provocaba una suerte de terror, por lo que permaneció de pie, indeciso.

Al final dejó un momento las bolsas en el suelo, y, abriendo su móvil, marcó el número de su cuñada. Ella no atendió hasta que el teléfono sonó diez veces. Comenzó a subir las escaleras con las bolsas de fruta. Al llegar al segundo piso, tocó el timbre de la puerta, que tenía pintada una nota musical. Como había anticipado, no hubo respuesta, de modo que movió el picaporte. No se lo esperaba, pero la puerta estaba abierta. Se quitó la gorra de béisbol un instante para dejar que se evaporara el sudor frío que mojaba sus cabellos y volvió a ponérsela. Se arregló la ropa, y, respirando profundamente, abrió por fin la puerta del apartamento.

*

Era un apartamento de un solo ambiente que miraba al sur y el sol de principios de octubre entraba hasta la cocina volviéndolo acogedor. En el suelo había tiradas descuidadamente prendas de ropa que debían de haber pertenecido a su mujer porque le resultaron familiares. También había pequeñas bolas de polvo rodando aquí y allá, pero el lugar no le pareció desordenado. Quizá porque casi no había muebles en la casa.

Dejó las bolsas de fruta en el vestíbulo y se quitó los zapatos. No se escuchaba ruido alguno en la casa. ¿A dónde se habría ido ella? ¿Habría salido al saber que iba a venir? Como no había televisión, se veían desoladas en medio de la pared las tomas de electricidad y de antena. Solo estaban el aparato de teléfono que había mandado instalar su mujer y un colchón en el fondo de la sala que hacía las veces de dormitorio. Sobre él había tendido un edredón que estaba abombado lánguidamente como si fuera una cueva, como si alguien se acabara de levantar.

Le pareció pesado el aire de la habitación, de modo que abrió a medias el ventanal del balcón. Un repentino ruido lo sobresaltó y le hizo darse la vuelta. Lo que vio casi lo deja sin respiración.

Ella estaba saliendo del baño. Como no había oído el ruido del agua, no se había imaginado que ella pudiera estar allí. Pero la verdadera sorpresa fue descubrir que estaba totalmente desnuda. De pie, sin rastros de humedad y con expresión de pasmo, como si ella también estuviera un poco sorprendida. Entonces atrajo hacia sí la ropa desparramada en el suelo y se tapó. No pareció que lo hiciera por vergüenza o turbación sino que fue un gesto sosegado, como si supiera que así era como debía comportarse en esa situación.

Mientras ella se ponía la ropa tranquilamente y sin siquiera darle la espalda, él debería haber mirado hacia otro lado o haber salido precipitadamente del apartamento. Pero en lugar de hacer alguna de estas cosas, se quedó inmóvil en su sitio, sin poder apartar la mirada de ella. No estaba tan delgada como cuando se había vuelto vegetariana. En el hospital había aumentado de peso, y, gracias a que también había comido bien en su casa, sus pechos se veían suaves y turgentes. Tenía una cintura sorprendentemente fina y marcada, el vello púbico poco abundante y unas piernas muy

atractivas, aunque les faltaba algo de volumen. Más que despertar deseo, era un cuerpo que apetecía quedarse contemplando. Solo cuando tomó conciencia de que no le había visto la mancha mongólica cuando ella terminó de ponerse todas las prendas.

—Disculpa… —balbuceó él de manera tardía—. Como la puerta estaba abierta, pensé que habías salido.

—No importa —respondió ella, de nuevo como si eso fuera lo que le correspondiera decir—. Es que cuando estoy sola, así me siento más cómoda.

Él trató de ordenar su cabeza que parecía estar vaciándose a toda velocidad. Cuando ella se encontraba sola, siempre estaba desnuda, concluyó. Sintió que su sexo, que no había mostrado reacción alguna cuando la había visto desnuda, empezaba a crecer de manera turbadora. Se quitó la gorra de béisbol y se sentó a toda prisa en el suelo para esconder la erección.

—No tengo nada que ofrecerte…, —dijo ella, mientras se dirigía a la cocina. Llevaba unos pantalones de chándal color gris oscuro que, tal como había visto con sus propios ojos, se había subido hasta la cintura sin ponerse las bragas. Cuando observó el sigiloso movimiento de sus nalgas, que no eran ni muy grandes ni muy voluptuosas, sin darse cuenta le tembló la nuez de Adán y tragó saliva.

—No te preocupes… Podemos comer esta fruta que he traído —respondió él, para ganar tiempo y que disminuyera su excitación.

—Bueno.

Ella se acercó al vestíbulo y llevó a la cocina las manzanas y las peras que él había dejado en el suelo. Mientras escuchaba el sonido del agua y el tintineo de los platos, se esforzó por concentrarse en los agujeros de las tomas de electricidad y las teclas cuadradas del teléfono. Sin embargo, se acordó todavía más nítidamente de su pubis y se le arremolinaron en la cabeza las nalgas pintadas con pétalos de flores y las posiciones de hombres y mujeres haciendo el amor que tantas veces había dibujado.

Cuando volvió y se sentó delante de él, trayendo un plato con manzanas y peras cortadas él bajó la cabeza para esconder sus ojos húmedos y brillantes.

—No sé si estará buena la manzana —dijo ella, después de un rato de silencio—. No hace falta que vengas a verme —siguió

diciendo, con voz grave.

—¿Eh?

—Que no hace falta que te preocupes por mí. Estoy buscando trabajo. El médico me ha dicho que no haga nada que me absorba demasiado, así que estoy pensando trabajar en un centro comercial o algo así. La semana pasada fui a una entrevista y todo.

—¿Ah, sí?

Era algo inesperado. Una vez el marido de Yeonghye le había dicho por teléfono con la voz pastosa por la embriaguez: «Si estuvieras en mi lugar, ¿podrías soportar toda la vida a una mujer que toma pastillas psiquiátricas todos los días y que vive dependiendo económicamente de su marido?». Se equivocaba, ella no estaba mal de la cabeza hasta ese punto.

—¿Por qué no trabajas en la tienda de tu hermana? —le dijo con los ojos bajos, sacando el tema que lo había traído allí—. Para darle a otra persona ese sueldo, que no es poco dinero, es preferible que te lo lleves tú. Es lo que tu hermana desea de verdad. Ella confía en ti y, como es tu hermana mayor, estará más tranquila si puede cuidarte y tenerte cerca. Además, será menos fatigoso para ti que trabajar en un centro comercial.

Habló con naturalidad, sintiendo que, poco a poco, se iba aplacando su excitación. También pudo por fin mirarla a la cara. En ese preciso instante supo que su expresión era serena como la de un monje que hace vida contemplativa. Hasta el punto que le hacía preguntarse qué cosas terribles se estarían enfriando o se habrían hundido en el fondo de su ser para mostrar esa superficie tan tranquila. Incluso provocaba temor. Se reprochó haberse quedado contemplándola como se mira una foto pornográfica solo por el hecho de estar desvestida. Sin embargo, no podía negar que esa breve escena se le había quedado grabada en la retina, como si fuera un combustible que en cualquier momento podía volver a arder en llamas.

—Prueba la pera —dijo ella, acercándole el plato.

—Tú come también —le respondió él.

En lugar de utilizar el tenedor, ella comió un trozo de fruta cogiéndola con los dedos. Con miedo a obedecer al impulso de abrazar sus hombros silenciosos y sumidos en la reflexión, chupar esos dedos dulces y pegajosos por el jugo de la pera y bajarle de un

tirón esos pantalones holgados de gimnasia, él volvió la cabeza a otro lado.

*

—Un momento —dijo él, mientras se ponía los zapatos—, ¿no quieres salir un rato conmigo?

—¿… a dónde?

—Para hablar un poco mientras caminamos.

—Voy a pensar en lo que me has dicho.

—No, no me refiero a eso… Tengo un favor que pedirte —dijo él, mirándola a la cara, en la que se reflejaba una expresión de duda.

Si podía escapar de los deseos e impulsos penosos que lo asaltaban constantemente, cualquier lugar que no fuese un tentador espacio cerrado sería bueno.

—Dímelo mejor ahora.

—No, quiero caminar un poco. ¿No te agobia estar todo el día encerrada?

Finalmente, como si cediera a su ruego, ella se puso las sandalias y salió tras él. En silencio, dejaron atrás la callejuela y caminaron por la avenida. Cuando vio el cartel de una cadena de heladerías, él le preguntó:

—¿Te gustan los helados?

Ella le sonrió ligeramente, como una novia coqueta.

Se sentaron en una mesa cerca del escaparate. Sin decir palabra, él se quedó mirando cómo ella tomaba un poco de helado con la cucharilla de madera y lo lamía con la lengua. Igual que si estuvieran unidos por un cable eléctrico, se descubrió a sí mismo crispándose y temblando ligeramente cada vez que ella sacaba la lengua, como si recibiera una descarga.

Entonces pensó. Quizá no hubiera más que una solución. Quizá la única vía para salir de este infierno era haciendo realidad su deseo.

—Lo que te quiero pedir…

Ella lo miró con los ojos abiertos y fijos, con un poco de helado blanco en la lengua. Como una buena exponente de la raza mongola, sus párpados eran lisos y no presentaban ningún pliegue,

y, debajo de ellos, brillaban vagamente las pupilas, que no eran ni muy grandes ni muy pequeñas.

—… es que me gustaría que posaras como modelo.

Ella no se rio ni se turbó. Como si quisiera penetrarlo hasta el fondo con los ojos, se lo quedó mirando en silencio.

—Has venido a ver mis exposiciones, ¿verdad?

—Sí.

—Es un trabajo de vídeo parecido. No te llevaría mucho tiempo. Solo que…

Supo que estaba recuperando la calma, que ya no sudaba ni le temblaba la mano. Como si se hubiera puesto una compresa de hielo, su cabeza también se había enfriado.

—… tienes que desvestirte y dejar que te pinte el cuerpo de colores.

—¿Y entonces…? —preguntó ella, despegando los labios y mirándolo todavía con esa mirada tranquila.

—Así tienes que quedarte. Hasta que termine la filmación.

—¿Tienes que pintarme… el cuerpo?

—Sí, te pintaría unas flores.

Por un breve instante, su mirada tembló. O al menos eso le pareció a él.

—No sería mucho trabajo. Una hora o dos serían suficientes. Puede ser en cualquier momento que te venga bien.

Cuando terminó de hablar, se quedó cabizbajo, mirando el helado con resignación. Tenía encima trochos de cacahuete y láminas de almendras, y se estaba derritiendo y derramando suavemente.

—¿… dónde sería?

La pregunta le llegó desde lejos, porque tenía la mente extraviada en la espuma del helado que se derretía.

Ella se estaba metiendo en la boca la última cucharada de helado. Sus labios pálidos estaban manchados de crema blanca.

—Estoy pensando en pedir prestado el atelier de un amigo.

Su rostro se veía tan sereno que parecía yermo. Era imposible saber lo que estaba pensando.

—A tu hermana no se lo digas… —balbuceó. Pensaba que era mejor no pedirle aquello, pero que no había otro remedio. Detestándose a sí mismo, terminó la frase con un tartamudeo—:…

es que… es un secreto…

Ella no aceptó ni rechazó su proposición. Él dejó de respirar y se la quedó mirando fijamente como si quisiera tragársela viva, en un vano intento de averiguar qué le estaba respondiendo con su silencio.

*

Debido al sol que entraba por el amplio ventanal, el ambiente del atelier de su amigo se sentía tibio. Más que un atelier, se parecía a una galería de arte, pues era un espacio amplio de más de trescientos metros cuadrados. Las obras de su amigo estaban colgadas en los lugares apropiados y los utensilios de pintura estaban tan bien ordenados que causaban asombro. Había traído todo lo necesario para el trabajo, pero le entraron ganas de utilizar aquellos materiales.

Había elegido este atelier porque buscaba un lugar que tuviera luz natural. No pertenecía a un amigo íntimo sino a un compañero de facultad que había sido el primero de su promoción en alcanzar el puesto de profesor en una universidad de la capital a la temprana edad de treinta y dos años. Ahora, ya fuera por su cara, el modo de vestir o los gestos que hacía, tenía el aire propio de un profesor universitario.

—No me lo esperaba. Tú pidiéndome favores a mí… —le había dicho aproximadamente una hora antes, después de servirle una taza de té. Luego, alcanzándole las llaves antes de irse, había añadido—: Si lo vuelves a necesitar, dímelo cuando quieras. Yo por la tarde suelo estar en la universidad.

Recibió las llaves y advirtió que la barriga de su amigo era todavía más abultada que la suya. Aunque no lo demostrase, seguramente también tendría deseos incumplidos y sufriría angustias y ansiedades por ellos. Sintió un pobre consuelo al pensar que la redonda barriga de su amigo revelaba las cosas que le faltaban. Como mínimo, se sentiría preocupado, quizá algo avergonzado, o al menos tendría añoranza del físico que había tenido en su juventud y había perdido.

Movió hacia un lado las pinturas de su amigo —demasiado convencionales en su opinión— que tapaban ligeramente la

ventana, cubrió con una sábana blanca el suelo de parqué iluminado por los rayos de sol y verificó las cosas que ella vería y sentiría cuando se acostase boca arriba: las vetas de la madera que cubría los techos altos, el cielo al otro lado de la ventana, la superficie levemente fría pero soportable del suelo, la dureza atemperada por la suavidad de la sábana que sentiría debajo de la espalda. Esta vez se puso boca abajo y miró lo que entraba en su campo de visión: las pinturas de su amigo, la fría sombra que se proyectaba en el suelo y el hollín de la chimenea apagada.

Extendió los materiales de pintura que había traído, sacó la videocámara PD 100 y verificó que tenía suficiente batería. Colocó en un rincón las luces artificiales que usaría en caso de que la filmación se alargara, sacó el cuaderno de bocetos y lo abrió, pero enseguida lo volvió a guardar en el bolso, se quitó la cazadora y se dispuso a esperarla arremangándose la camisa. Al acercarse las tres, que era la hora en la que ella llegaría a la estación del metro, se colgó la cazadora sobre un brazo y se puso los zapatos. Estaba en las afueras de la ciudad y se puso a andar respirando el aire limpio.

Sonó el móvil, que atendió sin detener la marcha.

—Soy yo —era su mujer—. Hoy voy a llegar tarde. La empleada ha faltado también. Hay que ir a buscar a Jiwu a la guardería.

—Yo tampoco puedo ir. Hasta las nueve me es imposible —dijo él de un modo terminante.

—Está bien —respondió su mujer con un suspiro—. Le pediré a la vecina del 709 que lo cuide hasta las nueve.

Ella cortó sin añadir nada más. Últimamente tenían una relación como de socios, sin detalles superfluos y centrada en el niño.

Unos días atrás, la noche del día en que había ido a ver a su cuñada, había forzado a su mujer en la oscuridad impelido por un deseo incontenible. Él mismo se sorprendió de la avidez de su deseo, que no había sentido ni siquiera en los primeros tiempos de su vida matrimonial. Su mujer también se extrañó:

—¿Qué te ocurre?

No quería escuchar su tono nasal, así que le tapó la boca. No se lanzó sobre ella sino sobre la imagen que la nariz, los labios y el cuello de su mujer, vislumbrados vagamente en la oscuridad, le traían a la memoria. Mordiéndole los pezones endurecidos, le quitó las bragas. Cada vez que la imagen de la pequeña flor verdeazulada

se le imponía y amenazaba con desaparecer, cerraba los ojos y borraba la cara de su mujer.

Cuando terminó de correrse, su mujer estaba llorando. No supo si era por la excesiva violencia que había mostrado o por otro sentimiento que desconocía.

Su mujer se dio la vuelta dándole la espalda, mientras murmuraba: «Tengo miedo». O quizá había dicho: «Me das miedo». Él estaba cayendo en un sueño profundo como la muerte, así que no estaba seguro de cuáles habían sido exactamente las palabras que habían salido de su boca. Tampoco pudo escuchar hasta cuándo duraron sus sollozos.

Sin embargo, a la mañana siguiente la actitud de su mujer no se diferenciaba en nada de la de otros días. Su voz seguía siendo también la misma, como cuando le había hablado por teléfono hacía un rato. No reflejaba ningún rastro del incidente nocturno ni tampoco ningún tipo de rechazo. Simplemente ese modo de hablar tan tolerante, que a veces se le antojaba inhumano, y esos suspiros siempre iguales le hicieron sentirse incómodo por un rato. Para borrarse de la cabeza esa sensación, caminó a mayor velocidad.

No se lo esperaba, pero su cuñada se encontraba ya en la salida del metro. Estaba sentada descuidadamente en la escalera, como si hubiera llegado hacía rato. Llevaba unos pantalones vaqueros muy gastados y un jersey grueso de color marrón, como alguien venido de un lugar donde ya era invierno. Se quedó como embrujado y, en lugar de llamarla, se puso a contemplar su cara, el gesto que hacía al limpiarse el sudor que le caía de la frente y los contornos de su cuerpo sobre el que se acumulaban los rayos de sol.

*

—Quítate la ropa —le dijo en voz baja.

Ella estaba de pie, sin hacer nada, mirando los chopos blancos al otro lado de la ventana. Los silenciosos rayos de sol de la tarde hacían brillar la sábana blanca. No se dio la vuelta. Parecía no haberlo escuchado y ya iba él a repetir lo que había dicho, cuando ella levantó los brazos y se quitó el jersey. Cuando se despojó también de la camiseta blanca que llevaba debajo, apareció su espalda desnuda. Y cuando a continuación se quitó los pantalones

viejos, aparecieron enteramente sus nalgas blancas.

Él miró su trasero conteniendo la respiración. Sobre las dos colinas rollizas tenía marcados dos hoyuelos, los llamados «sonrisa del ángel». La mancha mongólica tenía el tamaño de un dedo índice y estaba estampada sobre la parte superior de su nalga izquierda. ¿Cómo podía estar todavía allí? Era incomprensible. Era semejante a un ligero moretón y de una leve tonalidad verde, pero era una mancha mongólica sin lugar a dudas. Le evocaba una huella de tiempos primigenios, de tiempos anteriores al comienzo de la evolución o al proceso de fotosíntesis que realizan las plantas. Era extraño, pero no tenía nada que ver con una sensación erótica y mucho con algo vegetal.

Después de un largo rato, levantó los ojos de la mancha mongólica y recorrió su cuerpo. Le impresionó su actitud serena, como si no fuera la primera vez que posara, sobre todo teniendo en cuenta que ellos no eran desconocidos sino cuñados. De repente recordó que al día siguiente de rasgarse las venas, ella había sido descubierta con el torso desnudo junto a la fuente del hospital, que por eso había sido internada en un pabellón psiquiátrico y que habían retrasado el alta porque quería quitarse la ropa y tomar el sol todo el tiempo.

—¿Me siento? —preguntó ella.

—No, ponte boca abajo —le respondió él en un murmullo, casi sin pronunciar las palabras.

Ella se acostó sobre la sábana siguiendo su indicación. Sin mover un músculo, él arrugó el entrecejo tratando de descifrar la naturaleza de la arrolladora sensación que le subió por dentro al verla en esa posición.

—Un momento, quédate así.

Fijó la videocámara en el trípode y acomodó la altura de las patas. Después de ajustar la posición para poder captarla en un solo cuadro, tomó la paleta y el pincel. Quería grabar el proceso de pintarle el cuerpo.

Primero echó a un lado sus cabellos, que le caían hasta los hombros y comenzó a pintarle flores desde la nuca. Pimpollos semiabiertos de color vino y rojo se derramaron espléndidamente sobre sus hombros y espalda, y delgados tallos descendieron por sus costados. Al llegar a la colina de la nalga derecha, la flor de color

vino se abrió magnífica y dejó ver unos gruesos pistilos amarillos. En la nalga izquierda donde tenía la mancha, no dibujó flores sino que tomó un pincel grueso y pintó los alrededores de la mancha con un verde claro pálido, de modo que la marca, que parecía la tenue sombra de un pétalo, destacara aún más.

Sintió escalofríos al percibir los ligeros estremecimientos de su cuerpo, como si las pinceladas le provocaran cosquillas. Mucho más que simple excitación, sintió conmoción, como si estuviera tocando algo prístino y primigenio, como si se estuviera electrocutando continuamente con cientos de miles de vatios de electricidad.

Estaba empapado de sudor cuando finalmente terminó de pintar el largo tallo y las hojas, que extendió a lo largo de su muslo derecho hasta llegar a sus finos tobillos.

—Ya está —dijo él—. Ahora quédate quieta un rato.

Separó la cámara del trípode y comenzó a filmarla en plano corto. Acercó con el zoom cada uno de los detalles de las flores, la línea de su cuello, sus cabellos despeinados, las manos que estrujaban la sábana como si estuviera en tensión.

—Ya puedes levantarte.

Sintiéndose un poco cansado, se sentó en el sofá que estaba junto a la chimenea. Como si tuviera adormecidas sus extremidades, ella se erigió apoyándose en los codos.

—¿No tienes frío? —y diciéndole esto, se levantó limpiándose el sudor y le cubrió los hombros con su cazadora—. ¿No estás cansada?

Ella le sonrió a manera de respuesta. Era una sonrisa tenue pero firme, como si estuviera dispuesta a no rechazar ni dejarse sorprender por nada.

Entonces él se dio cuenta de qué era lo que le había impactado tanto cuando ella se tendió sobre la sábana al principio. Era un cuerpo exento de deseo y paradójicamente era también el bello cuerpo de una mujer joven. De esa contradicción emanaba una fuente de fugacidad, una fugacidad extraña y sólida. La luz del sol se diseminaba a través del ventanal como en infinitos granos de arena y, aunque no fuera perceptible a la vista, la belleza de ese cuerpo también se estaba desmoronando como arena pulverizada… Una multitud de sentimientos indescriptibles lo asaltaron a la vez, llegando incluso a apaciguar el deseo que lo había estado

atormentando tenazmente durante todo un año.

*

Se había puesto los pantalones, y, con la cazadora de él sobre los hombros, sostenía en las manos una taza humeante. Estaba descalza y con los pies posados suavemente sobre el suelo.

—¿No has tenido frío? —al repetirle él la pregunta, ella negó moviendo la cabeza—. ¿No estás cansada?

—Si no hice otra cosa que quedarme quieta. El suelo estaba tibio.

Cosa sorprendente, ella no parecía sentir curiosidad alguna, por eso podía mantener la calma en cualquier situación. No había explorado el espacio desconocido donde se encontraba ni tampoco había expresado inquietudes que hubieran sido naturales en estas circunstancias. Parecía contentarse con presenciar como una espectadora las cosas que le sucedían a su persona. O quizás en su interior ocurrían cosas tan terribles, cosas tan inimaginables que ya tenía más que suficiente con tener que convivir con ellas en la vida diaria y por eso no le quedaban energías para mostrar curiosidad, explorar o reaccionar a lo que ocurría a su alrededor. Lo que le hacía suponer eso era que percibía por momentos que sus ojos no reflejaban una serenidad pasiva o idiota sino una gran fiereza, y al mismo tiempo ejercía una gran fuerza para contenerla. En ese momento estaba acurrucada mirándose los pies con las manos puestas sobre la taza caliente como un ave friolera, pero esa pose, más que provocar compasión, dejaba ver una soledad sólida como una sombra y capaz de incomodar a quienes la miraban.

Evocó la cara del marido de Yeonghye, que nunca le había gustado y que ya no formaba parte de la familia. Tenía el rostro seco de la persona que no cree en nada que no sea sensorial ni basado en valores comunes y corrientes. El mero hecho de imaginar que esa boca vulgar, que solo abría para expresar convencionalismos, había explorado el cuerpo de Yeonghye, le hacía sentir una especie de vergüenza. Insensible como era, ¿se habría dado cuenta de la mancha mongólica que tenía su mujer? Se los imaginó a ambos desnudos y sintió eso como algo insultante, sucio y violento.

Cuando ella se levantó del suelo tendiéndole la taza vacía, él también se levantó, la cogió y la puso sobre la mesa. Cambió la cinta de la cámara de vídeo y volvió a ajustar la posición del trípode.

—¿Vamos de nuevo?

Ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia la sábana. Como la luz del sol se había atenuado, él encendió una luz de tungsteno sobre sus pies.

Ella volvió a desnudarse y esta vez se tendió mirando al techo. Debido a la iluminación localizada, la parte superior de su cuerpo quedaba en sombras, no obstante entrecerró los ojos como si la luz la deslumbrara. La había visto desnuda en su casa, pero verla así, bellamente tendida, sin resistencia alguna y sin nada superfluo, del mismo modo en que había estado boca abajo hace un rato, le provocaba sentimientos intensos hasta las lágrimas. Las clavículas delgadas, los pechos planos como los de un muchacho debido a su posición, las costillas marcadas, los muslos abiertos sin lujuria, su rostro inexpresivo como un desierto, como si se hubiera quedado dormida con los ojos cerrados… Era un cuerpo del que habían sido eliminadas exhaustivamente todas las excedencias. Nunca había visto un ser que fuese capaz de decir tantas cosas con solo su figura.

Esta vez pintó con amarillo y blanco enormes flores desde las clavículas hasta el pecho. Si en la espalda había pintado flores nocturnas, en el pecho iba a pintar radiantes flores diurnas. Un lirio de la mañana de color naranja floreció en la concavidad de su vientre y sobre sus muslos cayeron profusamente hojas grandes y pequeñas de color dorado.

En medio del silencio absoluto, una exaltación radiante que no había experimentado jamás en toda su vida se derramó desde algún rincón desconocido de su cuerpo y se concentró en la punta de su pincel. Deseaba prolongar indefinidamente este placer. Como la luz la iluminaba solo hasta el cuello, su rostro en la sombra parecía el de una persona dormida, pero debido al ligero temblor que percibía cada vez que el pincel tocaba la cara interna de los muslos, sabía que estaba despierta. Viéndola aceptar tranquilamente todo este proceso, le pareció que era un ser sagrado, un ser del que no se podía decir ni que fuera humano ni animal, o quizá un ser que estaba entre la vegetalidad, la humanidad y la animalidad.

Bajó el pincel y olvidándose de que tenía que filmar, se quedó mirando con embeleso el cuerpo y las flores que se abrían sobre él. Sin embargo, como estaba oscureciendo y el rostro de Yeonghye se estaba borrando por las sombras de la tarde, refrenó su ánimo y se levantó:

—Ponte de lado.

Lentamente, como si siguiera el ritmo de una música silenciosa, ella curvó sus brazos, piernas y cintura y se ladeó. Entonces filmó sus flancos y corvas como suaves crestas de montaña y las flores nocturnas de la espalda y las flores diurnas del frente. En último lugar filmó la mancha mongólica, que parecía una sombra verde. Y después de dudarlo un momento, aunque se había prometido no hacerlo, grabó de cerca su rostro, que tenía la vista dirigida hacia la ventana sumergida ahora totalmente en tinieblas. Registró con la cámara sus labios borrosos, la sombra de sus pómulos prominentes, la frente recta que se vislumbraba entre los cabellos desparramados y sus ojos totalmente vacíos.

*

Hasta que terminó de guardar todo el equipo en el maletero del coche, ella se quedó de pie en la puerta del edificio con los brazos cruzados. Tal como se lo había pedido su colega, guardó la llave del atelier en las botas de montaña que estaban en el rellano de la escalera y le dijo a Yeonghye:

—Ya está. Podemos irnos.

Ella tenía puesta su cazadora, pero aún parecía tener frío porque estaba temblando.

—¿Comemos cerca de tu casa? O, puesto que debes tener hambre, comemos primero por aquí y te llevo luego.

—No tengo hambre. ¿Esto… se borra con el agua? —preguntó ella, señalándose el pecho con la mano, como si eso fuera lo único que le interesara saber.

—Es probable que no se borre fácilmente. Necesitarás varias duchas…

—Ojalá no se borrara nunca… —dijo ella cortándole la palabra.

Por un momento él se quedó aturdido y escrutó su rostro oculto a medias en la oscuridad.

*

Se dirigieron a la zona céntrica y entraron por una callejuela donde había muchos restaurantes. Por consideración a ella que no comía carne, eligió un local que tenía un cartel que decía «cocina budista». Cuando pidió el menú, les trajeron una veintena de platos finamente presentados y arroz hecho en ollas de piedra con castañas y raíces de ginseng. Mirándola comer, de repente se dio cuenta de que no le había tocado un pelo durante las casi cuatro horas que ella estuvo desnuda. Si bien desde un principio su plan había sido limitarse a filmarla, se sorprendió de no haberse excitado.

Sin embargo, al verla ahora con ese jersey grueso y llevándose la cuchara a la boca, supo que se había terminado el milagro de la tarde, cuando se interrumpió momentáneamente el deseo que lo había atormentado durante todo un año. Como un infierno bien conocido, imaginó que la besaba a la fuerza y la tumbaba violentamente en el suelo en medio de los gritos de la gente que había en el restaurante. Bajó los ojos, tragó un bocado y le preguntó luego:

—¿Por qué no comes carne? Siempre tuve ganas de preguntártelo, pero nunca lo hice.

Ella detuvo los palillos con los que estaba a punto de llevarse a la boca un puñado de brotes de frijoles mungo y se lo quedó mirando.

—Si prefieres no contestar, puedes no hacerlo —agregó él, luchando contra las imágenes lujuriosas que continuaban desarrollándose en un rincón de su cabeza.

—No, no me importa hablar de ello, pero seguramente no lo entenderías —respondió ella impasible, masticando los frijoles—. Es por los sueños.

—¿Los sueños? —repitió él.

—Sí, porque tengo pesadillas… Por eso no como carne.

—¿Qué sueñas?

—Caras.

—¿Caras?

Ante su expresión de no entender nada, ella se rio por lo bajo con un deje sombrío.

—Ya te he dicho que no lo entenderías.

Él no se atrevió a preguntarle por qué se había desnudado el pecho bajo el sol, como un animal imitante que realizara la fotosíntesis. ¿Eso también se debía a los sueños?

Aparcó el coche delante de la casa de ella y se bajó del vehículo.

—Muchas gracias por todo —le dijo.

Ella le replicó con una sonrisa. Tenía una forma callada de expresarse que la hacía parecer juiciosa, semejante a la de su mujer. Parecía una mujer completamente normal. «Mejor dicho, ella es normal de verdad», pensó, «el que está loco soy yo».

Le saludó con un movimiento de cabeza y entró en el edificio. Él esperó a que se encendiera la luz, pero la ventana de su casa no se iluminó. Puso en marcha el motor del automóvil dibujando en su cabeza la habitación a oscuras y a ella metiéndose debajo del edredón desnuda y sin ducharse. Un cuerpo lleno de espléndidas flores en toda su plenitud, el cuerpo que había tenido a su lado hasta hacía pocos minutos y al que no le había tocado un solo pelo.

Le asaltó un dolor acuciante.

*

Exactamente a las nueve y veinte tocó el timbre del apartamento 709.

—Jiwu estuvo esperando a su mamá hasta hace un rato, pero ahora está dormido —le dijo en voz baja la mujer que le abrió la puerta.

Una piña con el pelo atado en dos coletas, que estaría en primer o segundo grado de la escuela primaria, le alcanzó una grúa de plástico. Dándole las gracias, guardó el juguete en su bolso. Abrió primero la puerta del 710, que era su apartamento, y luego fue a coger con cuidado al niño dormido. Mientras cruzaba el pasillo frío, el camino hasta la cama le pareció interminable. El niño, que tenía cinco años, todavía se chupaba el dedo. Debió de despertarse ligeramente de su sueño, pues apenas lo acostó en su cama, se oyó en medio de la oscuridad de la habitación el desolado chupeteo.

Salió al salón y encendió la luz. Cerró con llave la puerta del apartamento y se sentó en el sofá. Se quedó pensativo un rato, pero

luego se levantó, abrió de nuevo la puerta y salió. Tomó el ascensor, llegó a la planta baja, se dirigió al coche que había dejado aparcado y se sentó en el asiento del conductor. Atrajo hacia sí el bolso, donde guardaba las dos cintas de seis milímetros y el cuaderno de bosquejos, y cogió el teléfono móvil.

—¿Y el niño? —preguntó su mujer con voz apagada.

—Está dormido.

—¿Ha cenado?

—Supongo que sí. Ya estaba dormido cuando fui a buscarlo.

—Está bien, llegaré a eso de las once.

—Jiwu está profundamente dormido… por eso yo…

—¿Qué?

—Voy a ir un momento al taller. Tengo que terminar un trabajo —su mujer no le respondió, así que siguió hablando—: No creo que Jiwu se despierte. Duerme profundamente. Suele dormir hasta la mañana sin despertarse, ¿no es cierto?

—…

—¿Me estás escuchando?

—Por favor…

Su mujer parecía estar llorando. ¿No había gente en la tienda? Era inaudito en ella, siempre tan consciente de las miradas de los demás.

—Vete si quieres —dijo por fin su mujer después de un rato, con una voz que denotaba sentimientos encontrados como nunca la había escuchado—. Cierro la tienda ahora mismo y voy para casa.

Colgó apenas terminó de hablar. Su mujer era una persona de modales cuidadosos y, por muy ocupada que estuviese, jamás colgaba ella primero. Él se quedó perplejo. Sintiéndose repentinamente culpable, vaciló un momento con el móvil en la mano. Pensó en volver a la casa y esperar a que llegara su mujer, pero enseguida cambió de parecer y encendió el motor del coche. Como no había tráfico a esa hora, llegaría en unos veinte minutos. Seguramente el niño no se despertaría durante ese tiempo. Sobre todas las cosas, no quería quedarse esperando solo en el apartamento en silencio y menos todavía encontrarse con la cara de tristeza que tendría su mujer.

Cuando llegó al taller, allí estaba solamente su compañero J.

—¡Qué tarde llegas hoy! Estaba a punto de irme ahora.

Se dijo para sus adentros que había hecho bien en venir a toda velocidad sin pensárselo dos veces. Como las cuatro personas que usaban el lugar eran noctámbulas, tenía pocas ocasiones para usar el taller él solo toda la noche.

Mientras J. recogía sus cosas y se ponía la gabardina, encendió el ordenador. Como si se sorprendiera, J. le dijo señalando las dos cintas que traía en la mano:

—¡Has estado trabajando!

—Ah… sí.

—La próxima vez me lo muestras, ¿sí? —le dijo sonriendo, sin hacer más comentarios.

—Está bien.

A manera de broma, J. se despidió haciendo el saludo militar y, para expresar que llevaba prisa, batió con fuerza los brazos como un pájaro y salió por la puerta. Eso lo hizo reír. Después pensó que hacía muchísimo tiempo que no se reía de ese modo.

*

Tras pasar toda la noche trabajando, sacó la cinta maestra y apagó el ordenador.

La filmación había salido mejor de lo que esperaba. Los rayos de luz, la atmósfera y los movimientos de Yeonghye destilaban un magnetismo que cortaba la respiración. Pensó durante un momento qué música le pondría de fondo, pero concluyó que era preferible un silencio semejante al vacío. La suave cadencia de su cuerpo, las flores abiertas cubriendo la piel desnuda y la mancha mongólica creaban una armonía silenciosa que traía a la memoria lo esencial y lo eterno.

Se concentró en la tarea de renderización fumándose un paquete entero de cigarrillos para luchar contra la tediosa espera que demandaba el proceso. Finalmente el trabajo quedó con una duración final de cuatro minutos y cincuenta y cinco segundos. El vídeo empezaba con sus manos pintando sobre su cuerpo, se producía un fundido a negro en la mancha mongólica y, después de mostrar el rostro de Yeonghye, sombreado e irreconocible como un desierto, otra vez la imagen se fundía en negro.

El agotamiento después de trabajar toda la noche, la impresión

de tener granos de arena metidos en todos los rincones del cuerpo, la extrañeza que le causaban todas las cosas a su alrededor… Eran todas sensaciones que no había experimentado en mucho tiempo. Escribió en el rótulo de la cinta maestra: «Mancha mongólica I: Flores nocturnas y flores diurnas».

Entonces las imágenes, que llevarían el título de «Mancha mongólica II» y que aún no se había atrevido a realizar —pero que en realidad era lo que más anhelaba hacer—, desfilaron ante sus ojos como el rostro de alguien añorado.

Un hombre y una mujer con los cuerpos pintados de flores copulando en medio de un silencio semejante al vacío. La entrega física total, la franqueza de los movimientos —por momentos violentos y por momentos suaves—, tomas de cerca de los genitales… Imágenes descarnadas, pero que por serlo de un modo tan extremo alcanzaban un punto de silenciosa depuración.

Se puso a pensar toqueteando la cinta maestra que tenía en la mano. Si tuviera que elegir a un hombre para filmar junto a su cuñada, él no podría ser. Se conocía de sobra el vientre arrugado, las carnes que le sobresalían por los costados y los contornos flácidos de sus nalgas y muslos.

Subió al coche, pero en lugar de dirigirse a su casa, fue hacia la sauna más cercana. Poniéndose la camiseta y los pantalones cortos de algodón blanco que le dieron en el mostrador, se miró en el espejo con ojos llenos de desaliento. Él no podía ser. ¿Entonces quién? ¿Quién haría el amor con ella? No iba a ser una película erótica, de modo que no pensaba grabar escenas de sexo fingido. El que fuera su pareja tenía que penetrarla de verdad para poder captar imágenes reales de los sexos unidos. ¿Quién podría ser? ¿Quién aceptaría hacer algo semejante? ¿Y cómo se lo tomaría su cuñada?

Supo que había llegado a un límite. Sin embargo, no podía detenerse. Mejor dicho, no quería hacerlo.

Trató de dormir en la sala de la sauna llena de aire caliente. En ese lugar agradablemente húmedo y caldeado, como si hubiera vuelto atrás en el tiempo a una noche de verano, se quedó acostado con los brazos y las piernas estiradas. Consumidas todas sus energías, esas imágenes que aún no había logrado envolvieron su cuerpo extenuado como un cálido y refulgente rayo de luz.

*

La vio antes de despertarse de su corto sueño. Su piel era de un verde claro pálido. Su cuerpo parecía una hoja recién caída de la rama, una hoja que aún no había comenzado a secarse, y estaba tumbada boca abajo ante él. En sus nalgas no estaba la mancha mongólica, pero tenía ese color verde claro difuminado por todo el cuerpo.

La volteó boca arriba. Un rayo de luz hiriente que parecía provenir de su rostro le iluminaba el torso, por lo que no podía ver más arriba de su pecho. Entreabrió sus piernas con las manos y supo por la cimbreante flexibilidad de sus muslos que no estaba dormida. Cuando la penetró, del sexo de ella comenzó a rezumar un líquido verdoso como de hojas machacadas. El olor a pasto, fragante y a la vez amargo, se fue haciendo tan acre e intenso que se le hacía difícil respirar. Cuando justo antes del orgasmo se apartó de ella, vio que su sexo estaba todo teñido de un color verduzco. El fragante líquido, que no sabía si provenía de ella o de él, había coloreado su vientre e incluso sus muslos con un tinte vegetal verdeazulado.

*

De nuevo ella se quedó callada al otro lado de la línea.

—Yeonghye…

—¿Sí?

Afortunadamente respondió sin hacerse esperar demasiado esta vez. ¿Había un deje de alegría en su respuesta? Le pareció percibirlo, pero no estaba seguro.

—¿Dormiste bien anoche?

—Sí.

—Esto… me gustaría preguntarte algo.

—Sí, dime.

—Lo que te pinté en el cuerpo, ¿se borró?

—No.

—Entonces, ¿podrías dejártelo un poco más? —preguntó él, después de exhalar un suspiro—. Por lo menos hasta mañana. Es que todavía falta hacer algo. Tendría que volver a filmarte.

¿Ella estaba sonriendo? ¿En verdad estaba esbozando una sonrisa al otro lado de la línea donde no podía verla?

—No quería que se borrase, por eso no me bañé —respondió ella sosegadamente—. Ahora que tengo estas pinturas en el cuerpo, ya no sueño. Me gustaría que me las volvieras a pintar cuando se me borren.

No podía comprender del todo lo que ella le estaba diciendo, pero apretó con más fuerza el auricular. «¡Ya está!», murmuró para sus adentros. Era posible que accediera. Quizá incluso accediera a todo lo que le pidiera.

—Si no tienes nada que hacer, ¿podrías volver mañana al atelier?

—Está bien.

—Pero va a venir alguien más. Un hombre.

—…

—A él también lo voy a pintar desnudo. ¿Te importa?

Se quedó esperando su respuesta. Según lo que había podido comprobar hasta ahora, en general sus silencios involucraban una respuesta afirmativa, así que no se intranquilizó.

—Está bien —dijo ella.

Colgó el auricular, y, con las dos manos entrelazadas, se puso a dar vueltas por la sala. El niño estaba en la guardería y su mujer en la tienda, así que la casa estaba vacía cuando llegó, a eso de las tres de la tarde. Había estado cavilando en cómo decírselo a su mujer, hasta que decidió llamar primero a su cuñada. Como no era algo que pudiera postergar indefinidamente, llamó por fin a su esposa.

—¿Dónde estás? —preguntó su mujer, con una voz que expresaba más confusión que frialdad.

—En casa.

—¿Terminaste el trabajo?

—Todavía no. Creo que voy a estar ocupado hasta mañana por la noche.

—Está bien… descansa un poco entonces.

La llamada se cortó. Pensó que se sentiría mejor si ella le gritara, se enfadara y le hiciera recriminaciones como hacían otras esposas. Lo sofocaba esa manera de resignarse con facilidad, dejando que los residuos de la resignación sedimentaran en forma de tristeza. Sabía que ese esfuerzo que hacía para comprender y tener consideración

hacia los demás era el aspecto bueno y a la vez débil de su mujer. También era consciente de que él era el egoísta e irresponsable. Sin embargo, al menos por ese instante, sintió ganas de defenderse y se dijo que la paciencia y la buena voluntad de su mujer lo asfixiaban y lo convertían en una persona peor de lo que era realmente.

Después de que pasase el torbellino de sentimientos de culpa, remordimiento y duda, marcó el número de móvil de J., tal como lo había planeado.

—¡Hola! ¿Vas a venir al taller esta noche? —le preguntó J.

—No —respondió él—. Ayer me pasé la noche en vela. Hoy pienso descansar un poco.

—¿Ah, sí?

J. mostraba la confianza, la juventud y la soltura que son propias de un hombre de algo más de veinticinco años. Dentro de su cabeza le quitó la ropa a su joven colega, quien, sin llegar a ser atlético, era delgado y de carnes prietas. No quedaría nada mal.

—Tengo un favor que pedirte.

—¿Cuál?

—¿Tienes tiempo mañana?

—Tengo un compromiso por la noche.

Sin entrar en detalles, le dio la dirección del atelier de su amigo.

—Con un par de horas será suficiente, no te ocupará toda la noche —le dijo y, siguiendo un impulso, agregó—: Ayer dijiste que querías ver mi trabajo, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió J. con entusiasmo.

—Entonces voy ahora mismo al taller. Espérame —dijo él y colgó.

Deseó que la cinta que había editado la noche anterior le gustara a J., que era todo un estilista, y despertara su curiosidad. J. tenía un carácter dócil y, siendo un favor que le pedía un colega con quien compartía el taller de trabajo, no podría rehusar fácilmente. Aunque era incierto, tuvo el presentimiento de que todo saldría bien.

*

J. llegó antes de la hora que le había señalado. Como la frase *Take it easy* que solía decir a menudo, J. era normalmente una persona distendida, pero ese día se veía algo intranquilo.

—¡Qué nervios tengo!

Le hizo una taza de café y volvió a desvestirlo en su cabeza. No estaba nada mal. Quedaría muy bien junto a ella.

Le mostró la cinta del día anterior y J. se excitó sobremanera:

—No lo puedo creer… ¡Es casi mágico! ¿Cómo pudo salir algo así de ti? La verdad es que había pensado que eras un simplista… Ah, perdona mi sinceridad.

En los ojos y la voz de J. se podía leer que había quedado profundamente impresionado con el vídeo.

—¿Cómo has podido cambiar tanto? ¿Cómo decirlo? Es como si un gigante te hubiera cogido y te hubiera puesto de repente en un mundo completamente nuevo. ¡Qué colores!

Aunque le molestó un poco la exaltada y sentimental profusión propia de su expresión juvenil, J. tenía razón. Si bien se podía apreciar la belleza de los colores en otras obras suyas, nunca habían brotado tantos de su interior. Parecía como si hubieran ido creciendo dentro de él hasta terminar por salir expulsados sin poder contener más su ímpetu. Era un sentido del color que no había experimentado nunca antes.

Pensó que había sido un ser sombrío y que había habitado un lugar de puras sombras. Si bien el mundo en blanco y negro en el que había estado viviendo era bello y apacible, ya no era un lugar al que pudiera retornar. Le parecía que había perdido para siempre la felicidad que proporcionaba esa serena paz. Sin embargo, no sentía la pérdida, pues el sobrellevar los estímulos y el dolor que le provocaba el intenso mundo en el que se encontraba ahora le robaba todas las energías.

Animado por el entusiasmo de J., finalmente pudo explicarle, con la cara sonrojada, lo que tanto deseaba. Cuando le pidió que fuera su modelo y le mostró el programa del espectáculo de danza que había visto y su cuaderno de bosquejos, J. se quedó aturdido.

—¿Por qué yo? Hay muchos modelos profesionales… y actores.

—Me gusta tu cuerpo. Un cuerpo demasiado formado no quedaría bien. Tú eres perfecto.

—¿Quieres que me ponga a hacer esas poses con esa mujer? Yo no puedo.

Para convencer a J., que se negaba rotundamente, le rogó, lo amenazó y lo tentó de diversas maneras.

—No lo sabrá nadie, ya que tu cara no saldrá. Además, ¿no tienes ganas de conocerla? Será una gran inspiración para tus propios trabajos.

J. pidió una noche para pensárselo y al día siguiente llamó para decir que lo haría. Sin embargo, como no le había dicho nada, no se imaginaba que lo que él quería de verdad eran escenas de sexo real.

—Está tardando un poco, ¿no? —dijo J., mirando por la ventana.

Él también se estaba inquietando. Yeonghye le había dicho que podía llegar sola, por eso no había salido a buscarla al metro y estaba esperándola en el atelier.

—Pues sí, creo que iré a buscarla.

Estaba a punto de ponerse la cazadora cuando se escuchó a alguien que golpeaba la puerta de cristal semitransparente.

—Ah, ya ha llegado.

J. dejó a un lado la taza de café.

Estaba vestida con los mismos pantalones vaqueros del otro día, pero esta vez tenía puesto un grueso jersey negro. Debía de haberse lavado la cabeza, pues sus largos cabellos negros y sin teñir todavía estaban mojados. Los miró a él y a J. fijamente y sonrió un poco.

—Me lavé con cuidado… para que no se borraran las flores —dijo tocándose el pelo.

J. sonrió. La apariencia de Yeonghye, más sencilla de lo esperado, parecía haberlo relajado un poco.

—Quítate la ropa.

—¿Yo? —preguntó J., abriendo por completo los ojos.

—Ella está lista, así que solo tengo que pintarte a ti.

Con una sonrisa azorada, J. se dio la vuelta y se desvistió.

—Quítate también los calzoncillos.

Vacilando un poco, se quitó la ropa interior y los calcetines. Como había imaginado, tenía un cuerpo delgado, sin músculos ni carnes de más. Salvo por el espeso vello púbico que le brotaba desde el ombligo hasta la parte superior de los muslos, tenía una piel blanca y sedosa. Hasta sintió envidia de J.

Igual que lo había hecho con ella, le ordenó que se pusiera boca abajo y comenzó a pintarle flores a partir de la nuca. Esta vez eligió tonos azulados. Con un pincel grueso y con la mayor rapidez posible, le pintó con trazos ligeros hortensias violáceas, cuyos

pétalos se caían como si soplara un viento fuerte.

—Date la vuelta.

Pintó en torno a su sexo una enorme flor escarlata, de un color rojo intenso como la sangre, como si el pubis fuera la base negra de la flor y el pene el pistilo. Ella estaba sentada en el sofá, sorbiendo su café y mirando atentamente su trabajo. Cuando su pincel se detuvo, descubrió que el sexo de J. estaba ligeramente duro.

Tomándose un respiro, se levantó y puso una cinta de vídeo nueva, aunque todavía quedaba mucho espacio en la anterior.

—Desvístete —le dijo a ella, dándose la vuelta.

Se desnudó de inmediato. Aunque el día no era tan soleado como la otra vez, la flor dorada que había dibujado en medio de su pecho refulgía brillante. A diferencia de J., ella se veía imperturbable. Parecía decir que le era más natural estar desnuda que vestida. No le pasó desapercibida la expresión de tenso embeleso que puso J., que estaba sentado con las rodillas levantadas.

Aunque no se lo pidió, ella se acercó a J. Como si imitara su pose, se sentó sobre la sábana blanca con las rodillas también levantadas. Su cara en silencio y su espléndido cuerpo creaban un contraste triste.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó J.

Quizá debido a la presión que sentía para liderar la situación, la cara de J. seguía sonrojada, pero su sexo estaba otra vez flácido.

—Siéntala sobre tus rodillas.

Se acercó a ambos con la cámara de vídeo. Cuando ella se sentó en las rodillas de J., le indicó a él en voz baja:

—Acércala más a ti.

Con manos temblorosas, J. la atrajo por los hombros.

—¡Mierda! ¿No lo has hecho nunca? ¡Actúa un poco! Tócale los pechos.

J. se limpió la frente con la mano. Entonces ella se dio la vuelta con lentitud y se sentó mirándolo. Con una mano lo abrazó del cuello y con la otra comenzó a acariciar la flor roja de su pecho. Transcurrió un tiempo que no sabría precisar, durante el cual solo se oyó la respiración de los tres. Como si hubiera visto los bosquejos que él había dibujado, ella entrelazó su cuello al de J., como los pájaros cuando se acarician.

—Bien, muy bien.

Filmó la escena desde distintos ángulos. Por fin encontró el que más le gustaba.

—Bien… sigue… acuéstate superponiendo tu cuerpo al suyo.

Ella empujó suavemente a J. sobre la sábana poniéndole la mano en el pecho. Extendiendo los dos brazos, bajó las manos hacia su vientre, acariciando cada uno de los pétalos de la flor escarlata. Él se dirigió con la cámara hacia su espalda y filmó las flores de color vino abiertas en todo su esplendor y la mancha mongólica, que se agitaba según los movimientos de su cuerpo. «¡Esto es precisamente!», pensó para sus adentros apretando los dientes. «Si pudieran seguir adelante un poco más…».

El sexo de J. estaba ya crecido a más no poder y, como azorado por ello, su rostro estaba fuertemente contraído. Ella se puso boca abajo encima de él, superponiendo su pecho al de J. Sus nalgas, en cambio, estaban levantadas. Él los filmó desde los lados. El espacio en blanco que había entre la cintura de ella arqueada como un gato y el ombligo y el pene firmemente erecto de J. en el medio creaba una atmósfera grotesca, como de enormes plantas haciendo el amor. Cuando ella se irguió suavemente y se sentó sobre el vientre de J., él preguntó tartamudeando:

—No será… no será que…

—¿Podrías hacerlo? —preguntó él, mirando alternativamente a ella y a J.

Ella no se inmutó, pero J. se echó hacia atrás empujando a Yeonghye, como si se hubiera quemado con algo caliente.

—¿Qué es esto? ¿Quieres filmar una película porno? —dijo, escondiendo su sexo entre las rodillas levantadas.

—Si no quieres, no pasa nada. Pero si de manera natural pudieras hacerlo…

—Yo no puedo —dijo J., levantándose.

—Espera un momento. No te pediré nada. Simplemente quédate quieto como hasta ahora.

Se lo dijo agarrándole del hombro. Sin darse cuenta, se lo apretó tan fuerte que J. se deshizo de su mano dando un grito.

—Vamos… por favor. Te lo pido.

Se lo dijo con un tono de tanto apremio y ruego que J. pareció aplacarse un poco.

—Te comprendo… Yo también trabajo en lo mismo que tú. Pero esto no puede ser. ¿Quién es ella? No parece una puta ni nada parecido. Y aunque lo fuera, no está bien hacer esto.

—Está bien. Te entiendo perfectamente. Discúlpame…

J. volvió a tenderse sobre la sábana, pero la atmósfera de excitación y voluptuosidad de hacía un rato había desaparecido por completo. Como si estuviera cumpliendo un castigo, la abrazó y la acostó con el rostro endurecido. Cuando sus cuerpos se superpusieron como dos pétalos, ella cerró los ojos. Si J. hubiera estado dispuesto, ella habría accedido sin decir palabra. Estaba seguro de ello.

—Muévete un poco.

Con lentitud, como si lo hiciera obligado, J. balanceó su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, fingiendo hacer el amor con ella. Vio cómo las plantas de los pies de Yeonghye se arqueaban y ella se abrazaba anhelante a la cintura de J. Su cuerpo estaba elocuentemente vivo y excitado, hasta tal punto que compensaba de sobra la apatía de J. Durante los cerca de diez minutos que estuvieron en esa pose, y que a él le parecieron demasiado cortos, pero que a J. debieron de parecerle interminables, grabó en la cinta excelentes imágenes desde todos los ángulos.

—¿Ya está? —preguntó J., rojo hasta la coronilla, no ya de excitación sino de embarazo.

—Una más… Te prometo que es la última —le dijo tragando saliva con la boca seca—. Esta vez por detrás, con ella a cuatro patas. De verdad que es la última toma. Es la más importante, así que no me digas que no.

J. se rio con una carcajada que sonó a llanto.

—Ya está bien. ¡Basta! Detente antes de que esto se convierta en una porquería. Ya ha sido suficiente inspiración. Ahora ya sé lo que sienten los actores pornográficos. De verdad que esto es horrible.

J. comenzó a vestirse, rechazando la mano que intentaba detenerlo. Él apretó los dientes viendo cómo el torbellino de flores, su obra, de la que aún no se había hastiado, era sepultada debajo de una camisa incolora.

—… no es que no lo entienda, así que no me digas que soy un mojigato. Hoy me he dado cuenta de que soy una persona mucho más decente de lo que creía. Acepté por curiosidad, pero esto es

demasiado para mí. Será que debo abrir más mi mente y todo lo que quieras…, pero necesito más tiempo. Lo siento mucho.

No había duda de que había sinceridad en la catarata de palabras que expulsó J., e incluso hasta parecía algo herido. Después de saludarlo a él con una inclinación de cabeza y de lanzarle una mirada formal a ella, que estaba de pie cerca de la ventana, se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

*

—Lo siento.

Cuando el coche de J. se puso en marcha con estrépito y se alejó del lugar, él se disculpó con Yeonghye, que recogía su jersey para ponérselo encima. No respondió. Después de meter las piernas en los pantalones, lanzó una risita al vacío con la mano sobre el cierre.

—¿Por qué te ríes?

—Estoy toda mojada…

Con la cabeza aturdida como si hubiera recibido un golpe, la observó con detenimiento. Con una expresión de turbación real, estaba de pie con las piernas ligeramente abiertas, sin poder subir ni bajarse la cremallera. Entonces se dio cuenta de que todavía tenía en las manos la cámara de vídeo. Después de dejarla en el suelo, caminó a pasos largos hasta la puerta por donde había salido J. y la cerró. No contento con cerrarla con llave, corrió el pasador de seguridad que estaba más arriba. A continuación, casi corriendo, se acercó a ella y se desplomó sobre la sábana con ella en brazos. Cuando le bajó los pantalones hasta las rodillas, ella habló:

—No quiero.

No solo lo rechazó con las palabras sino que lo empujó con todas sus fuerzas, se puso de pie y se subió los pantalones. Él vio desde el suelo cómo se subía la cremallera y se abrochaba el botón final. Sin rendirse, se levantó del suelo y la arrinconó contra la pared. Su cuerpo estaba todavía caliente. Cuando apretó sus labios contra los suyos y quiso introducirle la lengua a la fuerza, ella volvió a rechazarlo con violencia.

—¿Por qué no quieres? ¿Porque soy tu cuñado?

—No es eso.

—¡Dijiste que estabas mojada!

—…

—¿Es porque te gusta ese cretino?

—No es eso. Es por las flores…

—¿Las flores?

En un instante ella palideció mortalmente. Su labio inferior, que se había puesto rojo porque se lo había mordido con fuerza, temblaba de un modo casi imperceptible. Volvió a hablar pausadamente.

—De verdad que tenía ganas de hacerlo… Nunca he sentido unas ganas tan fuertes. Las flores que cubrían su cuerpo… Eso me excitó hasta ese punto. Eso es todo.

Él se quedó mirando cómo le daba la espalda y caminaba con paso decidido hacia la puerta. Al verla calzándose descuidadamente las zapatillas, exclamó en voz alta:

—Entonces… —le dijo, dándose cuenta de que su voz sonaba como un alarido—… Si me pinto flores en el cuerpo, ¿me aceptarás?

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente. Sus ojos parecían decirle que sí, que entonces no habría ninguna razón para no hacerlo. Por lo menos, así lo entendió él.

—¿Y te importaría… que lo filmara?

Ella esbozó una sonrisa. Una sonrisa leve, como si no se negara a nada, como si no sintiera ninguna necesidad de hacerlo. O quizá, como si se burlara de él en silencio.

*

«Tengo ganas de morirme».

«Tengo ganas de morirme».

«Entonces muérete».

«Muérete».

Sin saber por qué le corrían las lágrimas, se aferró con fuerza al volante. Puso varias veces en movimiento el limpiaparabrisas hasta que se dio cuenta de que lo que estaba borroso no era el vidrio sino sus ojos. No podía entender por qué la frase «tengo ganas de morirme» salía expulsada continuamente de su cerebro como un conjuro. Tampoco sabía por qué la respuesta «entonces muérete» lo asaltaba a continuación, como si alguien dentro de sí mismo

escuchara sus palabras y las contestara. Y tampoco podía comprender por qué esas palabras, que parecían un diálogo de terceros, tenían la propiedad de calmar su cuerpo tembloroso como si fueran un sortilegio.

Le parecía que el pecho, mejor dicho, el cuerpo entero le ardía, por eso abrió las dos ventanillas. Corrió por la autopista en medio del viento nocturno y el fragor de los otros automóviles. El temblor que comenzó en sus manos se extendió al resto de su cuerpo, haciendo que apretara el acelerador con los dientes castañeteando. Sobresaltándose cada vez que echaba un vistazo al indicador de velocidad, se frotó los ojos con los dedos convulsos.

*

Vestida con un vestido negro y una chaqueta de punto blanca, P. abandonó el edificio de apartamentos. Después de cuatro años saliendo con él, se había casado con un excompañero de la escuela primaria que había aprobado las oposiciones a magistratura. Gracias al apoyo económico de su marido, P. llevaba sin problemas su matrimonio y su trabajo artístico. Había realizado varias exposiciones individuales, era bastante apreciada entre los coleccionistas del barrio elegante de Gangnam y la seguían a todas partes la envidia y la calumnia a la par.

P. reconoció enseguida el automóvil con las luces intermitentes encendidas.

—Sube al coche —le dijo él, bajando el vidrio de la ventanilla.

—Aquí hay muchas personas que me conocen, empezando por el portero. ¿Qué te ocurre? Para colmo a estas horas…

—Sube rápido. Tengo que hablarte.

Después de que P., sin mucho convencimiento, subiese al coche y se sentase en el asiento de al lado, la saludó:

—Hola, hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿no? Disculpa que te haya llamado tan intempestivamente.

—Sí, muchísimo tiempo. Esto no es propio de ti. Y no creo que hayas venido porque me echaras de menos.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo nervioso, pasándose la mano por la frente.

—Dime.

—Es largo de explicar. Mejor vamos a tu atelier. Está cerca de aquí, ¿no?

—Está a cinco minutos andando… Pero, ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó ella alzando la voz, sin poder contener su carácter impulsivo.

Él se alegró de sentir la vitalidad de una mujer temperamental, aunque en otros tiempos eso hubiera sido arduo de manejar. Le dieron ganas de abrazarla. Sin embargo, no era más que el recuerdo sentimental de viejos tiempos. En su cuerpo todavía ardía el deseo que sentía por su cuñada, como un incendio avivado con gasolina. Después de llevarla a su casa, le había dicho «Espera un poco, enseguida estaré de vuelta» y, a continuación, había ido a toda velocidad hasta allí, en busca de la persona que pudiera realizar las pinturas con la calidad que deseaba y que, conociendo su cuerpo desnudo, accediera a hacerle ese favor urgente.

—Tienes suerte de que mi marido tenga que trabajar hoy toda la noche. ¿Qué hubiera pensado si no? —dijo P., encendiendo la luz de su atelier.

—Mira los bosquejos de los que te he hablado.

—¡Muy interesantes! Es asombroso, no sabía que tuvieras este manejo de los colores —manifestó ella, después de observar con detenimiento los dibujos. Y acariciándose el mentón, agregó—: Pero este no es tu estilo. ¿Podrías exponer esto? ¿Acaso no te llamaban «el cura»? Tenías la imagen de un cura concienciado, de un sacerdote muy recto… A mí me gustaba eso —dijo ella, mirándolo fijamente a través de sus gafas de carey, y continuó diciendo—: Buscas un cambio, ¿verdad? ¿Pero no te parece que es demasiado violento? Aunque, claro, yo no soy la más indicada para opinar…

No queriendo enzarzarse en una discusión con P., comenzó a desvestirse en silencio. P. estaba un poco sorprendida, pero enseguida pareció resignarse y se puso a mezclar los colores en la paleta.

—Hacía mucho tiempo que no veía tu cuerpo —comentó ella, mientras elegía un pincel.

Él se alegró de que P. no se riera. Si ella hubiera esbozado una sonrisa, aunque fuera sin intención, a él le habría parecido la más cruel de las burlas.

P. pintó su cuerpo con mucho celo. El contacto del pincel era

frío, pero producía cosquillas y un hormigueo semejante a la más insistente y eficaz de las caricias.

—Trataré de que no salga mi estilo. Ya sabes, a mí también me gustan las flores y las he pintado mucho. Tus dibujos tienen mucha fuerza. Intentaré reflejar eso.

Cuando por fin ella dijo «Creo que ya está», era bien pasada la medianoche.

—Gracias —dijo él temblando, debido a que había estado largo tiempo desnudo y tendido en el suelo.

—Si tuviera un espejo, me gustaría que te vieras. Es una lástima que no tenga ninguno.

Él se miró el pecho, el estómago, las piernas con la piel de gallina y su sexo, que tenía pintada una enorme flor roja.

—Me gusta. Pintas mejor que yo —le dijo.

—No sé qué te parecerá la espalda. En tus bosquejos, parece que le has dado más importancia a esa parte.

—Seguro que estará bien. Lo has hecho tú.

—He tratado de imitar en lo posible tus trazos, pero creo que igual se nota que es mi pincel.

—Muchas gracias de nuevo.

—Para serte sincera, cuando te desvestiste, me excité un poco… —dijo ella, riéndose por primera vez.

—¿Y ahora? —preguntó él sin prestarle demasiada atención, mientras se vestía a toda prisa. Al ponerse la cazadora, dejó de sentir frío, pero su cuerpo seguía todavía rígido.

—Pues, ahora…

—¿Qué?

—Me das un poco de pena. Al ver tu cuerpo pintado de flores… sentí lástima. Nunca había sentido algo semejante por ti —diciendo esto, se acercó a él y le abrochó el botón superior de la camisa—. Me vas a dar un beso, ¿no? Después de hacerme salir a estas horas de la noche…

Antes de que pudiera responder algo, ella lo besó. Sintió en sus labios el recuerdo de miles de besos semejantes. Tuvo ganas de llorar, pero no supo si era por la añoranza y la amistad o por el miedo que sentía por los límites que estaba a punto de cruzar.

*

Como era muy tarde, tocó suavemente con los nudillos en lugar de pulsar el timbre. Antes de que hubiera una respuesta, probó a empujar la puerta. Como lo había supuesto, estaba abierta.

Avanzó hacia el oscuro interior. Se filtraba la iluminación del poste de la luz de la calle por la ventana del balcón, así que podía vislumbrar los contornos de los objetos. De todas maneras, su pie tropezó con el mueble zapatero.

—¿Duermes?

Dejó en el suelo del vestíbulo el equipo de filmación que cargaba en ambas manos y hombros. Se quitó los zapatos y dio unos pasos en dirección a donde estaba el colchón. Entonces divisó vagamente una figura sentada. Aunque estaba oscuro, supo que era ella y que estaba desnuda. Levantándose, se adelantó hacia él.

—¿Enciendo la luz? —preguntó él, con la voz enronquecida.

—Hueles muy bien, hueles a pintura —respondió ella en voz baja.

Exhalando un quejido, él corrió hacia ella. Se olvidó por completo de la iluminación y de la cámara. Lo dominaba únicamente un impulso ciego.

Lanzando una especie de gruñido, la tumbó en el suelo. Con una mano aprisionó uno de sus pechos y con la boca le succionó indiscriminadamente la boca y la nariz, al mismo tiempo que comenzaba a desabrocharse la camisa. Los últimos botones saltaron al suelo al tirar de ellos con impaciencia.

Una vez que se quedó desnudo, le abrió con fuerza las piernas y se introdujo en ella. Escuchó el jadeo de una bestia, unos gemidos semejantes a aullidos. Cuando se dio cuenta de que era él quien producía esos sonidos espeluznantes, lo recorrió un escalofrío. Hasta entonces nunca había emitido sonidos cuando había tenido sexo, pues siempre había pensado que solo las mujeres gemían haciendo el amor. En ese cuerpo empapado, que lo apretaba con formidables contracciones, derramó su semen como si perdiera el conocimiento.

*

—Lo siento —dijo él, tanteando el rostro de Yeonghye sumergido en la oscuridad. En lugar de responder, ella lo mordió suavemente.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó ella, con voz serena.

—¿Por qué?
—Quiero verte bien.
Se levantó y fue en dirección al interruptor. Había sido una cópula unilateral que no había durado ni cinco minutos, así que no estaba nada cansada.
Al iluminarse la habitación, él se tapó los ojos con las dos manos. Al cabo de un rato, cuando se apaciguó el deslumbramiento, las bajó. Entonces la vio a ella, que estaba apoyada contra la pared. Las flores que llenaban su cuerpo continuaban siendo hermosas.
Repentinamente tomó conciencia de sí y se apretó las carnes flácidas de su vientre con las palmas de las manos.
—No te tapes. Me gusta. Parecen pétalos arrugados.
Se acercó lentamente y se agachó. Como lo había hecho con J., extendió los dedos y comenzó a acariciar las flores pintadas en el pecho de él.
—Espera —le dijo él, y levantándose se dirigió hacia el vestíbulo.
Desnudo como estaba, extendió el trípode a una altura baja y fijó sobre él la cámara de vídeo. Levantó el colchón y lo puso contra el balcón. En su lugar, extendió la sábana blanca. Como lo había hecho en el atelier de su amigo, instaló la iluminación cerca de los pies.
—Acuéstate.
Cuando ella se tumbó en el suelo, él ajustó la cámara en dirección a donde estarían ubicados los cuerpos entrelazados.
Estaba estirada bajo la luz cegadora. Con cuidado, se puso encima de ella. ¿Parecerían sus cuerpos dos flores solapadas como había ocurrido cuando estuvo con J.? ¿Parecerían la mezcla en un solo cuerpo de flores, animales y seres humanos?
Cada vez que cambiaba de postura, ajustaba la colocación de la cámara. Antes de hacerlo por detrás, la posición que J. se había negado a adoptar, la grabó largo rato y de cerca a cuatro patas y con las nalgas levantadas. Después la penetró, siguiendo cada uno de sus movimientos a través de la pantalla externa de la cámara.
Todo resultó perfecto, tal como lo había planeado. Sobre la mancha mongólica de ella, su flor roja se había movido rítmicamente, cerrándose y abriéndose. Semejante a un enorme estambre, su pene había entrado y salido del cuerpo de ella. Lo

recorrió un escalofrío. Había sido la espeluznante unión de las más abominables y las más hermosas imágenes a la vez. Cada vez que cerraba los ojos, le parecía ver el pegajoso líquido vegetal verde de sus sueños que le mojaba la entrepierna, el vientre y los muslos.

En la última posición, él se puso boca arriba y ella subió encima. Otra vez ajustó la cámara para que tomara su mancha mongólica.

«Que sea eterno, que no termine nunca…». Cuando su cuerpo se estremeció de insoportable satisfacción, ella estalló en un sollozo. Durante unos treinta minutos no había exhalado un solo gemido. Sus labios temblaban a cada momento y le había transmitido su intenso gozo a través de los estremecimientos de su cuerpo con los ojos cerrados casi todo el tiempo. Era el momento de poner fin a la filmación. Levantó su torso y, todavía con ella en brazos, se acercó a la cámara, y, tanteando con los dedos, apagó el aparato.

Sin culminación ni fin, las imágenes debían repetirse en el silencio, en el goce, en el infinito, por eso la filmación debía acabar en ese instante. Esperó a que su llanto se calmara y luego volvió a acostarla en el suelo. En los últimos minutos de sexo, ella hizo castañetear los dientes, lanzó gritos ásperos y agudos, escupió resoplando «basta…» y se puso a llorar nuevamente.

Y finalmente todo quedó en silencio.

*

Envueltos en la violácea oscuridad de la madrugada, él le lamió largamente las nalgas.

—Me gustaría que se me quedara en la lengua.

—¿Qué?

—La mancha mongólica —cuando ella se dio la vuelta y lo miró con una ligera expresión de sorpresa, él le preguntó—: ¿Cómo es que todavía tienes esto en tus nalgas?

—No lo sé. Yo creía que todo el mundo la tenía, pero un día fui a una sauna pública y vi… que solo yo la tenía.

Él le acarició la mancha con la mano que tenía abrazada a su cintura. Pensó que le gustaría compartir esa mancha semejante a un sello. «Me gustaría devorarte, derretirte y hacer que circules por mis venas».

—¿Dejaré de soñar esas pesadillas? —murmuró ella, con una voz

apenas audible.

—¿Qué pesadillas? Ah, esas caras… Hablaste de unas caras… —respondió él, mientras sentía que lo iba invadiendo el sueño—. ¿Qué cara es? ¿De quién es la cara?

—Siempre es diferente. A veces es una cara muy conocida y otras veces es completamente desconocida. En algunas ocasiones aparece toda ensangrentada… y otras veces parece un cadáver agusanado y putrefacto.

Levantando los párpados, que le pesaban como plomo, él la miró a los ojos. Como si no sintiera cansancio alguno, las pupilas de ella se agitaban bajo la tenue luz de la madrugada.

—Creí que era por la carne —siguió diciendo—. Creí que si no comía carne, no aparecerían más esas caras en mis sueños. Pero no fue así…

Él pensó que debía prestar atención a sus palabras, pero los ojos se le cerraron involuntariamente.

—… ahora entiendo, ahora sé que es la cara de mi vientre. Es la cara que sube desde mi vientre.

Escuchando sus palabras ininteligibles como si fueran una canción de cuna, se durmió cayendo en picado.

—… ya no tengo miedo… creo que ya no tendré miedo.

*

Cuando se despertó, ella seguía durmiendo.

Brillaba el sol. Sus cabellos estaban despeinados como la crin de un animal y las sábanas arrugadas envolvían sus piernas. Su olor, un olor picante y ácido, mezclado con otro dulce y a la vez nauseabundo y amargo, semejante al que despide el cuerpo de un niño recién nacido, inundaba la casa.

¿Qué hora sería? Sacó el móvil de la cazadora que había dejado tirada. Era la una de la tarde. Se había dormido a eso de las seis de la madrugada, así que había descansado como un tronco durante siete horas. Se puso los calzoncillos y los pantalones y, pensando que debía guardar el equipo, recogió los focos y el trípode. Sin embargo, no encontró por ninguna parte la cámara de vídeo. Recordaba haberla puesto a resguardo cerca del vestíbulo después de terminar la filmación por temor a tropezar con ella, pero había

desaparecido.

Pensando que quizá Yeonghye se había levantado por la mañana y la había puesto en otra parte, se encaminó hacia la cocina. Delante del separador de ambientes, antes de doblar hacia el fregadero, había un objeto blanco que llamó su atención. Era una cinta de seis milímetros. «Qué extraño», pensó levantándola. Al ir más allá del separador, descubrió a una mujer con la cara hundida sobre la mesa. Era su esposa.

A su lado había una pila de envases herméticos envueltos con un pañuelo y en las manos sostenía el móvil. La cámara de vídeo estaba abierta y tirada debajo de la mesa. Aunque debía haber oído el ruido que había hecho al acercarse, no se movió en lo más mínimo.

—Que… querida… —musitó él, sintiendo un fuerte mareo, sin poder creer que se encontrara en semejante situación.

Justo entonces ella alzó la cabeza y se levantó. No fue para acercarse a él sino para evitar que él se acercara a ella, como enseguida pudo constatar. Su mujer abrió por fin los labios y habló en voz baja:

—Como Yeonghye no me llamaba… pasé antes de ir a la tienda. Es que hice varios platos de verduras para ella —dijo, con una voz sumamente tensa y esforzándose por conservar la calma, como si se justificara.

Él conocía bien ese tono. Cuando su mujer quería esconder a toda costa sus sentimientos, hablaba con ese tono lento y bajo, que denotaba un ligero temblor. Ella siguió explicándose:

—… entré porque la puerta estaba abierta… Vi a Yeonghye y me pareció tan extraño su cuerpo pintado que… A ti no te vi al principio, porque estabas de cara a la pared y cubierto con el edredón…

Se levantó un mechón del pelo con la mano que sostenía el móvil. Sus manos temblaban fuertemente y continuó diciendo:

—… pensé que Yeonghye se había conseguido un novio, que esas pinturas en el cuerpo eran un segundo ataque de locura. Pensé en marcharme… pero como no sabía con qué tipo de hombre se encontraba, pensé que debía protegerla… En el vestíbulo de entrada, vi la cámara, que me pareció conocida. Tal como me enseñaste alguna vez, rebobiné la cinta y… —dijo su mujer,

pronunciando cada palabra con mucha calma, dando a entender que estaba recurriendo a todo el autodominio de que era capaz para generar la valentía que necesitaba para seguir hablando—:… Y allí… estabas tú.

Sus ojos expresaban una conmoción, un miedo y una desesperación indescriptibles, pero su rostro mostraba una expresión casi impasible. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su torso desnudo despertaba repugnancia en su mujer y se puso a buscar su camisa a toda prisa.

Poniéndose las mangas de la prenda, que estaba tirada cerca del baño, le dijo:

—Querida, yo te lo explicaré todo. Sé que no es fácil de entender, pero…

—He llamado a la ambulancia —dijo ella, alzando la voz para interrumpirlo.

—¿Qué?

—Tú y Yeonghye necesitáis tratamiento —respondió ella, con la cara blanca de espanto y replegándose para evitarlo.

—¿Quieres mandarme a un hospital psiquiátrico? —preguntó él, transcurridos unos segundos, cuando por fin comprendió qué querían decir sus palabras.

Entonces sonaron unos crujidos donde se encontraba el colchón. Tanto él como su mujer contuvieron la respiración. Completamente desnuda, Yeonghye se libró de las sábanas para levantarse. Entonces vio las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer.

—¡Hijo de puta! —murmuró ella con voz queda, ahogando los sollozos. Y con los labios temblorosos, agregó—: Sabiendo perfectamente que ella no está bien… ¿Cómo pudiste…?

Como si en ese preciso instante se hubiera dado cuenta de que estaba su hermana en la casa, Yeonghye miró en dirección a la cocina con expresión ausente. Era una mirada sin ningún contenido. Por primera vez él pensó que sus ojos eran como los de un niño. Unos ojos que lo contenían todo y a la vez estaban vacíos, unos ojos que solamente un niño podía tener. No, quizá fuera la mirada de un ser que estaba en un estadio anterior todavía, la mirada de un ser que jamás ha guardado nada en sus pupilas.

Lentamente Yeonghye les dio la espalda y se acercó al balcón. Abriendo el ventanal, hizo que el aire fresco entrara de golpe. Él

pudo divisar la mancha mongólica de color verdoso y también los restos de su semen y su saliva endurecidos sobre su piel, como si fueran savia. De pronto sintió que había pasado por todo lo que se puede pasar en este mundo, que se había hecho viejo, que podía morirse en ese mismo instante sin sentir miedo alguno.

Ella asomó su pecho dorado y brillante por encima de la barandilla y abrió la entrepierna, donde tenía pintados abigarrados pétalos de color naranja. Parecía querer copular con el sol y con el viento. Él oyó la sirena de la ambulancia que se acercaba, los gritos y las exclamaciones, las voces de los niños y el revuelo de la gente reunida en la calle. También se oyeron pasos presurosos subiendo por las escaleras.

Podía correr hacia el balcón y saltar la barandilla donde se apoyaba ella para lanzarse al aire. Podía dejar que su cabeza se hiciera trizas en el suelo, dejándose caer de ese segundo piso. Podía hacerlo. Era la única manera de terminar limpiamente con todo. Sin embargo, se quedó clavado en su sitio, como si fuera el primer y el último instante de su vida. Se quedó con la mirada fija en el cuerpo desnudo de Yeonghye, que parecía una flor ardiendo y refulgía con una imagen más intensa que cualquiera de las que había tomado la noche anterior.

Los árboles en llamas

나무 불꽃

Ella está mirando la carretera mojada por la lluvia. Espera en la parada que está enfrente de la terminal de autobuses de larga distancia de Maseok. Enormes camiones pasan a toda velocidad, rugiendo con estrépito por el primer carril. La lluvia cae con tanta fuerza que parece que va a atravesar el paraguas que lleva sobre su cabeza.

No es muy joven. Tampoco se puede decir que sea bonita. Simplemente tiene una línea del cuello muy fina y una mirada afable. Se ha maquillado ligeramente de un modo natural y su blusa blanca de manga corta está limpia y sin arrugas. Gracias a esta pulcritud, que causa buena impresión a todo el mundo, la leve sombra que vela su rostro es casi imperceptible.

Sus ojos brillan brevemente, pues el autobús que está esperando ha hecho su aparición a lo lejos. Baja a la carretera y levanta el brazo. El autobús, que venía corriendo a toda velocidad, ralentiza la marcha.

—¿Va al Sanatorio Psiquiátrico Chukseong?

El conductor, de edad madura, asiente con la cabeza y le hace señas de que suba. Mientras busca un lugar para sentarse después de pagar el billete, se fija en la cara de los pasajeros. Todos la están mirando con atención. ¿Será una paciente o una visitante? ¿No tendrá algo raro? Con soltura hace caso omiso de las miradas, en las que se entremezclan la sospecha, la desconfianza, la aversión y la curiosidad.

Escurre el agua de su paraguas doblado. El suelo del autobús ya está mojado y luce un color negro brillante. Como el paraguas no ha podido protegerla del todo de la fuerte lluvia, su blusa y sus pantalones están también algo húmedos. El autobús corre a toda velocidad bajo la lluvia. Esforzándose por conservar el equilibrio, ella avanza hacia el fondo del vehículo. Se dirige hacia un asiento doble y se acomoda junto a la ventanilla. Saca un pañuelo de papel

de su bolso y limpia el vidrio empañado. Con la mirada sólida de quien ha estado mucho tiempo a solas, mira la lluvia que azota el cristal. Queda atrás el pueblo y se despliega a los lados del camino el verde bosque de finales de junio. La espesura de árboles sumergida en el fuerte aguacero parece un gigantesco animal soportando el rugido de la lluvia. Al acercarse al monte Chukseong, el camino se estrecha y se hace serpenteante. El bosque parece estar todavía más cerca y hacer ondular su cuerpo mojado. ¿En qué lugar de esta montaña habrían encontrado a su hermana Yeonghye hace tres meses? Después de seguir con la vista cada uno de los árboles que se agitan bajo la lluvia y de imaginar los oscuros espacios que esconden, aparta la vista de la ventanilla.

Dijeron que Yeonghye había desaparecido del sanatorio durante la hora de paseo libre que tenían entre las dos y las tres de la tarde. Hasta entonces solamente había nubarrones negros y no llovía, de modo que los pacientes con enfermedades leves salieron a caminar como todos los días. Supieron a las tres que Yeonghye no había vuelto, cuando las enfermeras pasaron lista. La lluvia había comenzado a caer en forma de gotas a esa hora. Todo el personal del sanatorio se puso en estado de alerta y los auxiliares se apostaron rápidamente en los puntos de circulación de autobuses y taxis. Una posibilidad era que la paciente desaparecida hubiera descendido en dirección a Maseok y la otra era que se hubiera internado en el monte.

Al caer la tarde, las gotas de lluvia se hicieron más gruesas y, debido al mal tiempo, el sol de marzo se ocultó más rápidamente. Fue una suerte que uno de los auxiliares que rastreaban minuciosamente los alrededores del monte encontrara a Yeonghye. Mejor dicho, fue casi un milagro, como le dijo el médico que atendía a su hermana. La habían encontrado inmóvil y de pie en una pendiente recóndita y apartada del monte, igual que si fuera uno de los árboles bajo la lluvia.

A eso de las cuatro de la tarde, ella se encontraba con su hijo Jiwu cuando recibió una llamada avisando de que Yeonghye había desaparecido. Hacía cinco días que la temperatura corporal del niño rondaba los cuarenta grados, así que estaban a punto hacerle una radiografía de los pulmones. Jiwu estaba solo en la sala de rayos X, mirando alternativamente al radiólogo y a su madre, como si

estuviera nervioso.

—¿Es usted Kim Inhye?

—Sí.

—Soy la enfermera de Kim Yeonghye.

Era la primera vez que la llamaban a su móvil del sanatorio donde estaba internada Yeonghye. Siempre había llamado ella primero para reservar una visita o preguntar cómo se encontraba su hermana. Con un tono calmado que ocultaba lo alarmante de la situación, la enfermera le explicó las circunstancias de su desaparición.

—Estamos haciendo todo lo posible para dar con ella, pero si encuentra la manera de llegar hasta usted, llámenos enseguida —terminó diciendo la enfermera, pero antes de colgar, preguntó—: ¿Existe la posibilidad de que vaya a alguna otra parte? A casa de sus padres, por ejemplo…

—Mis padres viven muy lejos… Si le parece necesario, yo me ocuparé de avisarles.

Después de cerrar el móvil y guardarlo en el bolso, entró en la sala de rayos X y abrazó a su hijo. El cuerpo del niño, que había perdido peso en esos días, seguía caliente.

—Mami, lo he hecho bien, ¿no? —preguntó el niño con la cara enrojecida por la fiebre y la expectativa de ser elogiado por su madre.

—Claro que sí. No te has movido nada.

Tras escuchar el diagnóstico del médico afirmando que no era pulmonía, cogió un taxi con Jiwu en brazos bajo la lluvia y volvió a casa. Se apresuró en bañarlo, darle de comer y hacerle tomar la medicina para acostarlo temprano. Su cabeza no estaba como para inquietarse por la desaparición de su hermana. El niño había estado enfermo durante cinco días, así que hacía cinco días que no dormía bien. Si no le bajaba la fiebre esa noche, tendría que internarlo en un hospital más grande al día siguiente. Estaba preparando un bolso con el seguro médico y algunas ropas del niño por si se presentaba una situación de emergencia cuando sonó de nuevo el móvil. Eran casi las nueve.

—¿La han encontrado? Menos mal. La visitaré la semana que viene, como estaba programado.

También dio las gracias con efusividad, pero debido al cansancio

su voz sonó ronca y confusa. Cuando colgó, cayó en la cuenta de que ese día había habido lluvias en todo el país. En otras palabras, que estaba lloviendo cuando encontraron a Yeonghye en la montaña.

No se explicaba cómo podía imaginarse perfectamente lo sucedido sin siquiera haberlo visto. Pasó toda la noche poniendo compresas frías en la frente del niño, que dormía respirando jadeante. Cayó dormida a ratos como si perdiera el conocimiento, vio el bosque moviéndose ondulante como un fantasma bajo la lluvia. La lluvia negra, el bosque negro, la bata blancuzca de paciente empapada, los cabellos mojados, la oscura ladera de la montaña, Yeonghye de pie como un alma en pena, amalgamada a la oscuridad y a la lluvia. Se tranquilizó por fin hacia la madrugada, cuando le tocó la frente al niño y sintió el contacto frío. Salió de la habitación y se quedó mirando la débil luz azulada que entraba por la ventana del balcón de la sala.

Se acurrucó de lado en el sofá tratando de dormir. Tenía que dormir, aunque solo fuera una hora antes de que se despertara Jiwu.

«Me puse cabeza abajo y entonces me empezaron a nacer hojas en el cuerpo y también me salieron raíces de las manos… Las raíces se fueron metiendo bajo la tierra… más y más… Y como estaba a punto de nacerme una flor en el pubis, abrí las piernas… las abrí bien…».

La voz de Yeonghye que escuchó en sueños era al principio baja y afable, luego, hacia la mitad, se hizo cándida como la de un niño y, finalmente, se deshizo en sonidos animales ininteligibles. Lina fuerte repulsión que no había sentido despierta la sobresaltó y le hizo abrir los ojos, pero enseguida volvió a quedarse dormida. Esta vez ella se encontraba de pie ante el espejo del salón. En el reflejo, su ojo izquierdo estaba sangrando. Enseguida levantó la mano para limpiarse, pero, cosa extraña, su imagen en el espejo no se movió y se quedó quieta contemplando cómo le caía la sangre del ojo.

La tos de Jiwu la hizo levantarse y caminar tambaleante hacia la habitación del niño. Borrando la imagen de Yeonghye, que había estado acurracada en un rincón de ese cuarto hacía mucho tiempo, cogió la mano que el niño extendía al aire como si tuviera convulsiones.

—Shh, no pasa nada, tranquilo —susurró, pero no estaba claro si se lo decía al niño para tranquilizarlo o a ella misma.

*

El autobús dobla en el camino en pendiente y se detiene ante una encrucijada. Al abrirse la puerta delantera, ella baja los escalones del vehículo y abre el paraguas. Es el único pasajero que se ha bajado en esa parada. El autobús se pone rápidamente en marcha y se aleja por el camino lluvioso.

Después de tomar en la encrucijada el camino estrecho que cruza la pendiente y atravesar un túnel de unos cincuenta metros de largo, aparece en medio de las montañas el pequeño sanatorio. Aunque la lluvia ha amainado un poco, todavía caen gotas bastante fuertes y continuas. Se inclina para arremangarse los pantalones y ve la hierba carnicera abatida sobre el asfalto. Se acomoda al hombro la tira del voluminoso bolso y, tapándose bien con el paraguas, se encamina hacia el sanatorio.

Ahora va todos los miércoles para ver cómo sigue Yeonghye, pero antes de que su hermana desapareciera y la encontraran bajo la lluvia, hacía este trayecto solo una vez al mes. Ese camino, que recorría llevando frutas, pasteles de arroz, tofu relleno y cosas semejantes, apenas era transitado por personas o vehículos, por lo que era muy silencioso. Cuando entraba en la sala de visitas que estaba al lado de la oficina de la administración y desplegaba sobre una mesa todos los alimentos que había traído, Yeonghye se los comía masticando y tragando en silencio como una niña aplicada haciendo la tarea. Si le acomodaba el pelo detrás de la oreja, Yeonghye levantaba los ojos y le sonreía. Eran instantes que le hacían pensar que no había ningún problema. ¿Por qué no continuar indefinidamente con esta vida? En este lugar Yeonghye hablaba cuando quería y si no quería comer carne, no lo hacía. ¿No bastaba con que ella fuera a verla de vez en cuando?

Yeonghye era cuatro años menor que ella. Quizá debido a la diferencia de edad, habían crecido sin las peleas que son tan comunes entre las hermanas. Desde los años de infancia, en los que eran castigadas con cachetadas por la mano pesada del padre, Yeonghye había sido para ella alguien a quien debía cuidar

continuamente, alguien que le suscitaba un sentimiento de responsabilidad que se asemejaba al instinto maternal. Había presenciado con asombro cómo la pequeña, que siempre tenía los talones sucios de mugre y se le ponía roja la nariz por el sarpullido estival, crecía y se casaba. Lo único que lamentaba, no obstante, era que hablaba cada vez menos a medida que se hacía mayor. Ella también tenía un carácter circunspecto, pero podía ser alegre y afable según las circunstancias. En cambio, era difícil saber qué sentía y pensaba Yeonghye. Tan difícil era que por momentos la sentía como a una extraña.

Por ejemplo, el día que nació Jiwu, cuando fue al hospital a conocer a su sobrinito, en lugar de felicitarla, se había limitado a decir en un murmullo:

—Es la primera vez que veo a un bebé tan pequeño… ¿Son todos así cuando nacen…? ¿Podrás ir sola con él en brazos hasta donde vive mamá? El coche lo conducirá tu marido… Si quieres, yo te podría acompañar…

Se sintió agradecida por su amable propuesta, pero, cosa rara, no reconoció la silenciosa sonrisa que afloró en los labios de su hermana. Como si del mismo modo que ella la sentía por momentos como a una extraña, Yeonghye también la sintiera así. Siempre que tenía ante sí su rostro, que más que serenidad transmitía una desolación absoluta, se quedaba sin saber qué decir. Si bien no se parecía en nada a la actitud melancólica de su marido, en cierta manera ambos la descorazonaban de la misma manera. ¿Sería quizá porque ambos hablaban poco?

*

Entra en el túnel. Debido al mal tiempo, está más oscuro que de costumbre. Cierra el paraguas. Camina escuchando sus pasos, que retumban con fuerza. Desde la pared, de donde parece rezumar húmeda la oscuridad, vuela hacia ella una enorme polilla moteada de especie desconocida. Se detiene un instante para contemplar su aleteo. La polilla, que se ha trasladado al techo, ya no se mueve, como si se hubiera percatado de la presencia de un observador.

A su marido le gustaba filmar seres alados, desde pájaros, mariposas y aviones hasta polillas y moscas. A ella, que no tenía

conocimientos de arte, la desconcertaban esas imágenes de vuelo, que no parecían tener demasiado que ver con el contenido de sus obras. Una vez le había preguntado por qué aparecían esas imágenes aladas. Era una filmación en la que, después de un puente derrumbado y de gente plañendo en funerales, aparecía de repente durante unos dos segundos la negra sombra de un pájaro que se elevaba lentamente por los aires.

—Porque sí. Cuando pongo esas imágenes, me siento mejor —le había respondido su marido, y a continuación se había sumergido en su habitual silencio.

¿Había llegado a conocer verdaderamente a su marido, envuelto siempre en un silencio impenetrable? Durante un tiempo había pensado que sus trabajos le mostrarían cómo era él por dentro. Él hacía y exponía obras en formato de vídeo que duraban unos dos minutos los más cortos y una hora los más largos. En realidad, hasta antes de conocerlo, ni siquiera sabía que existía ese campo artístico. Sin embargo, a pesar de que se había esforzado mucho, no había podido comprender sus obras.

Recordaba la tarde en que lo había conocido. Delgado como un palo, con una barba de varios días y con una cámara de vídeo, que parecía pesadísima, colgada al hombro, había entrado en su tienda. Buscaba una loción para después de afeitarse. Apoyó los brazos sobre el vidrio del mostrador con un gesto tal de agotamiento que le pareció que ambos se vendrían abajo al mismo tiempo. Fue casi un milagro que ella, que casi no tenía experiencia en materia de hombres, le preguntara con expresión afable si había comido. Él pareció sorprenderse un poco, pero estaba demasiado cansado como para expresar su desconcierto y no hizo otra cosa que mirarla. Ella cerró la tienda y salieron juntos a comer un almuerzo tardío. En parte fue porque ella tampoco había podido probar bocado hasta entonces, pero, sobre todo, porque el estado de total indefensión que mostraba él propició que dejara a un lado sus prevenciones.

Desde ese día lo único que había esperado de él era que descansara con los cuidados que le dispensaba. Sin embargo, a pesar de toda su solicitud una vez casados, él seguía pareciendo agotado. Siempre estaba absorto en sus cosas, y en los momentos en los que estaba en casa se le veía incómodo como un viajero alojado en un hotel de paso. Cuando su trabajo no avanzaba como deseaba,

su silencio se tornaba más correoso que la goma y más pesado que la roca.

Pasado un tiempo, se dio cuenta de algo: que quizá la persona a la que había querido hacer descansar con tanto esfuerzo no era él sino a sí misma. Era ella misma, que se había marchado de su casa a los diecinueve años y se había abierto camino en la capital sin ayuda de nadie, lo que había visto reflejado en la silueta cansada de su marido.

Del mismo modo que nunca había estado segura de si sentía amor por él, tampoco había podido confirmar nunca si él la había querido. Era tan poco diestro para las cosas de la vida cotidiana que de vez en cuando podía percibir que se apoyaba en ella. Tenía un carácter intransigente que le impedía mostrarse complaciente, de modo que le resultaba imposible ponderar o adular a nadie. Aun así, era siempre amable con ella, nunca usaba palabras rudas y a veces incluso la miraba con respeto y admiración.

—Eres demasiado para mí —le había dicho él alguna vez antes de casarse—. Tu bondad, tu estabilidad, tu serenidad, tu actitud de total naturalidad en la vida… Son cosas que me conmueven.

Le había parecido un halago, aunque difícil de comprender, pero ahora se preguntaba si no habría sido una confesión de que no estaba enamorado de ella.

Seguramente lo que él amaba de verdad eran las imágenes que había grabado y las que grabaría en el futuro. La primera vez que fue a una exposición suya después de casarse se quedó estupefacta, pues no podía creer que ese hombre que se veía tan frágil hubiera ido a tantos lugares con su cámara en mano. Era difícil imaginarlo negociando en los lugares donde la grabación debió de ser comprometida o mostrando coraje, audacia y paciencia infinita en los momentos difíciles de la filmación. En otras palabras, no podía creer que pudiera haber tanta pasión en él. Percibió que existía un abismo entre sus apasionados trabajos y su vida cotidiana, en la que se veía como un pez encerrado en una pecera, hasta tal punto que no parecía ser la misma persona en uno y otro ámbito.

Solo una vez había visto que le brillaran los ojos en casa. Fue cuando Jiwu cumplió un año y comenzó a caminar. Cogió la cámara y filmó al niño, que, tambaleante, hacía sus primeros pinitos en medio de la sala. También lo grabó cuando se abalanzó en los

brazos de su madre y ella le besó en la cabeza. Entonces habló lleno de vitalidad y con un brillo desconocido en sus ojos:

—¿Y si le añado una animación haciendo que broten flores de los pies de Jiwu cada vez que da un paso, como en la película de Hayao Miyazaki? No, mejor será hacer que vuele una bandada de mariposas. Ah, entonces será mejor que volvamos a grabar en un prado.

Entonces le había enseñado el funcionamiento de la videocámara y había seguido hablando con excitación, mientras le mostraba las imágenes que había grabado poco antes:

—Tú y el niño os pondréis ropa de color blanco. No, no, quizá sea mejor que se os vea bien desharrapados. Sí, será lo mejor. Una excursión de una madre y un niño pobres. A cada paso vacilante del niño, vuela una bandada de mariposas multicolores como un milagro…

Sin embargo, nunca habían ido a esa excursión al prado y Jiwu había crecido pronto y había dejado de caminar con pasos vacilantes. El vídeo de la bandada de mariposas que volaban a cada paso del niño quedó solo en su imaginación.

A partir de algún momento comenzó a parecer todavía más cansado. Se quedaba trabajando en el taller por las noches y no volvía a casa los fines de semana, pero no se podían apreciar los frutos de su trabajo. Aunque vagaba por las calles hasta que sus zapatillas quedaban negras, el resultado era el mismo. No fueron pocas las veces que ella se llevó un susto de muerte cuando se despertaba en la madrugada y encendía la luz del lavabo, y lo encontraba durmiendo encogido en la bañera con la ropa puesta después de haber entrado en la casa quién sabe a qué hora.

Después de que él se marchaba de casa, el niño solía preguntar:

—¿Tenemos papá en casa?

Pero el niño hacía la misma pregunta todas las mañanas, incluso antes de que él se marchara.

Ella le respondía brevemente diciendo «no tenemos». Y añadía casi en un murmullo:

—No tenemos a nadie. Estamos tú y yo solos y así será siempre.

*

Los pabellones del sanatorio se levantan solitarios bajo la lluvia. Como están mojadas, las grises paredes de cemento se ven más oscuras y contundentes. Las ventanas de las habitaciones de los pacientes, que se encuentran en el primer y en el segundo piso, están cubiertas de barrotes. En los días claros es difícil ver las caras de los pacientes mirando por la ventana, pero en días como estos se podían ver varios rostros grises contemplando la lluvia. Ella eleva la vista al segundo piso del edificio anexo, donde está la habitación de Yeonghye, y se encamina hacia la entrada de la oficina, que está cerca de la tienda y la sala de visitas.

—Tengo cita con el doctor Bak Inho.

La empleada de la administración la reconoce y la saluda. Ella pliega el paraguas, que chorrea agua, y se sienta en el largo banco de madera. Mientras espera a que el doctor baje a la sala de consulta, gira la cabeza y se pone a mirar la zelkova en el centro del patio, como hace siempre. Es un árbol muy viejo que debe de tener unos cuatrocientos años. Ese árbol de muchas ramas, que en los días claros reflejaba el sol y parecía estar diciéndole algo, hoy que está sumergido en la lluvia parece una persona taciturna que no quiere hablar. La corteza de su viejo tronco está empapada y es oscura como la noche, y las hojas de sus ramas más delgadas reciben la lluvia temblando. Ella contempla en silencio este paisaje, sobre el que se superpone la imagen de Yeonghye como un fantasma.

Cierra durante largo rato sus ojos enrojecidos y luego los abre. El árbol callado sigue ocupando toda su visión. Después de esa mala noche, Jiwu se ha recuperado y va de nuevo a la guardería, pero ella sigue sin poder dormir bien. Durante tres meses no ha podido dormir más de una hora seguida por las noches. La voz de Yeonghye, el bosque donde cae una lluvia negra y su propio rostro cubierto por la sangre que se derrama de sus ojos despedazan la larga noche como la porcelana que estalla en mil pedazos afilados.

Es a las tres de la madrugada cuando desiste en su intento de dormir y se levanta. Entonces se lava la cara y los dientes, hace la comida para el resto del día y ordena cada uno de los rincones de la casa, pero las agujas del reloj apenas parecen moverse, como si un peso sólido colgara de ellas. Al final entra en la habitación de su marido y escucha los discos que dejó, se pone a dar vueltas por la habitación con las manos en la cintura como era su costumbre o se

acuesta encogida en la bañera con la ropa puesta. Entonces le parece sentir que por primera vez lo comprende. Seguramente no tenía la fuerza suficiente siquiera para desvestirse. Menos todavía para ajustar el agua de la ducha y bañarse. Se da cuenta de que ese espacio cóncavo y estrecho es el lugar más acogedor del apartamento de algo más de cien metros cuadrados.

«¿En qué punto se torcieron las cosas?», se pregunta en esos momentos. «¿Dónde comenzó todo esto? Mejor dicho, ¿dónde comenzó a desmoronarse todo esto?».

Yeonghye había empezado a comportarse de un modo extraño unos tres años atrás, cuando repentinamente se volvió vegetariana. Ahora hay mucha gente que es vegetariana, pero lo particular en su caso era que no estaban claros los motivos que la habían llevado a aquello. Había adelgazado hasta un grado lastimoso, casi no dormía y, aunque siempre había tenido un carácter taciturno, había perdido el habla hasta un punto en el que era difícil la comunicación. Empezando por el marido de su hermana, toda la familia estaba muy preocupada por ella. Finalmente, en la comida que organizó en su casa cuando se mudaron a su nuevo apartamento, el padre le había pegado a Yeonghye una bofetada y le había metido a la fuerza un trozo de carne en la boca. Todo su cuerpo había temblado, como si fuera ella la que hubiera recibido el golpe y no su hermana. Paralizada, había presenciado cómo Yeonghye escupía la carne lanzando un grito bestial y cogía un cuchillo para cortarse las venas de la muñeca.

¿Hubiera podido evitarlo? Se lo preguntó infinidad de veces. ¿Podría haber evitado que su padre alzara la mano? ¿Podría haber evitado que Yeonghye cogiera el cuchillo? ¿Podría haber evitado que su marido corriera al hospital cargando a Yeonghye en la espalda? ¿Podría haber evitado que su cuñado abandonara desalmadamente a Yeonghye cuando ella volvió del hospital psiquiátrico? ¿Podría remediar lo que su marido le había hecho a Yeonghye, eso que se había convertido en un escándalo barato y no quería volver a recordar? ¿No podría haber evitado todas esas cosas? ¿Que las vidas de las personas que la rodeaban se desmoronaran como una montaña de arena?

No quería saber qué tipo de inspiración había causado en su marido la pequeña y verduzca mancha mongólica que Yeonghye

tenía en su trasero. Lo que había visto esa mañana de otoño cuando había ido al apartamento de Yeonghye a llevarle algunas cosas que había cocinado, superaba toda capacidad de sentido común y comprensión. La noche anterior su marido había grabado en una cinta de vídeo cómo hacía el amor con Yeonghye después de haberse pintado los cuerpos con flores de todos los colores.

¿Podría haberlo evitado? ¿No había pasado por alto una pista que le permitiera adivinar lo que él iba a hacer? ¿Podría haberle hecho comprender de un modo más elocuente que Yeonghye era todavía una enferma que tomaba medicamentos?

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa mañana que el hombre que dormía arrebujado bajo la colcha junto a Yeonghye, que estaba desnuda y toda pintada de flores rojas y amarillas, fuese su marido. Lo que venció el espanto y las ganas de salir corriendo de aquel lugar fue la idea de que debía cuidar de su hermana pequeña. Apoyándose en ese sentimiento de responsabilidad inexcusable, levantó la videocámara que estaba junto al vestíbulo y, recordando la manera de ponerla en funcionamiento que su marido mismo le había enseñado, vio las imágenes grabadas.

Él se despertó pasado el mediodía y a continuación lo hizo Yeonghye. Poco después llegaron tres enfermeros con camisas de fuerza y equipos de protección. Yeonghye estaba junto a la barandilla del balcón, por lo que dos de ellos se dirigieron primero hacia ella. Yeonghye se resistió ferozmente a que le pusieran la camisa de fuerza sobre su cuerpo pintado mordiéndole el brazo a uno de los enfermeros y lanzando chillidos incomprensibles. Al final tuvieron que clavarle una aguja en el brazo mientras se debatía con todas sus fuerzas. Entretanto su marido intentó escapar empujando al enfermero que se había quedado en el vestíbulo, pero este lo cogió del brazo. Apelando a todas sus fuerzas se libró de su captor y corrió hacia el balcón. Iba a saltar sobre la barandilla como si fuera un pájaro, pero el enfermero se abrazó a su pierna con celeridad, por lo que dejó de resistirse.

Presenció todo aquello temblando como una hoja. En el momento en que sus ojos se encontraron con los de su marido cuando era llevado por los enfermeros, intentó fulminarlo con la peor de sus miradas. Sin embargo, en los ojos de él no había lascivia ni locura, así como tampoco arrepentimiento ni rencor. Solo había

espanto, el mismo que ella sentía en ese instante.

Así había terminado todo. A partir de entonces su vida ya no volvió a ser la de antes.

En el hospital su marido fue diagnosticado como una persona en sus cabales, de modo que lo encerraron en una celda. Liberado después de varios meses de juicio y de tediosas solicitudes de excarcelación, desapareció y no volvió a verlo. En cambio, Yeonghye fue ingresada en el pabellón de confinamiento de un hospital psiquiátrico. Había vuelto a hablar durante un tiempo breve después de su primera manifestación de locura, pero se sumergió de nuevo en el silencio. En lugar de hablarle a las personas, se ponía en cuclillas en los sitios soleados y murmuraba a solas cosas incomprensibles. Seguía sin comer carne y, si encontraba un trozo de algún tipo en la comida, escapaba gritando. En los días de mucho sol, se pegaba a la ventana y, desabrochándose la bata de enferma, sacaba sus pechos al aire. Sus padres, que se habían vuelto repentinamente más viejos y enfermos, ya no querían ver a su segunda hija y hasta habían cortado todo contacto con la mayor, pues les recordaba al yerno, al que consideraban poco menos que una bestia. Lo mismo habían hecho su hermano pequeño y su esposa. Sin embargo, ella no podía abandonar a Yeonghye, puesto que alguien tenía que pagar los gastos del hospital y erigirse en su valedor.

Siguió viviendo. Cargando sobre sí las murmuraciones, que no terminaban de acallarse, siguió llevando la tienda de cosméticos. El tiempo, que es un torrente ecuánime hasta la crueldad, se llevó en sus aguas su vida firmemente asentada alrededor de la paciencia. Jiwu, que tenía cinco años entonces, ahora tenía seis; y Yeonghye estaba mucho mejor desde que la habían trasladado a este sanatorio de coste razonable y mejores condiciones ambientales.

Desde pequeña había demostrado tener un carácter fuerte, que es el rasgo que tienen en común las personas que se labran la vida con su propio esfuerzo. Sabía sobrellevar todas las cosas que le ocurrían y la diligencia formaba parte de su naturaleza. Ponía lo mejor de sí en sus papeles de hija, hermana, esposa, madre, sustentadora del hogar y hasta como uno de los tantos pasajeros del metro. Gracias a la inercia de esa diligencia y del paso del tiempo, seguramente hubiera podido superarlo todo… si en marzo

Yeonghye no hubiera desaparecido de pronto, si no la hubiesen encontrado en plena noche bajo la lluvia y en medio del bosque, si a partir de entonces sus síntomas no hubieran empeorado drásticamente.

*

Tac, tac, tac. Haciendo resonar con fuerza sus tacones, un médico joven con bata blanca se acerca caminando desde el otro lado del pasillo. Ella se levanta y lo saluda y el médico responde inclinando ligeramente la cabeza. Con un amplio movimiento de su brazo, señala la sala de consultas. Ella le sigue en silencio y entra en la sala.

El médico, que parece tener algo más de treinta y cinco años, es corpulento y atractivo. Tiene una expresión y una forma de andar que denotan mucha seguridad, pero, cuando se sienta detrás del escritorio, la mira con el ceño fruncido. Ella se percata de que la entrevista no es del agrado del médico y eso echa abajo su ánimo.

—¿Cómo está mi hermana, doctor?

—Hemos hecho todo lo posible, pero sigue igual.

—Entonces hoy…

Ella no acaba la frase y se sonroja como si hubiera hecho algo malo, por lo que médico continúa donde ella se ha detenido:

—Hoy vamos a intentar inyectarle un poco de papilla líquida con un tubo. Si mejora, bien; pero si no, tendrá que ingresarla en el servicio de cuidados intensivos de un hospital corriente.

—¿Podría verla antes para tratar de hablarle?

El doctor la mira con ojos poco esperanzados. Se ve muy cansado. Parece guardar un enojo oculto hacia los pacientes que no evolucionan como es su deseo.

—Le daré treinta minutos. Si logra convencerla, avise en la sala de enfermeras. Si no, nos vemos a las dos —le dice, mirando su reloj de pulsera. Parece que va a levantarse y salir de la sala, pero, como si de pronto se sintiera apenado por ella, sigue hablando—: Como le dije la otra vez, de un quince a un veinte por ciento de las personas que tienen anorexia nerviosa muere por inanición. Aunque esté en los puros huesos, el paciente piensa que está gordo… Es frecuente que la causa psicológica sea el conflicto con una madre

muy dominante, pero el caso de Yeonghye Kim es especial porque tiene esquizofrenia y además rechaza la comida. Tenía la certeza de que no era una esquizofrenia aguda y, para serle sincero, no pude prever que ocurriría esto. Si tuviera delirio persecutorio sería más fácil convencerla. Mejoraría solo con ver que el médico come lo mismo que ella. Sin embargo, en el caso de Kim Yeonghye no está claro por qué rechaza la comida y los medicamentos no le producen ningún efecto. Me cuesta mucho decirle esto, pero no hay otra alternativa, puesto que lo primordial es preservar su vida… Y en nuestro sanatorio no podemos asegurarle eso.

Antes de levantarse, el médico le hace una pregunta que denota sensibilidad profesional:

—Tiene usted mala cara. ¿Duerme bien? —Al ver que ella no le contesta de inmediato, añade con gravedad—: Tiene que cuidar de su salud, aunque sea por la paciente.

Ambos inclinan la cabeza a manera de saludo y el médico, tal como vino, se marcha de la sala haciendo resonar sus pasos. Cuando ella sale, ve que su silueta se aleja por el pasillo.

Vuelve a sentarse en el largo banco de madera que está delante de la oficina y ve entrar en el vestíbulo a una mujer de mediana edad llamativamente arreglada cogida del brazo de un hombre de edad parecida. ¿Habrán venido a visitar a una paciente? Justo entonces comienzan a salir insultos de la boca de la mujer sin ningún reparo. Sin prestarle atención, como si ya estuviera acostumbrado, el hombre saca de la billetera la póliza del seguro médico y la entrega en la ventanilla de la administración.

—¡Cabrones! ¡Os sacaría las entrañas y me las comería! ¡Me voy a vivir a otro país! ¡No quiero vivir ni un solo día más con vosotros!

No parece el marido. ¿Será el hermano mayor? ¿Quizá el más pequeño? Si viene para ser internada en el hospital, seguramente pasará la noche en la sala de estabilización. La atarán de pies y manos, y con toda probabilidad le pondrán una inyección tranquilizante. Ella se queda mirando el espléndido sombrero de flores de la mujer, que no para de gritar. De pronto se da cuenta de que ahora le parece algo nimio ese grado de locura. Desde que ha empezado a ir a menudo por allí, las calles tranquilas y llenas de gente normal le producen a veces una sensación de extrañeza.

Se acuerda de la primera vez que llevó a Yeonghye a este

sanatorio. Era una tarde clara de principios de invierno. El pabellón de confinamiento del hospital general que estaba en Seúl le quedaba mucho más cerca, pero su coste era tan alto que había tenido que trasladarla a este lugar, donde ofrecían un trato bastante bueno a los pacientes. Cuando fue a tramitar la salida del hospital de Seúl y habló con el médico que atendía a Yeonghye, este le aconsejó un tratamiento ambulatorio:

—Según lo que he podido observar hasta ahora, la evolución de la paciente es buena. Aunque todavía no pueda reintegrarse a la vida social, el apoyo de la familia la ayudará a recuperarse.

—La otra vez me la llevé a casa confiando en sus palabras. Hubiera sido mucho mejor que permaneciera en el hospital —respondió ella.

Mientras lo decía, sabía bien que su preocupación por una posible recaída no era más que una razón superficial. Que en realidad le era imposible tener cerca a Yeonghye, que no podía soportar las cosas que ella le recordaba, que, en el fondo, sentía rencor hacia su hermana, que no podía perdonarle la irresponsabilidad de perder la cordura y, menos todavía, que se hubiera ido sola al otro lado de los límites tras haber hundido su vida en un lodazal.

Afortunadamente Yeonghye también deseaba estar internada. Parecía tranquila vestida con ropa de calle, mientras le decía con voz segura al médico: «Estoy más cómoda en el hospital». Su mirada era clara y las comisuras de sus labios denotaban viveza. Salvo que había disminuido de peso porque comía menos, de modo que su cuerpo de por sí delgado se veía más escuálido, no se diferenciaba en nada de cualquier persona corriente. Mientras iban en el taxi, se había quedado mirando en silencio por la ventanilla sin mostrar atisbo alguno de intranquilidad, y, después de bajar, la había seguido con pasos dóciles como alguien que volviera de paseo. Hasta tal punto parecía estar bien, que la empleada de la administración había preguntado cuál de las dos era la paciente.

Mientras estaba tramitando su ingreso en este sanatorio, le había dicho a Yeonghye:

—Aquí el aire es más puro y tendrás más apetito. Tienes que comer más, aumentar de peso.

—Sí… aquí hay árboles grandes…

Llamado por el personal de la oficina, se acercó un auxiliar de edad madura y complexión fuerte, y revisó el contenido del equipaje. Fue sacando y desplegando la ropa interior, la ropa de calle, las zapatillas y los artículos de aseo personal. Parecía estar revisando si había objetos peligrosos, como cuerdas o alfileres. Dejó fuera un largo y grueso cinturón de lana que pertenecía a un abrigo y les dijo que lo acompañaran.

El auxiliar abrió la puerta con una llave y entró al pabellón, y detrás le siguieron ellas. Mientras ella saludaba a las enfermeras, Yeonghye permaneció todo el tiempo sosegada. Cuando por fin llegaron a una habitación para seis personas y puso en el suelo la maleta, divisó los gruesos barrotes que cruzaban verticalmente la ventana. Por un instante se sintió aturdida al sentir el peso de la culpa en su pecho. Fue entonces cuando Yeonghye se le acercó silenciosamente y se puso a su lado.

—Desde aquí también se ven los árboles…

Apretando los labios, se había dicho a sí misma: «No debes flaquear. Es un peso que tú no puedes cargar. Nadie te puede criticar por esto. Con todo lo que has tenido que soportar, lo estás haciendo muy bien».

No miró el rostro de Yeonghye, que estaba su lado. Solo fijó la vista en los claros rayos de sol de principios del invierno que caían sobre los alerces, que todavía no se habían desprendido de todas sus hojas. Como si quisiera consolarla, Yeonghye la había llamado en voz baja y tono tranquilo:

—Inhye…

Del viejo jersey negro que tenía puesto Yeonghye emanaba un tenue olor a naftalina. Como ella no le contestara, Yeonghye había vuelto a murmurar su nombre:

—Inhye… Todos los árboles del mundo me parecen mis hermanos.

*

Deja atrás el Pabellón 2, donde están los enfermos indigentes y los disminuidos psíquicos, y se detiene ante la puerta del Pabellón 1. Se puede ver a los pacientes que miran hacia afuera pegados a la ventana. Como no han podido salir durante varios días debido a la

lluvia, se sienten encerrados. Al tocar el timbre, un auxiliar de casi cincuenta años sale de la sala de enfermeras y va hacia la puerta con una llave en la mano. Tras recibir el aviso de la oficina, ha bajado de la segunda planta, donde está Yeonghye, y la ha estado esperando.

El auxiliar que le ha abierto la puerta se da la vuelta con un movimiento ágil y cierra con llave en cuanto salen. Distingue a una joven mujer que la mira con la mejilla pegada al otro lado de la puerta de vidrio. Sus ojos vacíos la observan fijamente. Es una mirada tenaz que una persona sana no podría nunca posar sobre otra.

—¿Cómo está mi hermana? —pregunta ella subiendo las escaleras hacia la segunda planta.

—Ni me hable. Como ahora se quiere arrancar la vía, la tenemos en la sala de estabilización, inmovilizada y con sedantes. Tan delgada como está, no entiendo de dónde le sale la fuerza para resistirse de ese modo… —respondió el auxiliar, moviendo la cabeza.

—¿Entonces ahora está en la sala de estabilización?

—No, se ha despertado hace poco, así que está en su habitación. ¿No le han dicho que a las dos le van a introducir el tubo nasal?

Siguiendo al auxiliar, llega al vestíbulo de la segunda planta. Cuando hace buen tiempo, los pacientes más ancianos se sientan en sillas plegables delante de la ventana a tomar el sol, otros están concentrados jugando al ping-pong y, gracias a la música alegre que ponen desde la sala de enfermeras, siempre hay mucha animación. Sin embargo, hoy la lluvia parece haberse tragado toda esa actividad. La mayoría de los pacientes debe de estar en sus habitaciones porque el lugar se ve casi vacío. Los enfermos de Alzheimer se mordisquean las uñas o se miran los pies con los hombros hundidos y algunos están pegados a la ventana sin hablar, mientras que las mesas de ping-pong permanecen vacías.

Posa la vista en el extremo del pasillo oeste, donde los rayos de sol de la tarde entran más brillantes por el ventanal. Cuando fue a visitarla en marzo, poco antes de que desapareciera en el bosque bajo la lluvia, Yeonghye no bajó a la sala de visitas. La enfermera que la tenía a su cargo le avisó a través del teléfono de la oficina de que hacía varios días que Yeonghye no quería salir del pabellón. Se

quedaba dentro del edificio incluso en las horas de paseo libre, que era el momento del día preferido de los pacientes. Como había venido de muy lejos, ella rogó que le dejaran verla aunque fuera un momento, por lo que un auxiliar fue buscarla a la administración y la trajo a este pabellón.

Cuando descubrió al final del pasillo oeste a una paciente que estaba extrañamente cabeza abajo, no se imaginó que pudiera ser Yeonghye. Solo cuando la enfermera con la que acababa de hablar por teléfono la llevó hasta ese sitio, reconoció la abundante y larga cabellera de su hermana. Cabeza abajo con las manos en el suelo, Yeonghye tenía la cara roja por la sangre concentrada en su rostro.

—Hace ya treinta minutos que está así. Comenzó a hacer esto hace dos días. No parece inconsciente, pero tampoco habla… Es diferente de los pacientes catatónicos. Hasta ayer la obligamos a meterse en su habitación, pero no sirve de nada porque se pone cabeza abajo allí también. Y como no la podemos tener atada… Si la empuja un poquito fuerte, verá que se cae. Si no le contesta, empújela un poco. Justamente estábamos a punto de hacerla caer para mandarla a su habitación —le dijo la enfermera con tono preocupado, antes de marcharse a la sala común.

Al quedarse ella sola, se puso de cuclillas e intentó cruzar su mirada con la de Yeonghye. Cuando alguien se pone cabeza abajo, su cara se ve muy diferente de cuando está de pie. Yeonghye tenía las mejillas flacas, pero aun así se veía extraña con la piel caída hacia abajo. Yeonghye miraba fijamente un punto en el vacío con los ojos abiertos y brillantes. Ni siquiera parecía haberse percatado de que estaba allí su hermana.

—Yeonghye…

Como no le contestaba, volvió a llamarla más fuerte.

—Yeonghye, ¿qué estás haciendo? Ponte de pie —le dijo, estirando la mano hacia sus mejillas enrojecidas—. Vamos, ponte de pie. ¿No te duele la cabeza? Tienes la cara roja como un tomate.

Al final empujó con fuerza a Yeonghye. Tal como le había dicho la enfermera, comenzando por sus piernas, su cuerpo se cayó al suelo con estrépito. Extendió el brazo, y, cogiéndola por el cuello, la ayudó a incorporarse.

—Hola… —dijo Yeonghye, esbozando una sonrisa—. ¿Cuándo has llegado?

Su cara brillaba, como si se hubiera despertado de un bello sueño.

El auxiliar se acercó y las guio a la sala de visitas, que estaba a un lado del vestíbulo. Mientras tanto le explicó que allí se encontraban con sus familiares los pacientes cuyo estado era tan serio que no podían bajar a la sala de visitas de la primera planta. Seguramente allí también se llevaban a cabo las entrevistas con los médicos.

Cuando quiso extender sobre la mesa los alimentos que le había traído, Yeonghye le dijo:

—Ya no hace falta que traigas estas cosas —y agregó riéndose—: Yo ya no necesito comer.

—¿Qué quieres decir? —le dijo ella mirándola como hechizada. Hacía tiempo que no veía a Yeonghye tan contenta. Mejor dicho, quizá era la primera vez que la veía tan feliz—. ¿Qué es eso que estabas haciendo hace un rato?

—¿Lo sabías? —preguntó a su vez Yeonghye en lugar de responder.

—¿Qué?

—Yo no lo sabía. Yo creía que los árboles estaban de pie, derechos… Ahora lo sé. ¡Se sostienen al revés con las manos en el suelo! ¡Ven, mira! ¿No es asombroso? —dijo Yeonghye levantándose de un salto y señalando la ventana—. ¡Todos! ¡Todos están cabeza abajo!

Yeonghye se rio a carcajadas. Justo entonces percibió que su expresión se parecía a la que había tenido alguna vez de niña. Entrecerraba sus ojos sin pliegues, y, cuando todo se volvía negro, Yeonghye soltaba una risa en carcajadas interminables.

—¿Sabes cómo me he dado cuenta? ¡Por un sueño! Yo estaba cabeza abajo… Me crecían las hojas en el cuerpo y de las manos me brotaban las raíces… Estas se metían bajo la tierra… más y más… Sentí que me iba a salir una flor en el pubis, así que abrí las piernas. Las abrí mucho…

Perpleja, se quedó mirando los ojos de Yeonghye, que brillaban de excitación.

—Tengo que empaparme de agua. No necesito comida, Inhye. Solo necesito agua.

*

—Gracias por todo —dice ella, saludando a la enfermera jefe y tendiéndole un poco del pastel de arroz que ha traído. Lo mismo hace con las demás enfermeras.

Mientras conversa con ellas sobre el estado de Yeonghye como hace siempre, una paciente de unos cincuenta años que invariablemente la confunde con una enfermera, se acerca con pasos presurosos y le hace una reverencia postrándose hasta el suelo.

—Me duele la cabeza. Dígale al doctor que me cambie la medicación.

—No soy enfermera. He venido a ver a mi hermana.

—Por favor, ayúdeme… Me duele tanto la cabeza que me quiero morir. ¿Cómo quiere que viva así? —le dice la mujer mirándola con ojos suplicantes.

En ese instante un joven paciente de veintitantos años se coloca detrás de ella, casi pegado a su espalda. Es algo que ocurre frecuentemente en el sanatorio, pero ella se inquieta. Los pacientes no hacen caso de la distancia apropiada que debe guardar entre sí la gente, así como del tiempo adecuado durante el que se puede mirar a una persona. Algunos tienen la mirada perdida propia de los que viven sumergidos en su mundo, pero también hay muchos que tienen una mirada tan lúcida que pueden ser confundidos con el equipo médico. Así como había sido alguna vez Yeonghye.

—Enfermera, ¿por qué le deja hacerlo? ¿No ve que no para de pegarme todo el rato? —grita una mujer de treinta y tantos años con voz aguda a la enfermera jefe.

Cada vez que viene a ver a Yeonghye, le parece notar que el delirio persecutorio de esa mujer ha empeorado.

—Voy a tratar de hablar con mi hermana —les dice a las enfermeras.

Por la expresión que tienen, se puede entrever que están agotadas por Yeonghye. Ninguna de ellas parece pensar que vaya a servir de algo su presencia. Se aleja con precaución, procurando no rozarse con nadie. Camina en dirección al pasillo este, donde está la habitación de Yeonghye. Al entrar en el cuarto, que tiene la puerta abierta, una mujer de pelo muy corto la reconoce y se acerca:

—Hola, ¿ha venido a ver a Yeonghye?

Es Heeju, que está bajo tratamiento por alcoholismo e hipomanía. Es corpulenta y su voz es ronca, pero no le falta gracia, sobre todo por sus ojos redondos y grandes. En este sanatorio los pacientes en mejor estado cuidan de los pacientes con demencia senil y reciben una pequeña paga para sus gastos por parte de los auxiliares. Como Yeonghye ha comenzado a rechazar la comida y a tener problemas de movilidad, ha sido puesta bajo los cuidados de Heeju.

—Gracias por su ayuda —le dice ella, pero cuando está a punto de esbozar una sonrisa, la mano húmeda de Heeju se posa sobre la suya.

—¿Qué hacemos? Dicen que Yeonghye puede morirse —dice Heeju, con sus ojos redondos llenos de lágrimas.

—¿Cómo está ella?

—Ha vuelto a vomitar un poco de sangre. Como no come, los ácidos estomacales le corroen las paredes del estómago y le provocan espasmos gástricos. ¿Será por eso que sangra? —dice Heeju, sollozando más fuerte—. Cuando comencé a cuidarla, no estaba así… Si la hubiera atendido con más celo, quizá se encontraría mejor ahora. No me imaginé que empeoraría de esta manera. No sé para qué me he encargado de ella. Si no lo hubiera hecho, no me sentiría tan mal ahora…

Soltando la mano de Heeju, que habla cada vez con mayor excitación, se acerca lentamente a la cama de Yeonghye. Piensa para sus adentros que le gustaría no poder ver, que ojalá alguien le tapara los ojos.

Yeonghye está tendida muy rígida. Sus ojos parecen estar dirigidos hacia la ventana, pero, observándola con atención, se puede saber que no está viendo nada. No le queda carne en la cara, el cuello, los hombros, los brazos y las piernas. Parece una víctima de una zona catastrófica que sufriera de inanición. Puede notarse que le ha crecido un vello suave en las mejillas y los brazos, semejante al que tienen los bebés. Se acuerda de que el médico le explicó que es porque se le ha roto el equilibrio hormonal debido al tiempo que lleva sin comer.

¿Será que Yeonghye desea volver a ser una niña? Hace tiempo que dejó de menstruar y, con su peso actual de treinta kilogramos,

apenas queda algo de sus pechos. Desaparecidas todas las características sexuales de una adulta, Yeonghye está acostada en la cama con el aspecto de una niña extraña.

Levanta la sábana blanca que la cubre y da la vuelta al cuerpo completamente inmóvil de Yeonghye para comprobar que no se le ha formado una nueva úlcera de decúbito en la espalda o en el coxis. La llaga que le había salido la otra vez no ha empeorado. Se fija en la nítida mancha mongólica de color verduzco que tiene en medio del trasero, del que solo le quedan los huesos. La imagen de unas flores que nacían en ese punto y se extendían hacia el resto de su cuerpo pasa como un vértigo por sus ojos y desaparece.

—Gracias, Heeju…

—Todos los días la he limpiado con una toalla mojada y le he puesto talco, pero el tiempo está tan húmedo que tarda en curarse.

—Gracias, de verdad…

—Antes la bañaba con ayuda de la enfermera y aun así era muy cansado, pero ahora pesa tan poco que no cuesta nada. Es como si estuviera cuidando de un bebé. Hoy también hubiera querido bañarla, ya que me dijeron que será trasladada a otro hospital. Quizá sea la última vez…

Los ojos grandes de Heeju enrojecen de nuevo.

—No te preocupes, más tarde la bañaremos juntas.

—Sí, han dicho que a las cuatro volverá a salir el agua caliente —dice Heeju, enjugándose una y otra vez los ojos.

—Entonces la veo más tarde.

Saluda con un movimiento de cabeza a Heeju, que sale de la habitación, y vuelve a cubrir el cuerpo de su hermana con la sábana. Al acomodarle mejor la ropa para que no le sobresalgan los pies, descubre los sitios en donde se le han reventado las venas. Los brazos, los pies y hasta los talones… No tiene una sola zona sana en todo el cuerpo. La inyección intravenosa es la única manera de proporcionarle proteínas y glucosa, pero ya no hay más lugares que puedan ser pinchados con la aguja. La única salida es conectar con la vena cava que pasa por el hombro, pero esta es una operación difícil y debe ser realizada en un hospital general. Es lo que le comunicó por teléfono el doctor que está a cargo de su hermana. También le dijo que habían intentado varias veces introducirle un tubo largo por la nariz para pasarle algún alimento líquido

directamente al esófago, pero que no habían tenido éxito porque Yeonghye cerraba la garganta. El intento de hoy será el último, pues el equipo médico ha decidido abandonar la cura de Yeonghye.

Cuando fue a la administración el día de la visita programada tres meses después de que su hermana hubiera sido encontrada en el bosque, recibió el mensaje de que el médico que llevaba a su hermana quería hablar con ella. Se sintió confusa, pues desde el día en que la había internado no había vuelto a entrevistarse con él.

—Sabíamos que su hermana se ponía nerviosa cuando veía la carne, por eso siempre hemos tenido mucho cuidado a la hora de darle la comida. Pero ahora ya no sale a comer con los demás ni tampoco prueba bocado cuando le llevamos la comida a su habitación. Hace cuatro días de esto y ya ha comenzado a deshidratarse. Se resiste violentamente cuando queremos ponerle la solución intravenosa… Además, no estoy seguro de que se tome los medicamentos.

El médico sospechaba que quizá Yeonghye no se hubiera tomado la medicación durante todo ese tiempo. También se disculpó por no haberle prestado más atención, puesto que parecía estar recuperándose muy bien. Para asegurarse de que se había tomado la medicación esa mañana, la enfermera le había dicho que abriera la boca y levantara la lengua, pero Yeonghye se había negado. Al forzarla e iluminar su boca con una linterna, habían encontrado intactos los comprimidos.

Ese día le había preguntado a Yeonghye, que estaba acostada en su cama con una aguja intravenosa clavada en el dorso de la mano:

—¿Por qué hiciste eso? ¿Qué hiciste en el bosque oscuro? ¿No tuviste frío? Podrías haberte puesto muy enferma…

El rostro de Yeonghye estaba muy demacrado y sus cabellos despeinados parecían un ramillete de algas marinas. Ella siguió hablándole:

—Tienes que comer. Digamos que entiendo que no quieras comer carne, ¿pero por qué no quieres comer de todo lo demás?

—Tengo sed, dame agua —murmuró Yeonghye, moviendo apenas los labios.

Fue al pasillo y le trajo agua. Después de bebería, Yeonghye respiró hondo y dijo:

—¿Te lo ha dicho el doctor?

—Sí, me lo ha dicho él. ¿Por qué no quieres…?

—¿Te dijo que mis entrañas se han atrofiado? —la interrumpió Yeonghye.

Se quedó sin saber qué responderle. Acercando su rostro macilento, Yeonghye siguió hablándole:

—Yo ya no soy un animal —dijo Yeonghye muy bajito, escrutando la habitación vacía, como si estuviera revelando un importante secreto—. Ya no necesito comer. Puedo vivir sin alimentarme. Me basta con el sol.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que te has convertido en un árbol? Si eres un vegetal, ¿cómo es que puedes hablar? ¿Cómo es que puedes pensar?

Los ojos de Yeonghye brillaron. Una sonrisa enigmática hizo resplandecer su rostro.

—Tienes razón… Muy pronto dejaré de hablar y de pensar. Falta muy poco —dijo Yeonghye, esbozando una sonrisa y respirando fuerte—. De verdad que será muy pronto. Espera y verás.

*

Está pasando el tiempo.

Los treinta minutos que le han dado no es mucho tiempo. Fuera de la ventana, la lluvia cae con más fuerza que antes. Aunque, considerando que no tiemblan las gotas de lluvia retenidas en la red mosquitera, puede que la lluvia se haya detenido momentáneamente.

Ella se sienta en la silla que está cerca de la cabecera de la cama. Abre el bolso y saca varios envases herméticos de distintos tamaños. Después de observar durante un rato los ojos de Yeonghye que no parecen estar mirando a ninguna parte, abre en primer lugar el más pequeño, que tiene forma cuadrada. El aromático olor se extiende por la habitación húmeda.

—Yeonghye, es melocotón. Melocotón en almíbar. A ti te gusta. Incluso lo comías en la época en que se vendían melocotones de verdad, como una niña pequeña —dice ella, pinchando uno de los trozos blandos con el tenedor y poniéndolo cerca de la nariz de Yeonghye—. Huélelo, ¿no te apetece comer un poco?

En otro de los envases ha traído sandía cortada en trozos.

—¿Te acuerdas de que cuando eras pequeña querías sentir el olor cada vez que yo partía una sandía? Algunas se partían por la mitad apenas las tocaba con el cuchillo y esparcían su aroma por toda la casa, ¿te acuerdas?

Yeonghye no se mueve lo más mínimo. ¿Tres meses de ayuno dejaban a una persona en ese estado? Se le había achicado hasta la cabeza y su rostro se había vuelto tan pequeño que era imposible reconocerlo como el de una persona adulta.

Con cuidado, ella prueba a rozarle los labios con un trozo de sandía. Con dos dedos, intenta abrirle la boca, pero Yeonghye la mantiene fuertemente cerrada.

—Yeonghye… —la llama en voz baja—. Vamos, di algo, Yeonghye…

Ella frena el impulso de sacudirle los hombros rígidos y abrirle la boca a la fuerza. Tiene ganas de gritarle con todas sus fuerzas en el oído hasta romperle los tímpanos. «¿Qué estás haciendo? ¿Me escuchas? ¿Quieres morir? ¿De verdad quieres morirte?». Ella contempla con aturdimiento cómo le sube por dentro la furia como si fuera espuma hirviendo.

*

El tiempo pasa.

Gira la cabeza y mira hacia la ventana. Parece que ha dejado de llover, pero el cielo sigue nublado y los árboles mojados se mantienen en silencio. Como es una ventana del segundo piso, se ve toda la frondosa ladera del monte Chukseong, que es un conocido parque forestal. El enorme bosque también está callado.

Saca del bolso un termo y vierte un poco de té de membrillo en el vaso de acero inoxidable que ha traído.

—Prueba esto, Yeonghye. Está muy rico.

Ella acerca la boca y toma un sorbo primero. En la punta de la lengua le queda un sabor dulce y aromático. Vierte un poco del té en un pañuelo y con él humedece los labios de Yeonghye, que sigue sin mostrar ninguna reacción.

—¿Quieres morir así? No, tú no quieres morirte. Si quieres convertirte en un árbol, tienes que comer, tienes que vivir… —le dice.

De pronto para de hablar y contiene la respiración, pues le nace una sospecha que no desea reconocer. ¿No estaría equivocada? ¿No sería que lo que deseaba Yeonghye desde el principio era la muerte?

«¡No!», se repite una y otra vez para sus adentros, «¡Tú no quieres morirte!».

Antes de dejar de hablar por completo, es decir, hace un mes aproximadamente, Yeonghye le había dicho con un susurro:

—Inhye, sácame de aquí…

Había perdido tanto peso que parecía otra persona. Como si le costara hablar, pronunció las palabras de manera entrecortada, entremezclando ásperos resuellos:

—Todos quieren hacerme comer… Yo no quiero, pero me obligan… La otra vez lo vomité todo… Ayer, apenas comí un poco, me pusieron una inyección… Inhye, no me gusta esa inyección… De verdad que no me gusta… Sácame de aquí, por favor… No quiero seguir en este lugar…

Le respondió tomándola de las manos:

—Pero si casi no puedes caminar… Es gracias al suero que estás aguantando… ¿Vas a comer si te llevo a casa? Si me prometes que comerás, te sacaré de aquí —mientras le decía esto, se dio cuenta de que se apagaba una llama en los ojos de su hermana—. Vamos, prométemelo.

—Eres igual que los demás —le respondió Yeonghye, con una voz apenas audible y apartando la vista.

—¿Por qué dices eso? Yo solo quiero…

—Nadie me comprende… Ni el doctor, ni las enfermeras… Son todos iguales… Sin querer comprenderme… me dan medicamentos y me ponen inyecciones —dijo Yeonghye lentamente y en voz baja, pero con firmeza. Su tono no podía ser más frío.

—¡Es que… tienen miedo de que te mueras! —le gritó, sin poder contenerse.

Yeonghye tornó la vista hacia ella y la miró fijamente como se mira a una desconocida.

—¿Y por qué no puedo morirme?

Fueron las últimas palabras de Yeonghye antes de cerrar su boca definitivamente.

*

«¿Por qué no puedo morirme?».

¿Qué debería haberle contestado? ¿Debería haberse enfadado y haberle dicho enérgicamente que no hablara de ese modo?

Una vez hace mucho tiempo, ella y Yeonghye se perdieron en las montañas. Yeonghye, que tenía nueve años, le había dicho:

—Quedémonos aquí y no volvamos.

Ella no comprendió sus palabras:

—¿Qué dices? Pronto oscurecerá. Tenemos que encontrar el camino de regreso.

Las comprendió mucho tiempo después. Las palizas del padre se ensañaban especialmente con Yeonghye. El menor, como era varón, se desquitaba pegándoles a otros niños, así que no debió de sufrir tanto. Con ella, se notara o no, el padre tenía más miramientos, puesto que era la mayor y la que le preparaba la sopa para aliviarle la resaca en lugar de la madre, que estaba siempre cansada. En cambio, de carácter tranquilo y poco condescendiente, Yeonghye no sabía seguirle el humor al padre. Sin poder oponerle ninguna resistencia, los malos tratos que recibía le llegaban hasta los huesos. Su respuesta, en cambio, había sido otra, como ahora sabía bien. La diligencia que siempre había mostrado por ser la mayor no se debía a una madurez precoz sino a la cobardía y no había sido más que una forma de supervivencia.

¿No podría haberlo evitado? ¿No podría haber evitado que todo lo inimaginable calara en los huesos de Yeonghye? Recordaba a Yeonghye de espaldas, cuando era todavía pequeña y salía sola al portal de la casa para quedarse mirando la calle mientras caía la tarde. Ese día en la montaña, habían bajado finalmente por la ladera opuesta y se habían acercado a un poblado, desde donde alguien las había llevado a casa al anochecer en un tractor, atravesando caminos que desconocían. Ella se había sentido aliviada, pero Yeonghye no se había alegrado. Sin decir nada, se había quedado contemplando los chopos que ardían rojos bajo el sol del ocaso. ¿Las cosas serían diferentes ahora si esa tarde se hubieran alejado para siempre de casa como quería Yeonghye?

¿Las cosas serían diferentes si, en la reunión familiar en su casa, ella le hubiera agarrado más fuerte el brazo a su padre antes de que le pegara aquella bofetada a Yeonghye?

La primera vez que Yeonghye había traído a quien sería su

marido para presentárselo, a ella no le había caído bien porque le había producido la impresión de ser demasiado frío. ¿Las cosas hubieran sido diferentes si ella hubiera impedido la boda siguiendo su intuición?

Una y otra vez se quedaba ensimismada trayendo a la memoria las variables que podrían haber afectado el destino de Yeonghye. El recuento de cada una de las fichas que se habían jugado en la vida de su hermana no solo era fútil sino imposible. Aun así, no podía detenerlo.

Si ella no se hubiera casado con su marido…

Cuando sus pensamientos llegaban a ese punto, su cabeza se quedaba pesadamente paralizada.

Nunca tuvo la certeza de que su marido la amaba. Aunque lo sabía de un modo inconsciente, se casó con él de todos modos. Quizá necesitaba algo que espoleara su vida. Si bien lo que hacía él no la ayudaba económicamente, a ella le gustaba el ambiente familiar del que provenía, pues en su mayoría eran educadores y médicos. Se esforzó para adaptarse a su modo de hablar, sus gustos, su paladar y su modo de hacer el amor. Al principio, como todo matrimonio, tuvieron pequeñas y grandes discusiones, pero no fue necesario mucho tiempo para que terminara resignándose a casi todo. ¿Había hecho bien en actuar de ese modo? Durante los ocho años que habían vivido juntos, tal vez ella lo había defraudado a él tanto como él la había defraudado a ella.

Él la había llamado una vez hacía nueve meses. Fue casi cerca de medianoche. Parecía llamarla desde muy lejos, pues el intervalo del sonido de las monedas cayendo en el teléfono público era muy corto.

—Tengo ganas de ver a Jiwu —dijo él en voz baja, esforzándose por aparentar serenidad. Su voz familiar se le clavó en el corazón como un cuchillo mellado—. ¿No me dejarías verlo aunque fuera una vez?

Era muy propio de él. Omitiendo las palabras de disculpa o de ruego, solo se había referido al niño. Tampoco había preguntado qué había pasado con Yeonghye.

Sabía lo sensible que era él, lo sencillo que era herir su orgullo y con qué facilidad se frustraba. También sabía que pasaría mucho tiempo sin volver a llamar si ella lo rechazaba.

Sabiendo todo eso, mejor dicho, porque lo sabía bien, colgó sin responderle una palabra.

La había llamado en medio de la noche desde una cabina de teléfono público. Zapatillas viejas, ropas desaliñadas, la cara de un hombre maduro lleno de frustraciones… Sacudió la cabeza y borró esa imagen que acababa de figurarse. Silenciosamente ocupó su lugar la imagen de él tratando de subirse a la barandilla del balcón de la casa de Yeonghye como un pájaro. Él, que había guardado tantas imágenes aladas en su videocámara, no había podido volar cuando más lo necesitaba.

Recordaba claramente el instante en que había visto por última vez sus ojos. Estaban llenos de espanto y su cara parecía la de un desconocido. No era la cara de la persona a la que tanto se había esmerado en respetar, y cuidar pacientemente. El hombre que creía conocer no era más que una sombra.

—No te conozco… —murmuró, apretando con fuerza el teléfono después de colgar—. No es preciso que te perdone ni que pidas perdón, porque yo no te conozco.

Cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo, desenchufó el aparato. A la mañana siguiente, volvió a conectar el cable, pero tal como había previsto, él no volvió a llamar.

*

El tiempo sigue pasando.

Yeonghye tiene ahora los ojos cerrados. ¿Estaría dormida? ¿Habría olido las cosas que le había acercado a la boca?

Le mira los pómulos sobresalientes, los ojos hundidos, las mejillas abatidas. Nota que su respiración se hace más entrecortada. Se levanta y dirige sus pasos hacia la ventana. Poco a poco se aligera el color gris del cielo y el paisaje se hace más claro. El bosque del monte Chukseong va recuperando el color y la vitalidad del verano. El lugar donde encontraron a Yeonghye esa noche debía de estar en algún punto de esa ladera.

—Es que escuché un sonido… —le había dicho Yeonghye, que estaba tendida y con la vía puesta—. Fui porque escuché que me llamaban… Luego dejé de escucharlo… Me quedé esperando allí de pie…

—¿Qué esperabas?

Entonces repentinamente la mirada de Yeonghye se hizo más intensa. Levantando el brazo que tenía libre, le asió con fuerza la mano. El apretón fue tan enérgico que ella se sorprendió.

—Estaba a punto de entrar en la tierra… derretida por la lluvia… completamente derretida. Es la única manera que existe… para nacer de nuevo al revés.

Intempestivamente la voz exaltada de Heeju se entromete en sus recuerdos.

—¿Qué hacemos? ¡Dicen que Yeonghye puede morir!

Siente un dolor sordo en los oídos, como cuando un avión despega a toda velocidad.

*

Tenía un recuerdo que nunca había compartido con nadie. Y seguramente tampoco lo haría en el futuro.

Dos años atrás, en abril, es decir, en la primavera del año en que su marido había filmado a Yeonghye, ella había tenido pérdidas de sangre durante casi un mes. No sabía por qué, pero cada vez que lavaba su ropa interior manchada, se acordaba de la sangre fresca y roja que había manado a borbotones de la muñeca de Yeonghye. Tenía miedo de ir al médico, por lo que fue postergando día tras día la consulta. Mientras tanto, no paró de pensar. Si tenía algo malo, ¿cuánto tiempo le quedaría? ¿Un año? ¿Seis meses? ¿Quizá tres meses? Entonces por primera vez tomó conciencia del tiempo que había vivido con su marido. Un tiempo desprovisto de alegría y naturalidad. Un tiempo que ella misma había elegido.

En la mañana del día en que por fin se dirigió al servicio de ginecología donde había tenido a Jiwu, estaba esperando el metro, que tardaba en llegar, de pie en el andén al aire libre de la estación Wangsimni. Enfrente se veían unas construcciones decrépitas de hierro y entre las traviesas de las vías más alejadas, por donde no pasaban los trenes, crecían bien altos unos hierbajos silvestres. De pronto, tuvo la sensación de que nunca había vivido y se sintió sorprendida. Era cierto. No había vivido realmente. Desde que tenía uso de razón, no había hecho otra cosa que aguantar. Se creía un ser humano bueno y nunca le había hecho daño a nadie. Era

laboriosa y había alcanzado un buen nivel de bienestar económico, y así continuaría siendo siempre. Era incomprensible que la asaltase semejante pensamiento. Sin embargo, ante esas construcciones decrépitas y esos hierbajos, ella no fue más que una niña que nunca había vivido.

Cuando se subió a la camilla ginecológica venciendo el miedo y el pudor, un médico de edad madura introdujo un laparoscopio frío en las profundidades de su vagina y le extirpó un pólipo que tenía la forma de una lengua. Ella se estremeció por el dolor.

—Es por esto por lo que tenía hemorragias. Se lo he extirpado limpiamente. Tendrá pérdidas más fuertes durante unos días y luego desaparecerán. Sus ovarios están sanos, de modo que no tiene de qué preocuparse.

En ese instante, sintió un dolor incomprensible. El tiempo que tenía para vivir volvía a ser ilimitado, pero no se alegraba en absoluto. La preocupación que había sufrido durante un mes por la posibilidad de que fuera una enfermedad grave no había sido más que una ansiedad banal. En el camino de vuelta, si sus piernas se tambalearon cuando de nuevo se encontró en el andén de la estación Wangsimni, no fue solamente por el dolor que le provocaba la reciente operación. Cuando por fin el metro entró por la plataforma con un ruido ensordecedor, ella retrocedió y se escondió detrás de las sillas de metal. Lo hizo porque tuvo miedo de que alguien dentro de ella misma la empujara delante del tren que se avecinaba.

¿Cómo explicar los siguientes cuatro meses? Las pérdidas de sangre continuaron a lo largo de dos semanas, pero se interrumpieron al cicatrizar la lesión. Sin embargo, sentía que todavía tenía una herida abierta, una herida tan grande que le parecía que todo su cuerpo era tragado por un negro agujero.

Contempló en silencio cómo se iba la primavera y llegaba el verano. Las ropas de las mujeres que entraban a la tienda de cosméticos se hacían cada vez más coloridas y ligeras. Como siempre, sonreía a los clientes, les recomendaba con jovialidad distintos productos, les hacía descuentos y les daba abundantes muestras y regalos de promoción. Pegaba los pósteres de los productos nuevos en lugares bien visibles y sustituía sin altercados a las cosmetólogas que no causaban buena impresión en los

clientes. Sin embargo, cuando dejaba la tienda en manos de las empleadas y se iba a buscar a Jiwu al anochecer, acababa agotada. Cuando caminaba por las calles tórridas que rebosaban de música y enamorados, todavía podía sentir como el viejo agujero negro de su interior seguía allí con la boca abierta y dispuesto a tragársela. Arrastrando su cuerpo cubierto de sudor, fue atravesando esas calles.

Sucedió en la época en la que el sofocante verano comenzó a refrescar por las mañanas y las noches. Su marido había vuelto a casa de madrugada después de varios días fuera y la abrazó como un ladrón, como lo había hecho tantas veces. Ella lo rechazó:

—Estoy cansada… De verdad que estoy cansada.

Entonces él le susurró:

—Aguanta un poco.

En ese momento lo recordó. Recordó que había escuchado esas palabras innumerables veces mientras dormía. Recordó que se decía, sin despertarse del todo, que si aguantaba ese instante, todo estaría bien por un tiempo. Recordó que borraba el dolor y la vergüenza que sentía con la letargia que le proporcionaba el sueño. Recordó que en la mesa del desayuno, a la mañana siguiente de esas noches, sentía el impulso de clavarse los palillos en los ojos o de echarse sobre la cabeza el agua hirviendo de la tetera.

Cuando su marido se durmió, la habitación quedó en silencio. Acomodando bien al niño, que dormía de lado, contempló los perfiles de su marido y su hijo, que se vislumbraban vagamente en la penumbra y que tanto se parecían en la manera de inspirar su lástima.

No había ningún problema. Así eran las cosas. Bastaba con seguir viviendo del mismo modo que lo había hecho hasta entonces. No tenía otra alternativa.

Ya no pudo seguir durmiendo y un pesado cansancio cayó sobre sus hombros. Sintió como si la humedad de todo su cuerpo se hubiera evaporado, como si su cuerpo seco estuviera hecho jirones.

Salió del dormitorio y miró a través del ventanal violáceo del salón. Contempló los juguetes con los que Jiwu había jugado la noche anterior, el sofá y la televisión, las oscuras puertas del mueble debajo del fregadero y las manchas de la cocina como si las viera por primera vez, como si fuera la primera vez que recorría la

casa. Sintió un extraño dolor en el pecho. Era una sensación de opresión, como si la casa estuviera atenazándola.

Abrió la puerta del armario. Sacó una camiseta de algodón de color violeta que le gustaba mucho a su hijo desde que era un bebé y que por lo mismo ella se ponía a menudo en la casa, lo que hacía que estuviera muy desteñida y dada de sí. Se vestía con ella cuando no se sentía bien, pues aunque la había lavado infinidad de veces, olía a leche y a recién nacido, y eso la calmaba. Sin embargo, esta vez no tuvo ningún efecto. La sensación de opresión en el pecho se fue intensificando. Le costaba respirar y cogió una bocanada grande de aire.

Se sentó de lado en el sofá. Siguiendo con la vista el segundero, que avanzaba dibujando un círculo, trató de sosegar su respiración. Pero fue en vano. De pronto, le pareció haber vivido ese instante innumerables veces, como un déjà-vu. La certeza del dolor se encontraba ante sus ojos, como si hubiera estado preparado hace tiempo, esperando a que llegara aquel momento.

«Todo esto no tiene ningún sentido.

No puedo aguantar más.

No puedo seguir adelante.

No quiero seguir adelante».

Volvió a recorrer con la vista los objetos de la casa. Nada de lo que había allí era suyo. Del mismo modo que su vida no había sido nunca su vida.

Tomó conciencia de todo esa tarde de primavera en el andén del metro, cuando le parecía que la muerte estaba solo a meses de distancia, cuando creía que la roja sangre que fluía continuamente de su cuerpo era una prueba de ello. Supo que ella estaba muerta desde hacía mucho tiempo. Que su dura vida no era más que teatro y pura fantasmagoría. La cara de la muerte, que se había acercado para ponerse a su lado, le era familiar, como si fuera alguien de su propia sangre que hubiera perdido hacía tiempo y volvía a encontrar.

Irguió su cuerpo que temblaba como si tuviera frío y se acercó a la habitación donde guardaba los juguetes del niño. Desmontó el juguete móvil que había armado y decorado con el niño durante las noches de la última semana y comenzó a desatar los hilos. Los lazos estaban tan fuertes que le dolieron las yemas de los dedos, pero con

paciencia deshizo el último nudo. Después de juntar una a una las estrellas de papel y celofán de diferentes colores y guardarlas ordenadamente en la canasta, enrolló el hilo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Se puso las sandalias. Empujó la sólida puerta del apartamento y salió. Bajó andando los escalones desde el cuarto piso. Afuera todavía era de noche. En el enorme edificio de apartamentos había encendidas solo dos luces. Siguió andando. Salió por la puerta pequeña que había detrás del edificio y se adentró en la montaña, subiendo por el estrecho y oscuro sendero.

Debido a la oscuridad violácea, la elevación le pareció más pronunciada que de costumbre. A esa hora todavía dormían los ancianos madrugadores que iban a recoger el agua del manantial. Con la cabeza gacha, siguió y siguió andando. Se limpió en silencio con el dorso de la mano el sudor —o quizá las lágrimas— que le embadurnaban la cara. Sintió el dolor semejante a un agujero que quería devorarla, un miedo intenso y también una extraña paz que se entremezclaba al mismo tiempo con esos sentimientos.

*

El tiempo no se detiene.

Vuelve a la silla junto a la cama. Abre la tapa del último envase hermético. A la fuerza extiende la mano rígida de su hermana y hace que acaricie la superficie lisa de las ciruelas que ha traído. Cerrando sus dedos huesudos, la obliga a coger una.

No ha olvidado que a su hermana le gustaban las ciruelas. Recuerda que una vez, de pequeña, Yeonghye se metió una ciruela entera en la boca y la hizo rodar entre los dientes sin morderla, diciendo que le gustaba el tacto. Sin embargo, ahora las manos de Yeonghye no muestran ninguna reacción. Piensa que sus finas uñas parecen de papel.

—Yeonghye… —dice, con una voz que resuena seca en la silenciosa habitación.

No se escucha ninguna respuesta. Pega su cara a la de su hermana. Entonces, como un milagro, Yeonghye abre los párpados.

—¡Yeonghye!

Observa los ojos vacíos de su hermana pequeña. Solo ve su

reflejo en las pupilas. La decepción, que es tan grande como el susto, la desanima.

—¿Te has vuelto loca? ¿De verdad te has vuelto loca?

Por primera vez le hace esa pregunta que durante años no ha querido hacer.

—¿De verdad te has vuelto loca?

Sintiendo un miedo desconocido, se echa hacia atrás y se sienta. El silencio de la habitación, donde no se escucha siquiera respirar, le tapa los oídos como un algodón.

—Quizá… —murmura ella rompiendo de nuevo el silencio—. Quizá sea más fácil de lo que parece… —se detiene un momento como si vacilara y sigue diciendo—:… Me refiero a volverse loco… Es decir…

No puede seguir hablando. En lugar de eso, extiende el brazo y coloca su índice debajo de la nariz de Yeonghye. Un hálito lento y delgado como un hilo, pero cálido y regular, le hace cosquillas en el dedo. Sus labios tiemblan imperceptiblemente.

¿Sería que el sufrimiento y el insomnio que padecía ahora los había atravesado Yeonghye hace mucho tiempo y a mayor velocidad que los demás, y había llegado todavía más lejos? ¿Y que un día había acabado por soltar el fino hilo que la unía a la vida diaria? Durante las noches de insomnio de aquellos últimos tres meses, a menudo había pensado, sumida en la confusión, que si no fuera por Jiwu —la responsabilidad que el niño representaba—, ella también podría soltar ese hilo.

Sin embargo, había instantes en los que el dolor desaparecía como gracias a un milagro y era cuando rompía a reír. Cuando Jiwu la hacía reír con algo que hacía o decía, ella se quedaba repentinamente aturdida. A veces no podía creer que se hubiese reído y se reía aún más. Si bien en esas ocasiones su risa estaba más cerca de la confusión que de la alegría, a Jiwu parecía gustarle verla de ese modo.

—¿Esto? ¿Te has reído porque he hecho esto? —diciendo esto, el niño repetía una y otra vez lo que acababa de hacer.

Arrugaba y adelantaba la boquita y fingía tener un cuerno en la frente, pretendía que se daba un porrazo en el suelo o, bajando la cabeza y colocando la carita entre las piernas, la llamaba «¡mami, mami!» con tono de payaso. Cuanto más se reía ella, más

intensificaba Jiwu sus payasadas. Finalmente ponía en juego todas las fórmulas que recordaba que le hubiesen provocado la risa a su madre. Sin embargo, Jiwu no sabía que ese esfuerzo que hacía, terminaba por provocarle culpa a su madre y que era por esta razón por lo que finalmente su risa se diluía.

Después de reírse un buen rato, pensaba que la vida era muy extraña. La gente comía, bebía, iba al baño, se bañaba y seguía viviendo después de pasar por cualquier hecho, incluso el más terrible. A veces hasta se reía a carcajadas. Cuando pensaba que su marido también estaría viviendo de este modo, se le despertaba con tristeza la olvidada compasión, de igual manera que a veces le sobrevenía la somnolencia.

Sin embargo, cuando acostaba junto a ella al niño, con su dulce olor y su pequeña cara, que aún no sabía de culpas, se sumergía en un sueño profundo, comenzaba indefectiblemente la noche.

Todavía estaba muy oscuro y faltaban tres o cuatro horas para que se despertara Jiwu. Era una hora en la que no se escuchaba el sonido de ningún ser vivo. Era una hora tan larga como la eternidad y tan profunda como un pantano. Cuando se acurrucaba en la bañera vacía y cerraba los ojos, la asaltaba el oscuro bosque. La lluvia negra cayendo sobre el cuerpo de Yeonghye como una andanada de lanzas y sus pies desnudos y huesudos cubriéndose de barro. Cuando sacudía la cabeza para borrar esta imagen, unos árboles verdes de pleno verano temblaban ante sus ojos como gigantescas llamas. ¿Sería por las fantasías que le había contado Yeonghye? Los innumerables árboles que había visto a lo largo de su vida, los bosques que cubrían el mundo como un mar insensible se abatían sobre su cuerpo cansado en forma de olas ardiendo. Las ciudades, los pueblos y las carreteras no hacían más que flotar encima como grandes y pequeñas islas y puentes, y, llevados por esas olas llameantes, se movían lentamente hacia alguna parte.

No sabía qué significaban esas olas. Tampoco sabía qué le decían esos árboles que contemplaba al final del estrecho sendero en la montaña, irguiéndose en llamas verdes en medio de las penumbras de la madrugada.

Sin embargo, de ningún modo eran palabras cálidas. Tampoco eran reconfortantes ni le levantaban el ánimo. Por el contrario, eran palabras tan frías que llegaban a ser crueles y escalofriantes. Por

mucho que miraba a su alrededor, no encontraba ningún árbol dispuesto a recibir su vida. Ninguno de ellos quería aceptarla. Solo se limitaban a cerrarle el paso, obstinados y temibles, como enormes bestias vivas.

*

El tiempo no se detiene.

Cierra las tapas de todos los envases herméticos. Empezando por el termo, va guardando todo en el bolso. Luego desliza hasta el final el cierre.

Más allá de esta cáscara que es su cuerpo, ¿en qué tiempo y espacio anda el alma de Yeonghye? Trae a la memoria su imagen cabeza abajo. ¿En qué parte del bosque imaginaba estar? ¿Le habrían brotado ramas infatigables de su cuerpo y raíces blancas de sus manos aferradas al suelo negro? ¿Se habrían extendido sus piernas hacia el cielo y sus manos hasta el núcleo de la tierra? ¿Habría aguantado su cintura tensamente estirada la fuerza que la tironeaba de ambos lados? ¿Le habría brotado una flor en el pubis cuando su cuerpo fuera atravesado por la luz que bajaba del cielo y el agua que subía manando de la tierra? ¿Le habrían ocurrido todas estas cosas a su alma cuando ella extendía su cuerpo poniéndose cabeza abajo?

—Pero, ¿qué es esto? —manifiesta en voz alta—. Te estás muriendo —y prosigue diciendo en voz todavía más alta—: acostada en esa cama, en realidad te estás muriendo. Eso es todo.

Se muerde los labios. Sus dientes hacen tanta fuerza que sangran. Contiene el impulso que siente de aprisionar entre sus manos la cara insensible de Yeonghye y sacudir con violencia su cuerpo espectral para lanzarlo al suelo.

Ya no queda más tiempo.

Se cuelga el bolso al hombro y empuja la silla. Sale de la habitación con la espalda encorvada. Al darse la vuelta, el cuerpo rígido de Yeonghye sigue tumbado y cubierto por la sábana. Se muerde los labios con más fuerza que antes y dirige sus pasos hacia el vestíbulo.

*

Una enfermera de melena corta se sienta ante una mesa del vestíbulo con una canastilla blanca que contiene distintos tipos de cortaúñas. Los pacientes se ponen en fila para recibir uno. Tardan mucho en elegir, como si todos tuvieran alguno preferido. A un lado, una ayudante de enfermería con el pelo recogido les corta las uñas a los pacientes que sufren de demencia senil.

Se queda contemplando el espectáculo en silencio. Los objetos con punta que pueden infligir una herida y los que son largos como cuerdas y pueden ser usados para estrangular están prohibidos en el sanatorio. En parte, porque pueden causar daño a los demás, pero, sobre todo, por temor a que los pacientes se hagan daño a sí mismos. Contempla a los enfermos, que se concentran en sus manos para poder devolver el cortauñas en el tiempo estipulado. El reloj de la pared señala las dos y cinco.

Le parece ver temblar la bata blanca del doctor cuando se abre la puerta del vestíbulo. Es el médico de Yeonghye. Se da la vuelta y cierra la puerta con un movimiento diestro. Si bien debe de ser igual en todos los hospitales, en los sanatorios psiquiátricos la autoridad de los médicos especialistas parece ser todavía más absoluta. Seguramente es así porque los pacientes están encerrados. Como si hubieran divisado a un salvador, los enfermos se agolpan a su alrededor.

—¡Doctor, un momento! ¿Habló usted con mi esposa? Si le dijera que puede darme de alta… —dice un hombre de mediana edad e introduce un papelito en uno de los bolsillos de la bata del médico—. Es el número de teléfono de mi mujer. Si me hace el favor de llamarla…

Interrumpiéndolo, se adelanta un anciano que parece sufrir de demencia senil:

—Doctor, cámbieme la medicación. Siento todo el tiempo un zumbido en los oídos… ¡Le digo que me suenan los oídos!

Entonces se acerca una mujer que sufre de paranoia y comienza a gritarle:

—Doctor, ¿no piensa hablar conmigo? Ya no puedo aguantar que me peguen. Pero, ¿qué hace? ¿Por qué me da patadas? No me pegue y dígamelo de buenas maneras…

El médico esboza una sonrisa profesional serena y la tranquiliza:

—¿Cuándo le he dado patadas? Espere un momento, que estoy

hablando con este señor. ¿Desde cuándo empezaron a zumbarle los oídos?

La mujer espera golpeando con los pies en el suelo, mientras su rostro ceñudo refleja desconsuelo y angustia, más que agresividad.

Entonces se abre de nuevo la puerta del vestíbulo y entra un doctor al que ve por primera vez.

—Es el médico clínico —le indica Heeju, que se ha acercado a ella sin que se diera cuenta.

Debe de ser el doctor de medicina interna que hay en todos los psiquiátricos. Es muy joven y da la impresión de ser una persona fría pero inteligente. Cuando el médico de Yeonghye logra finalmente desembarazarse de los pacientes, se acerca a ella haciendo resonar sus tacones. Sin darse cuenta, ella se echa hacia atrás.

—¿Trató de hablar con ella?

—Me parece que está inconsciente.

—Así parece por fuera, pero tiene los músculos rígidos. No es que no tenga conciencia sino que la tiene fijada en otra parte. Si viera su reacción cuando se la saca de ese estado, se daría cuenta de que está completamente despierta —le dice el médico con actitud seria y hasta un poco tenso—. Puede ser muy duro para usted, que es su familiar. No será de mucha ayuda, así que quizá sea mejor que no esté presente.

—Lo entiendo, pero… creo que estaré bien —responde ella.

Un auxiliar carga sobre los hombros a Yeonghye, que se resiste retorciéndose, cruza el pasillo y entra en una habitación vacía para dos personas. Siguiendo a los médicos, ella también se dirige a esa habitación. El médico tenía razón. Yeonghye está consciente sin duda alguna. Se debate violentamente, haciendo que parezca imposible que hace un rato estuviera tan inmóvil. De su boca salen gritos apenas inteligibles.

—¡… soltaad…! ¡…soltaaadme…!

Dos auxiliares y dos ayudantes de enfermería agarran a Yeonghye, que sigue pataleando, y la acuestan en la cama. A continuación, le atan los brazos y las piernas.

—Quédese afuera —le dice la enfermera jefe al verla inquieta y sin saber qué hacer—. Es difícil de soportar para los familiares. Quédese afuera.

En ese instante ve el brillo en los ojos de Yeonghye que se clavan en ella. Sus gritos se hacen más vehementes. Le brotan de la boca una ristra de palabras indiscernibles. Agitando piernas y brazos, parece que Yeonghye fuera a desembarazarse de sus ataduras para correr hacia ella.

Sin darse cuenta, se acerca a su hermana. Yeonghye retuerce sus brazos descarnados y se le forma una espuma blanca en la boca.

—¡Noo… quieroo…!

Por primera vez grita algo comprensible. Es casi un aullido animal.

—¡Noo… quieroo…! ¡No quiero… comeeer!

—¡Yeonghye! ¡Yeonghye! —la llama, tomándola con las manos de las mejillas convulsas.

La mirada dominada por el miedo de Yeonghye le hiere en los ojos como un latigazo.

—¡Salga de aquí! ¿No ve que estorba?

Los auxiliares la cogen de las axilas y la levantan en vilo. Sin poder siquiera resistirse, es empujada al otro lado de la puerta. La enfermera la coge del brazo y tira de ella.

—Quédese fuera. Se agita más porque usted está aquí.

El médico se pone unos guantes de látex. Toma el tubo que le tiende la enfermera y lo unta uniformemente con un gel. Entretanto los auxiliares inmovilizan la cara de Yeonghye con toda la fuerza de sus manos. Al ver que se acerca el tubo, la cara de Yeonghye enrojece a más no poder y se libra de la opresión. Tal como había dicho el auxiliar, es imposible saber de dónde le viene tanta fuerza. Sin poder evitarlo, ella se adelanta unos pasos, pero la enfermera la coge del brazo y le impide avanzar. Finalmente las recias manos del auxiliar vuelven a sujetar las mejillas descarnadas de Yeonghye. Entonces, sin perder la ocasión, el médico introduce el tubo por su nariz.

—¡Mierda! ¡Otra vez está obstruido! —exclama el médico.

Yeonghye tapa el esófago con la epiglotis y el tubo sale por entre los labios. El internista, que estaba listo para inyectar una papilla de arroz líquida por el tubo, frunce el ceño. El médico de Yeonghye le saca el tubo de la nariz.

—Vamos a intentarlo de nuevo. Esta vez más rápido —diciendo esto, el médico embadurna de nuevo el tubo con gel.

De nuevo un corpulento auxiliar aprisiona la cara de Yeonghye, que se sacude con fuerza. El tubo es introducido nuevamente por la nariz.

—¡Ya está! ¡Ahora sí!

El médico exhala un corto suspiro. Las manos del internista se mueven ágiles. Con ayuda de una jeringa, comienza a inyectar la papilla líquida por el tubo.

La enfermera que la sostiene del brazo le susurra al oído cogiéndola más fuerte:

—Ya está. Todo ha salido bien. Ahora la van a dormir para que no vomite.

En el instante en que la enfermera jefe está a punto de sacar la inyección para administrarle el sedante, la ayudante lanza repentinamente un agudo chillido. Ella se libera del brazo que la agarra y corre hacia la cama.

—¡Déjeme ver! ¡Muévase!

Aparta el hombro del médico y se pone delante de Yeonghye. La cara de la ayudante que sostenía el tubo está llena de sangre. La sangre mana del tubo, brota a borbotones de la boca de Yeonghye. El internista, que sostiene en la mano la jeringa, se echa hacia atrás.

—Sáquenle eso. ¡Sáquenle el tubo! —grita ella con todas sus fuerza sin darse cuenta, mientras un auxiliar la coge de los hombros y la arrastra de nuevo hacia afuera.

El médico extrae el largo tubo de la nariz de Yeonghye, que se debate con violencia.

—¡Quieta! ¡Estese quieta! —le grita el médico a Yeonghye—. ¡Tranquilizante!

La enfermera jefe le tiende la inyección que tiene en la mano.

—¡No! —grita ella, que lo está viendo todo—. ¡Basta! ¡No lo hagan!

Le muerde el brazo al auxiliar que la aprisiona y de nuevo corre hacia la camilla.

—¡Ah! —grita de dolor el auxiliar, entre palabrotas y resoplidos.

Se acerca de un salto y abraza el cuerpo de Yeonghye. La sangre caliente que vomita a borbotones mancha su blusa.

—¡Por favor, basta! ¡Basta! —grita ella, mientras le aferra la muñeca a la enfermera jefe, que aún sostiene la inyección.

En silencio, siente las convulsiones de Yeonghye bajo su cuerpo.

*

La bata blanca y arremangada del médico está salpicada por la sangre de Yeonghye. Ella contempla con la mirada perdida las manchas, que parecen formar granes remolinos.

—Hay que llevarla de inmediato a un hospital general. Vaya a Seúl. Cuando se solucione el problema de la hemorragia estomacal, le pondrán una inyección de proteínas en la carótida. Eso tampoco funcionará durante mucho tiempo, pero es la única salida que hay para prolongarle la vida.

Guarda en el bolso el impreso con el diagnóstico que acaban de darle y sale de la sala de enfermeras. Apenas entra al baño, se le doblan las piernas, que había tenido firmemente plantadas hasta ahora. En silencio, comienza a vomitar el café con leche blancuzco que se ha tomado y jugo gástrico amarillo.

—¡Tonta! ¡Tonta…! —repite una y otra vez con los labios temblorosos, mojándose la cara en el lavabo—. Tu propio cuerpo es lo único a lo que le puedes hacer daño. Es lo único con lo que puedes hacer lo que quieres. Pero ni eso te dejan hacer.

Cuando levanta la cabeza delante del espejo, su cara está mojada. Son los mismos ojos que ha visto desangrarse infinitas veces en sueños, de los que por mucho que se los enjugaba con la mano, no podía limpiarse la sangre. Pero ahora no está llorando. Como siempre, sin dejar traslucir sus sentimientos, no hace más que mirarse al espejo sin palabras. Piensa que el alarido que dio hace un rato, y que casi le destroza sus propios tímpanos, sonó tan ajeno que costaba creer que fuera suyo.

Como si estuviera ebria, le parece que el pasillo se mueve. Haciendo enormes esfuerzos para conservar el equilibrio, camina en dirección al vestíbulo del sanatorio. Entra un repentino rayo de luz y el sombrío lugar se ilumina. Mientras los pacientes se alborotan y se acercan a la ventana, una mujer vestida con ropa de calle se le acerca. Entrecierra los ojos tratando de enfocar con su vista mareada el rostro de la mujer. Es Heeju. Debe de haber llorado de nuevo, pues tiene los ojos rojos. ¿Será que es emotiva por naturaleza o que es una enferma con fuertes cambios emocionales?

—¿Qué pasará con Yeonghye si se va ahora…?

—Gracias por todo —le dice ella, tomándola de las manos.

De pronto siente el impulso de extender la mano y abrazar los hombros robustos de Heeju. Sin embargo, no lo hace. En lugar de eso, vuelve la vista hacia los pacientes que miran ansiosamente a través de la ventana. Sus miradas anhelantes y perdidas parecen desear atravesar el cristal y salir andando. Ellos están aquí encerrados, como esta mujer, como también lo ha estado Yeonghye. No abraza a Heeju porque no ha olvidado que ha sido ella quien ha encerrado a Yeonghye en este lugar.

Se escuchan pasos apresurados por el pasillo este. Dos auxiliares traen a paso rápido a Yeonghye sobre una camilla. Una ayudante de enfermería y ella misma limpiaron con celeridad a Yeonghye y le cambiaron la ropa. Con los ojos cerrados y la cara limpia, parece un bebé que se ha quedado dormido después del baño. Al ver que Heeju extiende su áspera mano para aferrar las manos esqueléticas de Yeonghye, aparta la vista.

*

Al otro lado del parabrisas de la ambulancia, se despliega el frondoso bosque estival. Bajo el sol que ha salido por la tarde, todas las hojas de los árboles mojadas por la lluvia brillan intensamente como si hubieran nacido de nuevo.

Ella acomoda el pelo aún empapado de Yeonghye detrás de las orejas. Como le había dicho Heeju, su cuerpo no pesa nada. La piel, cubierta de un fino vello como el de los bebés, es blanca y suave. Mientras le enjabonaba la espalda, de donde le sobresalía cada una de las vértebras, se acordó de las innumerables veces que se bañó con ella cuando eran niñas, limpiándole la espalda y lavándole la cabeza.

Como si hubiera vuelto a aquellos tiempos, acaricia los finos y debilitados cabellos de Yeonghye. En el instante en el que piensa que son iguales a los de Jiwu cuando estaba en pañales, le parece que los tiernos dedos del niño rozan sus cejas y se queda confundida.

Del interior del bolso saca el móvil, que ha dejado apagado todo el día, y lo enciende para marcar a continuación el número de su vecina.

—Hola, soy la mamá de Jiwu… Es que estoy en el hospital por

un familiar… pero me surgió un inconveniente… No, el autobús de la guardería llega a las cinco y cincuenta a la puerta del edificio… Sí, llega siempre a esa hora más o menos… No me retrasaré mucho… Si se me hace muy tarde, lo iré a buscar para llevármelo conmigo al hospital… ¿Que lo deje dormir en su casa?… ¿En serio? Muchísimas gracias… Sabe mi número, ¿verdad?… Sí, volveré a llamar más tarde…

Mientras apaga el móvil, se da cuenta de que hacía mucho tiempo que no dejaba a Jiwu a cargo de otra persona. Después de que se marchara su marido, había cumplido a rajatabla la regla que se había impuesto de pasar con el niño todas las tardes y fines de semana.

Una profunda arruga cruza su frente. Sintiendo que la vence una repentina somnolencia, reclina la espalda contra la ventanilla de la ambulancia. Con los ojos cerrados, se pone a pensar.

Jiwu crecerá muy pronto. Aprenderá a leer y se relacionará con otras personas. Algún día, cuando llegue a los oídos del niño todo lo sucedido, ¿cómo se lo explicará? Aunque Jiwu era sensible por naturaleza y enfermaba a menudo, había crecido hasta ahora con un carácter alegre. ¿Podría seguir protegiéndolo para que fuera siempre así?

Recuerda los cuerpos desnudos y enredados como hiedras de su marido y Yeonghye. Esas imágenes la habían conmocionado sin duda alguna. Sin embargo, extrañamente, a medida que pasaba el tiempo, las recordaba cada vez menos como algo sexual. Sus cuerpos, cubiertos de flores, hojas y ramas verdes, se veían ajenos, como si ya no fueran seres humanos. Sus movimientos parecían forcejeos para dejar de ser personas. ¿Con qué intención había querido su marido hacer una filmación así? ¿Con qué intención lo había apostado todo a esa extraña y desoladora filmación para terminar perdiéndolo todo?

—Tu foto se me voló con el viento. Miré hacia arriba y había un pajarillo. El pajarillo me dijo: «Soy mamá…». Entonces le salieron dos manos…

Eso le había dicho Jiwu hacía mucho tiempo, cuando todavía no hablaba bien, con los ojos entrecerrados y aún medio dormido. Ella se sorprendió al descubrirle la vaga sonrisa que solía esbozar el niño cuando estaba a punto de llorar.

—Pero, ¿por qué es un sueño triste? ¿Cómo era el pájaro? ¿De qué color era?

Acostado en la cama, Jiwu se restregaba los ojos con los puños.

—Era blanco… Sí y era muy bonito —respondió el niño con un sollozo entrecortado y enterrando la cara en su pecho.

Como ocurría cuando el niño se esforzaba por hacerla reír, ese llanto la dejó perpleja y sin saber qué hacer. El niño no necesitaba ayuda ni que le prestara atención. Simplemente lloraba sin hacer ruido porque se sentía triste.

—Ah, entonces era un pajarillo mamá —le dijo ella, como consolándolo.

Jiwu asintió con la cabeza todavía hundida en su seno. Le levantó la cara cogiéndola con las dos manos.

—Mira, mami está aquí. No me he convertido en un pajarito blanco, ¿ves? —Una sonrisa asomó vagamente en la carita del niño, mojada como un cachorro—. ¿Lo ves? Fue solo un sueño.

¿En verdad lo era? Se lo preguntó para sus adentros. ¿Era solo un sueño? ¿Una mera coincidencia? El niño lo había soñado la misma mañana en que ella, vestida con la desteñida camiseta violeta, había vuelto sobre sus pasos después de encontrarse con los árboles de pie sobre la montaña cubierta del albor de la madrugada.

*

—Fue solo un sueño…

Era lo que se decía en voz alta cada vez que se acordaba de la cara que tenía Jiwu ese día. Sorprendida por su propia voz, abre los ojos de par en par y mira precipitadamente a izquierda y derecha. La ambulancia sigue recorriendo a toda velocidad el camino en declive. Su mano tiembla visiblemente mientras se acomoda el pelo despeinado.

No se explica cómo pudo pensar en abandonar al niño con tanta facilidad. Como ni ella misma puede entender semejante irresponsabilidad cruel, no se lo puede confesar a nadie ni tampoco puede pedir perdón por ello. Simplemente lo que le dice el sentido de la verdad, que es glacial hasta el escalofrío, es que si su marido y Yeonghye no hubieran cruzado los límites de ese modo, si no hubieran hecho que todo se desmoronara como una montaña de

arena, seguramente la persona que se hubiera derrumbado habría sido ella misma. Y si se hubiera derrumbado, no habría podido volver. Entonces la sangre que ha vomitado hoy Yeonghye, ¿debería haber brotado de su propio pecho?

Yeonghye lanza un quejido como si fuera a despertarse. Por miedo a que vomite sangre de nuevo, ella saca rápidamente su pañuelo y se lo acerca a la boca.

En lugar de vomitar, Yeonghye abre los ojos. Sus negras pupilas se fijan en ella. ¿Qué se estaría debatiendo detrás de esos ojos? ¿Qué tipo de terror, ira, dolor o infierno que ella desconoce se agazaparía en ellos?

—Yeonghye… —la llama con tono mustio.

—Mm… mm… —pronuncia Yeonghye, no como si quisiera responder a su llamada sino como si se resistiera a responder, y vuelve la vista.

Ella extiende su mano temblorosa, pero enseguida la baja. Se muerde con fuerza los labios, pues de repente se acuerda de esa madrugada en que bajó por el sendero de la montaña.

El rocío que empapaba sus sandalias le transmitía el frío a sus pies desnudos. No lloró ni nada parecido, pues no podía comprender qué quería decirle esa humedad fría que mojaba su cuerpo hecho jirones y subía por sus venas resecas. Simplemente se filtraba en su interior y la calaba hasta los huesos.

—Quizá todo esto… —le susurra a Yeonghye de pronto, despegando los labios.

El vehículo se sacude al atravesar un bache del camino. Haciendo fuerza con las manos, coge a Yeonghye de los hombros y sigue diciéndole:

—… no sea más que un sueño.

Baja la cabeza y, como si estuviera poseída, acerca sus labios a la oreja de Yeonghye y le habla marcando cada una de sus palabras:

—En los sueños, todo parece real, pero cuando te despiertas, te das cuenta de que no es así… Cuando despertemos algún día, entonces…

Levanta la cabeza. La ambulancia toma la última curva del camino serpenteante. Se ve a un pájaro negro que parece un milano volando hacia los nubarrones. Heridos por un penetrante rayo de sol estival, sus ojos no pueden seguir acompañando sus aleteos.

En silencio, respira profundamente. Mira con fiereza los árboles que arden a la vera del camino, mira las verdes llamas que se agitan como incontables bestias en pie. Como si esperara una respuesta, mejor dicho, como si la reclamara, su mirada es sombría y tenaz.

*

그녀는 비에 젖은 도로를 바라보며 서 있다. 마석읍 터미널 건너편의 버스정류장이다. 거대한 화물차들이 굉음을 내며 일차선을 질주해 지나간다. 빗발은 그녀의 우산을 뚫고 들어올 듯 거세다.

그녀는 아주 젊지 않다. 딱히 미인이라고 부르기도 어렵다. 다만 목선이 고운 편이고 눈매가 서글서글하다. 자연스러워 보이는 엷은 화장을 했으며, 흰 반소매 블라우스는 구김 없이 청결하다. 누구에게든 호감을 줄 법한 그 단정한 인상 덕분에, 희미하게 얼굴에 배어 있는 그늘은 그다지 눈에 띄지 않는다.